

**MATERIALES PARA EL ESTUDIO DE LA ASIGNATURA**  
**“HISTORIA ANTIGUA”**  
**GRADO EN HISTORIA DEL ARTE**

**SÍNTESIS DE HISTORIA POLÍTICA**  
**PRÓXIMO ORIENTE Y EGIPTO ANTIGUOS**



**PROF. FERNANDO ECHEVERRÍA REY**  
**DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA Y**  
**ARQUEOLOGÍA**  
**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

2020

Fernando Echeverría Rey ([fecheverria@ucm.es](mailto:fecheverria@ucm.es))

Asignatura: “Historia Antigua”

Título: Grado en Historia del Arte

## Índice de contenidos

Introducción	4
1. Geografía y recursos	5
1.1. La geografía del Próximo Oriente antiguo	5
1.2. La geografía del Egipto antiguo	7
2. El III Milenio a.C.	10
Próximo Oriente	
2.1. El Protodinástico o Época Sumeria (2900-2350)	10
2.2. El Imperio Acadio (2334-2154)	12
2.3. La III Dinastía de Ur (2113-2004)	14
Egipto	
2.4. El Protodinástico (Dinastía 0) (ca. 3200-3000)	16
2.5. El periodo Tinita (ca. 3000-2686)	16
2.6. El Reino Antiguo (2686-2160)	18
2.7. El I Periodo Intermedio (2160-2055)	20
3. La primera mitad del II Milenio a.C.	21
Próximo Oriente	
3.1. Las dinastías de Isín y Larsa (2004-1735)	21
3.2. El Reino Antiguo Asirio (ca. 1950-1750)	21
3.3. El Imperio Paleo-babilónico (1894-1595)	22
3.4. El Reino Antiguo Hitita (ca. 1700-1500)	24
Egipto	
3.5. El Reino Medio (2055-1650)	25
3.6. El II Periodo Intermedio (ca. 1650-1550)	26
4. La segunda mitad del II Milenio a.C.	28
Próximo Oriente	
4.1. El reino de Mitanni (ca. 1500-1300)	28
4.2. El Reino Medio Asirio (1391-1076)	29

4.3. El Reino Medio Babilonio, la Babilonia casita (1592-1155)	30
4.4. El Reino Nuevo Hitita ( <i>ca.</i> 1430-1178)	31
Egipto	
4.5. El Reino Nuevo (1550-1069)	34
4.5.a. Unificación (1555-1525)	34
4.5.b. Expansión (1525-1390)	35
4.5.c. Apogeo (1390-1186)	36
4.5.d. Contracción (1186-1069)	37
5. La Crisis del 1200	39
5.1. La crisis del 1200	39
5.2. Los Pueblos del Mar ( <i>ca.</i> 1300-1150)	40
6. El I Milenio a.C.	42
Próximo Oriente	
6.1. Anatolia y el Levante post-hitita	42
6.2. El Imperio Neoasirio (934-605)	43
6.3. El Imperio Neo-babilónico (626-539)	45
6.4. El Imperio Persa (550-330)	46
Egipto	
6.5. El III Periodo Intermedio (1069-664)	48
6.6. La época Baja o Saíta (664-525)	50
6.7. La dominación persa (525-331)	51

## INTRODUCCIÓN

El conocimiento del Mundo Antiguo es esencial en cualquier disciplina de fundamento histórico, y particularmente en la Historia del Arte, con el fin de comprender no solo las propias etapas y culturas de la Antigüedad por sí mismas, sino también su influencia cultural, intelectual y artística, su pervivencia, a través de los sucesivos periodos y hasta la actualidad. El Mundo Antiguo reviste, además, dificultades particulares para su aproximación por parte de los estudiantes: por un lado, la considerable distancia histórica, que aumenta la extrañeza y la falta de comprensión e identificación, y por otro lado el absoluto y generalizado desconocimiento de periodos y ámbitos enteros de la Antigüedad para el gran público, eclipsados por episodios y figuras de mayor popularidad como Alejandro Magno, Julio César o los faraones egipcios.

La asignatura, por tanto, plantea un necesario repaso introductorio al Mundo Antiguo con el fin de, por una parte, derribar los mitos y prejuicios existentes sobre las sociedades antiguas y, por otra parte, proporcionar al alumno los fundamentos básicos de la disciplina, como la cronología y la periodización, las fuentes, la geografía, la estructura social y económica, el funcionamiento de las instituciones y relaciones políticas, el sistema de creencias, o las principales figuras históricas. Sin embargo, puesto que el ámbito cronológico cubierto teóricamente por la asignatura son aproximadamente 3.500 años, desde ca. 3.000 a.C. hasta ca. 500 d.C., esos fundamentos deben ser por fuerza muy esquemáticos y superficiales. La historia política, esencial para comprender el funcionamiento del poder, la toma de decisiones y las relaciones entre comunidades en el Mundo Antiguo, es uno de los segmentos más extensos y por tanto más complejos de sintetizar y abarcar en el contexto de una asignatura cuatrimestral.

Con el fin de facilitar esa tarea a los estudiantes, este cuaderno proporciona una síntesis ordenada e introductoria de los principales periodos, procesos y eventos históricos de la historia del Próximo Oriente y Egipto antiguos. Se trata de una narrativa esquemática que pretende proporcionar datos coherentes y homogéneos para todos los alumnos y servir de fundamento a posteriores lecturas y a una mayor profundización individual. Los términos y expresiones subrayados o en negrita son, naturalmente, de especial importancia para el seguimiento de la asignatura. Todas las fechas en esta síntesis son a.C.

La presente síntesis se basa en los siguientes manuales generales:

Kuhrt, A. 2001, *El Oriente Próximo en la Antigüedad*, 2 vols., Barcelona, Crítica.

Pérez Largacha, A. 2007, *Historia Antigua de Egipto y Próximo Oriente*, Madrid, Akal.

Fernando Echeverría Rey

Madrid, 2020

## GEOGRAFÍA Y RECURSOS

### 1.1. La geografía del Próximo Oriente antiguo

Bajo el término “Próximo Oriente” abarcamos la península Anatólica, Siria, las llanuras regadas por el Tigris y el Eufrates, la meseta de Irán, el desierto de Arabia, las regiones montañosas del Tauro y los Zagros y las regiones del golfo Pérsico, todas ellas con unas condiciones geográficas muy diferentes en las que a su vez existen áreas de transición en las que desarrollaron su actividad diferentes grupos. Nos hallamos ante una variedad de ecosistemas, con una llanura aluvial en la que la vegetación era escasa con la excepción de las ciudades situadas en las proximidades de los ríos, las colinas quebradas del norte de Irak y Siria, junto a los pies de monte del Tauro y los Zagros, donde domina una vegetación de estepa, las altas montañas y valles de los Zagros y Tauro con una vegetación boscosa, las elevadas llanuras de Anatolia e Irán o las llanuras costeras del Mediterráneo, el mar Caspio y el golfo Pérsico y, finalmente, extensas regiones desérticas.

Es una geografía en la que dominan el **Éufrates** y el **Tigris**, unos ríos que constituían la base de la actividad agrícola. El Éufrates (*Buranun* en sumerio y *Purattum* en acadio), presenta importantes contrastes a lo largo de sus cerca de 3.000 km. Tras nacer en las montañas de Armenia descendiéndole rápidamente hacia el oeste y el Mediterráneo para después cambiar su curso hacia el sur y entrar en la Alta Mesopotamia, donde discurre bastante encajonado y donde la pluviosidad apenas alcanza los 200 mm anuales, lo que explica que los asentamientos sean escasos y los que allí existan, como Mari, alcanzaran su prosperidad por actuar de puente de comunicación entre la Alta y la Baja Mesopotamia, no por su riqueza agrícola, debiendo sus reyes emprender importantes obras de canalización. En las cercanías de Babilonia, la entrada a la Baja Mesopotamia, ambos ríos aproximan sus cursos para volver a separarse, siendo en esta región en la que en torno al Éufrates se desarrollan importantes ciudades desde el IV milenio, cuando tuvo lugar una «explosión» urbana. En esta región, y debido a la nula inclinación del suelo, el Éufrates se divide en diferentes brazos al tiempo que va depositando sus sedimentos, mientras que con el curso del tiempo su curso principal irá trasladándose hacia el oeste, lo que explica el abandono y prosperidad de algunas ciudades en función de estas modificaciones, siendo el mejor ejemplo de ello la ciudad de Nippur, que en un primer momento se benefició de su posición central en la llanura aluvial perdiéndola con posterioridad, aunque recupera parte de su antiguo esplendor en tiempos casitas (segunda mitad del II milenio), cuando el Éufrates volvió a discurrir en sus proximidades. Por otra parte, la continua sedimentación obliga a limpiar los canales y brazos del río, razón por la que la limpieza y conservación de los canales será una de las actividades más mencionadas por los reyes, que las presentan como una «construcción», al tiempo que la realización de canales por parte de una ciudad podía afectar a las ciudades situadas más al sur, siendo origen de conflictos ya en el III milenio e incluso antes.

Al oeste del Éufrates se extiende el desierto, siendo hacia el este donde se concentran los asentamientos y la explotación agrícola hasta llegar a la orilla derecha del Tigris, siendo ésta la región que recibió la denominación de Mesopotamia, «tierra entre ríos». En líneas generales el Éufrates es menos violento que el Tigris al tener un caudal menor y perder parte del mismo en su tránsito por Siria, lo que facilitaba su control y aprovechamiento, recibiendo aportaciones de afluentes como el Habur y el Balikh, ríos que nacen en las montañas que forman la frontera entre Siria y Turquía. El Tigris, *Idiglat*, tanto en sumerio como en acadio, nace en el monte Ararat, en Anatolia, es mucho más caudaloso y violento, recibiendo importantes aportaciones de ríos como el Diyala, el Pequeño y Gran Zab que tienen sus fuentes en los Zagros, la barrera natural entre Mesopotamia y Elam, siendo su pendiente mayor que la del Éufrates en la Baja Mesopotamia, lo que no impide que su curso también se divida en varios brazos.

Ambos ríos, por tanto, presentan en sus tramos finales una ramificación importante de sus cursos, creando unas áreas pantanosas que en determinados momentos históricos constituyeron el núcleo de las llamadas «Dinastías del Mar». También fueron áreas en las que encontraban refugio

fugitivos y que eran desde donde se lanzaban los ataques contra los imperios que dominaban Babilonia, como sucedió en tiempos del Imperio asirio del I milenio. Unas circunstancias que también dificultaban el tránsito hacia la meseta iraní, obligando a establecer una ruta que los bordeara y que se adentraba hacia el sudeste, superando la ciudad de Der hasta llegar a la unión del Tigris con el Diyala, donde se encontraba la ciudad de Eshnunna (Tell Asmar).

Tanto el Éufrates como el Tigris pudieron desembocar de forma independiente en el golfo Pérsico, por lo que parte de la llanura aluvial actual estaría sumergida bajo el mar, lo que explicaría que ciudades como Ur o Eridu, que en la actualidad se localizan en el interior, estuvieran cercanas al mar, arribando a sus puertos los barcos con los productos de Dilmun, Magan o Meluhha, entidades localizadas en el golfo Pérsico. Ambos ríos eran la principal arteria de comunicación y penetración tanto hacia el exterior como el interior del mundo Mesopotámico, una permeabilidad que favorecía la llegada de nuevas poblaciones y la difusión cultural, accediéndose por el Éufrates a Siria, el mundo mediterráneo y Anatolia, mientras que el Tigris era la vía de entrada a Anatolia central y a la meseta iraní.

En la **Baja Mesopotamia** se diferencian dos regiones, al sur Sumer, con ciudades como Eridu, Uruk, Nippur o Lagash, y el norte Akkad, con ciudades como Babilonia o Kish, siendo ambas identificadas en la primera mitad del II milenio con Babilonia. Una Baja Mesopotamia en la que las lluvias eran escasas e irregulares, obligando a practicar una agricultura de irrigación, mientras que la evaporación de las aguas era muy importante, favoreciendo la salinización de los suelos, uno de los principales problemas a los que tendrá que enfrentarse el agricultor mesopotámico, en especial a partir del II milenio, cuando parece imponerse el cultivo de la cebada, más resistente. A pesar de ello, era una región próspera agrícola, aunque carecía de materias primas tan importantes para los estados de la Antigüedad como la piedra, la madera o los metales, lo que obligó desde un principio al establecimiento de unas rutas comerciales que llegaban hasta Siria y el mundo mediterráneo, el interior de Irán o se adentraban por el golfo Pérsico, razón por la que una de las principales preocupaciones de los Estados que tuvieron su epicentro en la Baja Mesopotamia fue el controlar, acceder, a estas rutas de comercio y comunicación.

Una ausencia de materias primas, como la piedra, que también tenía la ventaja de facilitar el trabajo del suelo y la excavación de canales, al tiempo que también en el trabajo de los artesanos, obligados a realizar estatuas de menor tamaño al no disponer de grandes bloques de piedra. Unos campos que, debido a la sequedad o por no utilizarse, podían hacerse muy duros, por lo que la primera labor agrícola era proceder a airearlos, remover la tierra después de la cosecha, reposando la misma hasta el otoño, cuando se sembraban, debiendo esperar el campesino a que la próxima crecida de los ríos no se adelantara a la cosecha (meses de marzo-abril) y las destruyera, siendo significativa la preocupación que expresan ciertos artículos legales de los códigos mesopotámicos por la destrucción de las cosechas a causa de las inundaciones.

Una Baja Mesopotamia, que se corresponde con la Mesopotamia de los griegos y el nombre de una satrapía de tiempos de Alejandro Magno a partir de dos satrapías aqueménidas y, posteriormente, el nombre de una provincia romana. Antes de finales del II milenio encontramos referencias a *Mal Biritim*, «la tierra de Mesopotamia», refiriéndose a las tierras entre el río, más que «entre los dos ríos», un concepto que posiblemente se origina con la llegada de las tribus arameas a finales del II milenio, siendo después adoptado por Alejandro y Roma.

En las cercanías de la Baja Mesopotamia estaba **Elam**, la región de la llanura aluvial a los pies de los Zagros cuyos límites son difíciles de precisar y variables a lo largo de la Antigüedad. Bastante similar geográficamente a la Baja Mesopotamia, las comunicaciones entre ambas regiones eran difíciles por los pantanos que las separaban. Más hacia el interior, los Zagros separan las tierras mesopotámicas de la meseta iraní formada por depresiones y valles y rodeada por cordilleras estando el centro dominado por dos inhóspitos desiertos, mientras que climáticamente las precipitaciones son escasas. Una región muy rica en recursos minerales y en la que conviven la llanura, el desierto y las áreas montañosas, siendo su historia tan prolongada e importante como la de Mesopotamia, llegando en ocasiones a existir dinastías y reinos muy poderosos pero desconocidos.

Respecto a la **Alta Mesopotamia**, la Djeziré (isla), es una región en contacto hacia el este con el Tigris medio y al oeste con la Mesopotamia occidental y la Alta Siria. Compuesta por grandes mesetas en las que los ríos discurren encajonados, estables e inmutables, existen en sus entornos terrenos semiáridos que dependen de unas precipitaciones que en líneas generales son escasas, mejorando la explotación de estas tierras cuando se introduzcan los avances técnicos que permitirán elevar el agua, lo que sucederá en tiempos neoasirios. Aunque los niveles de pluviosidad sí permitían la práctica de una agricultura, ciudades como Mari debieron desarrollar una importante política hidráulica para asegurar el abastecimiento de su población, ya que su importancia radicaba en su localización en el Éufrates medio sirviendo de puente entre el norte y el sur mesopotámico.

Una situación muy diferente es la del norte de esta Djeziré, al pie de las montañas y cuya pluviosidad sí permite una agricultura sin depender de la irrigación artificial. Esta cercanía a las montañas explica que esta región tenga estrechos contactos con las poblaciones nómadas allí existentes estableciendo mecanismos de colaboración y que, en diferentes momentos históricos, intentaron asentarse. Por el contrario, el mundo en que se desarrolló Asiria era totalmente dependiente de la lluvia, estando desprovista de unas fronteras naturales lo que favoreció que viviera procesos de expansión y encogimiento a lo largo de toda su historia. Es una región variada en el relieve, recibiendo las montañas al norte y este de Asiria una precipitación mínima de 200-300 mm anuales y a partir de Jebel Sinjar se extiende una llanura semiárida conocida como la Jezirah (en árabe) que puede ser explotada por grupos pastoriles pero no por asentamientos permanentes, una región dividida así entre el lado occidental dominado por el Éufrates y sus afluentes y la parte oriental con el Tigris.

Se trata de unos mundos en los que el agua era un bien buscado, valorado y deseado, desarrollando diferentes sistemas para su aprovechamiento, como en el caso de los *qanat* iraníes en el I milenio, que permitían la utilización de las aguas subterráneas mediante un sistema de galerías horizontales y la excavación de pozos verticales. Por ello no resulta extraño que el agua, tanto de los ríos como del mundo subterráneo sobre el que flotaba la tierra, aparezca en la mentalidad mesopotámica como algo benéfico pero también temido. Las aguas primordiales, el *Apsu*, están constituidas por un gran lago de agua dulce sobre el que flota la tierra y alimenta a los ríos, siendo el dios Enki, o Ea, el que reina este mundo. Un medio geográfico en el que no es extraño que fueran populares los relatos relativos a un diluvio, con ríos que cambian de curso y sin obstáculos naturales que impidan sus desbordamientos.

Por tanto una variedad geográfica que implica también una distribución desigual de los recursos, al tiempo que éstos también dependían de las variaciones climáticas que pudieran producirse, ya que un leve cambio afectaba al conjunto. Como veremos, en opinión de H. Nissen, el asentamiento en la Baja Mesopotamia pudo verse favorecido por un descenso en el nivel del mar y en el caudal de los ríos, posibilitando el asentamiento de grupos procedentes del norte; mismo pudo ocurrir a finales del III milenio, lo que ayudaría a entender el desplazamiento de los amorreos, y en torno a 1300, un siglo antes de que hicieran su aparición en el Próximo Oriente los llamados Pueblos del Mar, cuando se detecta el abandono de ciertas regiones a causa de sequías prolongadas.

**Anatolia**, la actual Turquía y centro de diferentes reinos, entre ellos el de los hititas, presenta importantes variaciones geográficas, al tiempo que a lo largo de toda la Antigüedad fueron penetrando en la misma diferentes pueblos, desde los indoeuropeos a los cimerios en el siglo VII. Bordeada por cuatro mares, el mar Negro, el Egeo, el Mediterráneo y el Caspio, por lo general sus costas son escarpadas, existiendo en ocasiones pequeñas llanuras litorales asociadas a valles fluviales que posibilitan la comunicación hacia el interior, en especial en el oeste de Anatolia, una región donde la población será mayoritariamente luvita, uno de los grupos indoeuropeos que penetraron en Anatolia a finales del III milenio. En su parte central es una extensa llanura elevada rodeada por grandes cadenas montañosas como el Tauro y el Cáucaso, existiendo al sur de la llanura anatólica pasos que permiten el acceso a Siria, como las llamadas Puertas Cilicias.

## 1.2. La geografía del Egipto antiguo

Egipto no hubiera sido posible sin que el Nilo, con su crecida anual, inundara y fertilizara los campos, facilitando la vida y la prosperidad en medio de la nada, recordando lo expresado por Heródoto (2.5): “la zona de Egipto a la que los griegos llegan con sus naves es, para los egipcios, una tierra ganada al mar y un don del río”; (2.14): “[...] recogen el fruto de la tierra con menos fatiga que el resto de la humanidad [...] no tienen la fatigosa necesidad de abrir surcos con el arado, ni de escardar, ni de hacer cualquier otra de las faenas que por la mies afronta con esfuerzo el resto de los hombres [...]”.

En Egipto la línea de separación entre la llanura aluvial *kemet* (tierra negra) y el desierto, *deshret* (tierra roja), es evidente, ofreciendo el Nilo un hilo conductor y un sentido de unidad. La inundación de los campos comenzaba a finales de mayo, dando paso a tres meses en los que no era posible la realización de actividad agrícola alguna y ciudades y aldeas se convertían en islotes rodeados por el agua de la crecida; la población se desplazaba a áreas más elevadas. En la actualidad se observa una crecida controlada gracias a la presa de Asuán, pero en la Antigüedad alcanzaba las pirámides e incluso algunas tumbas del Valle de los Reyes sufrieron inundaciones; siendo lógico que las fuentes egipcias reflejen una preocupación por el nivel que alcanzaban las crecidas, registrándose todos los años su nivel en distintos puntos del país mediante los *nilómetros* y adoptando las medidas necesarias si era elevada o escasa.

Una crecida elevada era más temida que una escasa, era más destructiva y tardaban más las aguas en retirarse de los campos, quedando menos tiempo disponible para la siembra y la cosecha. Pero una serie de crecidas bajas también tenía consecuencias devastadoras, describiendo la *Profecía de Neferti* (XII Dinastía), que el Nilo podía cruzarse a pie y que el agua debía buscarse para que los barcos pudieran navegar. La crecida determinaba las tres estaciones en que los egipcios dividieron el año, *ajet* (inundación), *peret* (cosecha) y *shemu* (sequía). Fuera de la llanura aluvial el desierto amenazaba constantemente con invadir los campos de cultivo, pero constituía también una barrera natural. El desierto libio se extendía prácticamente hasta el océano Atlántico y, hacia el Este, el desierto y el mar Rojo planteaban problemas logísticos importantes para el tránsito de pueblos y ejércitos. Pero ese aislacionismo también tuvo efectos negativos al limitar los contactos y la convivencia con otras regiones, limitando el tránsito de ideas, el desarrollo cultural, económico y tecnológico, siendo solamente en el Reino Nuevo cuando Egipto mantuvo importantes relaciones con Siria-Palestina.

Dicha división entre el interior y el exterior de Egipto delimita las formas de vida. Todas las costumbres y pueblos que están fuera de ella se consideran extraños y peligrosos, sus recursos son limitados y los asiáticos son descritos al joven príncipe en las *Instrucciones a Merikare* (XII Dinastía) como: «el vil asiático es un miserable a causa del lugar en que se halla. Tiene problemas con el agua, dificultades con los árboles; sus caminos son múltiples y malos a causa de las montañas. No habita en un único lugar [...] combate desde el tiempo de Horus. Ni conquista ni tampoco es conquistado. No anuncia el día del combate, como un ladrón que se precipita hacia los conspiradores [...]». La mentalidad egipcia refleja el establecimiento de una dualidad, orden/caos. Todo aquello que es ajeno y está fuera de la llanura aluvial es caótico y representa una amenaza para el mantenimiento del orden que los dioses establecieron en la creación. En el Reino Antiguo las fronteras de Egipto se definen de acuerdo con fenómenos naturales, llegando en el sur hasta donde alcanzan los vientos del Norte -los únicos existentes en Egipto- y, en el norte, hasta el Mediterráneo, pero en el Reino Medio los límites del mundo, que no del orden, se definen con expresiones que permiten englobar la flexibilidad de las fronteras, hasta donde el sol abarca o hasta donde se sitúan los cuatro pilares sobre los que se sustenta el cielo.

Como es lógico, esta imagen idílica de Egipto no siempre se corresponde con la realidad. Las amenazas sobre las cosechas eran numerosas y las hambrunas eran una amenaza constante, y, al igual que la Baja Mesopotamia, carecía de materias primas como el oro, la madera, la plata, el lapislázuli, el cobre o la turquesa que debía obtener en los desiertos, en las minas del Sinaí y, especialmente, en Nubia. Pero Egipto era para los propios egipcios una dualidad, el Alto y el Bajo



Egipto, algo que responde a una realidad geográfica, económica y cultural que cualquier viajero observador, desde la Antigüedad a nuestros días, refleja en sus escritos.

En el Alto Egipto (*Ta-shema*; *Ta*=tierra, *shema*= estrecho), la región de donde procede la mayor parte de nuestra información, es el Nilo a lo largo de sus casi mil kilómetros de longitud el que determina las pautas de asentamiento y la actividad económica, aunque como cualquier otro río, no discurre de forma uniforme. Los nomos más meridionales, entre Asuán y el norte de Tebas, son los más pobres agrícolamente al discurrir el Nilo muy encajonado y ser la franja de llanura aluvial susceptible de ser cultivada muy estrecha, siendo en esta región donde mayor incidencia tienen las variaciones en el nivel de las crecidas y de donde proceden la mayoría de los textos que hablan de hambrunas. Al norte de Tebas, hasta Abidos, la llanura aluvial se abre y los campos alcanzan su mayor extensión, radicando en Abidos el culto a Osiris que, además de gobernar en el más allá, encarna los principios de la vegetación y sus ciclos. El resto del Alto Egipto, o Egipto Medio, presenta similitudes con la Baja Mesopotamia debido a la nula inclinación del terreno, que favorece la extensión de las crecidas y dificulta el control de las aguas. En esta región destaca el Bahr Yusuf, un brazo que sale del Nilo y que termina en el gran oasis de el-Fayum, que fue explotado para la agricultura de forma intensiva desde el Reino Medio.

El Bajo Egipto, el Delta, tiene en la actualidad dos brazos principales, pero en la Antigüedad se dividía en varios más, al tiempo que la línea de la costa estaba más hacia el interior, haciendo que ciudades como Buto tuvieran puertos, al tiempo que la separación entre el Alto y el Bajo Egipto estaba en las cercanías de Menfis. Los asentamientos debían situarse en lugares elevados, con menos riesgo de inundación, y se desarrolló una economía más ganadera que agrícola. En el Delta occidental el principal peligro eran las tribus libias, que plantearon problemas a partir de la XIX Dinastía, siendo descritos por Merneptah como aquellos «que vagan continuamente y deben combatir para llenar su vientre un día tras otro». El Delta oriental constituía la vía natural para el comercio con Siria-Palestina, el punto de salida de los ejércitos egipcios que, a través del llamado *camino de Horus*, llegaban hasta Siria-Palestina. Estas relaciones favorecieron que el Bajo Egipto fuera más dinámico que el Alto Egipto, aunque la configuración del Delta ha impedido la conservación de sus restos arqueológicos, contribuyendo a su desconocimiento.

Más del 90 por 100 de la superficie egipcia es desierto; en él existían minas y canteras que eran explotadas mediante las llamadas *expediciones reales*, siendo los oasis, *wahe*, los únicos que ofrecían refugio. La «ruta de los oasis» fue adquiriendo importancia a lo largo de la historia de Egipto, siendo preferida en algunos momentos al Nilo por los líderes de expedición que se internaban en Nubia. Su lejanía ayuda a entender mejor cómo en ellos surgieron templos y divinidades con atributos y poderes diferentes a los del valle del Nilo, como en el caso del famoso oráculo de Amón en Siwa visitado por Alejandro Magno, estando unidos al valle del Nilo gracias a los *wadis*, cursos de río secos. El desierto occidental no fue probablemente tan seco en la Antigüedad, al tiempo que del mismo procedieron algunos de los impulsos que terminaron con el asentamiento en las márgenes del Nilo y el inicio del proceso de creación del Estado. En lo que al desierto oriental se refiere, era importante por sus recursos en metales, al tiempo que era la vía de comunicación con el mar Rojo y la península del Sinaí.

Respecto a Nubia, la región al sur de la primera catarata y cuyo nombre fue acuñado en época romana pudiendo derivar de *nbw*, oro, su principal fuente de riqueza, el mundo faraónico utilizó diferentes términos para referirse a ella según su grado de penetración en la región y de los pueblos y etnias presentes en cada momento; *Yam*, *Tasety* (tierra del arco), *Irem* y, más frecuentemente, *Kush*, término que hacía referencia a la Alta Nubia y que, al estar frecuentemente la Baja Nubia (*Wawat*) bajo influencia egipcia, también podía utilizarse para la totalidad de Nubia. Las difíciles condiciones de vida, especialmente entre la primera y la tercera catarata, explican que población nubia emigrara periódicamente a Egipto, integrándose por lo general como mercenarios. La región más rica se localiza en torno al Dónbola, entre la cuarta y la quinta catarata, hasta donde Egipto llevó su influencia en el Reino Nuevo. El que Egipto no penetrara más en el sur se explica porque, al ser la región más fértil, es donde se desarrolló la principal cultura nubia, Kerma.

## EL III MILENIO a.C.

### PRÓXIMO ORIENTE

#### 2.1. El Protodinástico o Época Sumeria (2900-2350)

Los sumerios son la primera gran cultura que existió en el Próximo Oriente. Este periodo recibe el nombre de Protodinástico sumerio, y se divide en tres fases:

Protodinástico I: 2900-2750

Protodinástico II: 2750-2600

Protodinástico III: 2600-2350

La población sumeria fue dominante especialmente en los centros del sur de la Baja Mesopotamia, región que los textos identificarán con Sumer, pero coexistió con una población semita que tenía sus principales centros en el norte de la Baja Mesopotamia, en ciudades como Kish, región conocida como Akkad. Durante estos siglos, diferentes ciudades-Estado se alternarían como poderes dirigentes en la región, aumentando los conflictos entre las ciudades en el Protodinástico II-III que terminarían con Lugalzagesi (*ca.* 2340-2316), que llegó a unificar la Baja Mesopotamia.

**Fuentes.** Gran parte de nuestra información procede de tablillas administrativas halladas en ciudades como Uruk, Ur, Shuruppak o Lagash, siendo a partir del Protodinástico III cuando comienzan a ser más frecuentes las inscripciones reales, coincidiendo con la importancia que adquieren los palacios (*é-gal*), siendo hasta entonces el templo la institución más importante.

Los documentos, cada vez más detallados, se centran en la realización de campañas militares y en la actividad constructora, principalmente de templos, de los reyes, al ser éstas sus principales «obligaciones». Paralelamente al ascenso de los gobernantes, aparecen los primeros textos legales, que exponen las medidas adoptadas por los reyes para mantener el orden y el bienestar de la sociedad (ejemplo: Reformas de Urakagina, un gobernante de la ciudad de Lagash). Tales documentos, legales o no, solían ofrecerse a los dioses, queriendo expresar así los reyes que habían procedido correctamente, al determinar los dioses el destino de ciudades y gobernantes; surge así de forma paralela una ideología real, una propaganda.

La fuente más importante es la llamada Lista Real Sumeria, redactada en tiempos de la I Dinastía de Isin (2000-1800); sus reyes se presentaron como continuadores de una secuencia real que habían establecido los dioses. En la misma se mencionan las dinastías que habían existido, comenzando con unas dinastías míticas anteriores al diluvio, la primera de ellas en la ciudad de Eridu; «la realeza descendió del cielo» y se fue trasladando de una ciudad a otra, siguiendo la voluntad de los dioses. Durante las llamadas dinastías prediluvianas los reyes disfrutaron de fabulosos reinados que llegaban a miles de años, siendo uno de ellos Dumuzi que, con posterioridad, será el protagonista junto a la diosa Inanna del «matrimonio sagrado», un ritual que simbolizaba el ciclo agrícola y la fertilidad de los campos.

Después de la V Dinastía se produjo un diluvio que «lo igualó todo», iniciándose las dinastías humanas, «descendiendo» en primer lugar la realeza en la ciudad de Kish (lo que daría a esta ciudad un mayor estatus frente a las demás). Con posterioridad, la realeza fue trasladándose a otras ciudades, cambios que siempre se mencionan con la expresión de que la ciudad fue derrotada por las armas y la realeza trasladada a otra ciudad. La historicidad de estas dinastías es muy difícil de constatar, aunque en ocasiones se ha querido identificar a las dinastías prediluvianas con el Protodinástico I; la división en dinastías no implica en modo alguno que existiera un dominio territorial, político, sobre toda la región por parte de la ciudad o dinastía correspondiente, coexistiendo en el tiempo muchas de ellas. Igualmente, la Lista real sumeria ignora a reyes tan

importantes como Mesilim de Kish y a ciudades como Lagash, que en tiempos de Eannatum llegó a desempeñar un papel trascendental en la región.

Otra fuente de información son los llamados *Himnos sumerios del templo*, 42 en total y referidos a 35 ciudades, al existir más de un templo en las ciudades, que fueron redactados en época paleobabilónica (ca. 1800), pero que la tradición atribuye a la hija de Sargón de Akkad, Enheduanna, que fue sacerdotisa del dios Nanna en Ur, unas composiciones dirigidas a ensalzar la importancia que los templos y sus moradores, los dioses, tenían en la sociedad.

**Historia.** En el Protodinástico II, se ve aumentar las disputas entre ciudades, siendo una prueba de ello la construcción de murallas como las de Uruk. Uno de los primeros gobernantes mencionado en los textos es Etana, cuarto rey de la I Dinastía de Kish, rey descrito en la Lista real sumeria como «el que estabilizó todas las tierras»; en la ciudad de Uruk, de la I Dinastía se puede mencionar a Enmerkar (ca. 2750, protagonista de un poema posterior, *Enmerkar y el señor de Aratta*), a Lugalbanda (posiblemente el dios de Kullab en origen, uno de los dos asentamientos que originalmente componían Uruk, que sería desacralizado y convertido en un rey legendario protagonista de algunos textos épicos), a Dumuzi (protagonista con la diosa Inanna de una ceremonia religiosa, el «matrimonio sagrado», a través de la cual los reyes mesopotámicos intentaban asegurar la fertilidad de los campos), y a Gilgamesh (ca. 2650, construyó las murallas de Uruk y es el protagonista del poema épico más conocido, adscribiéndole la tradición la realización de una campaña militar en la que llegó a alcanzar el “mar Superior”, el mar Mediterráneo, y obtener madera de cedro).

En el Protodinástico III comienzan los primeros intentos de crear unos Estados que superasen los límites de la ciudad, mientras se recrudece la dinámica de enfrentamientos entre ciudades, provocados por su crecimiento y expansión y la consiguiente necesidad de explotar y cultivar las tierras intermedias existentes entre ellas (*edin*); aparecen también conflictos motivados por la construcción o control de ciertos canales de agua, ya que las iniciativas de las ciudades, en especial de las situadas más al norte, afectaban a la disponibilidad de agua de las ciudades situadas en sus proximidades o en el sur de la llanura aluvial, que podían ver modificado el curso de los ríos. Otros factores, como una incipiente salinización de los campos o una disminución en el nivel de las crecidas, que tendrán una incidencia mayor en periodos posteriores, también pudieron contribuir a estos conflictos, aunque en una pequeña proporción.

El conflicto mejor conocido es el que mantuvieron las ciudades de Umma y Lagash por la propiedad y los derechos de explotación de unos canales de irrigación, el «campo bien amado de Ningirsu». Los orígenes del mismo se remontan a tiempos de Mesilim de Kish (ca. 2550), que actuó como intermediario y procedió a instalar una estela que establecía la frontera entre ambas ciudades según los designios que habían sido expresados por el dios Enlil de Nippur; Mesilim es el primero en utilizar el título de *rey de Kish*, que parecía conferir una autoridad «moral» sobre el resto de ciudades. Sin embargo, el conflicto reapareció en tiempos de Akurgal (ca. 2500), hijo de Ur-Nanshe, terminando con la victoria final de la ciudad de Lagash y de su rey, Eannatum (ca. 2450), representada en la *Estela de los Buitres*. Eannatum afirma haber conseguido victorias militares en los lejanos territorios de Mari y Subartu, término este último con el que se hacía referencia al norte, además de conquistar las ciudades de Ur, Uruk y Kish, adoptando el título de *rey de Kish*. En su reinado la ciudad de Lagash alcanzó su máximo esplendor, muriendo Eannatum en el curso de una de sus campañas militares.

Urakagina (o Uruinimgina) de Lagash (ca. 2350), que pudo ser un usurpador, es conocido principalmente por sus disposiciones legales, conservadas en varias inscripciones y que parecen un intento por acabar con los abusos que existían en la ciudad por culpa de sus antecesores. Urakagina sería derrotado por Lugalzagesi de Umma (ca. 2340-2316), que comenzó su carrera como *Ensi*, gobernador, y llegó a conquistar las principales ciudades de la llanura aluvial, saqueó Lagash y trasladó su capital a Uruk, siendo el primer rey que logró unificar la llanura mesopotámica. En sus inscripciones dice alcanzar el mar Superior, el Mediterráneo, y ostentar el control desde el mismo hasta el mar Inferior, el golfo Pérsico, lo que parece poco probable. Pero

sus logros terminaron con la aparición de Sargón de Akkad, que derrotó a Lugalzagesi y terminó con siglos de fragmentación política instaurando el Imperio acadio.

## 2.2. El Imperio Acadio (2334-2154)

El periodo Protodinástico, con la convivencia de diferentes ciudades independientes, concluyó con la figura de Lugalzagesi (*ca.* 2340-2315), que durante un breve periodo de tiempo llegó a gobernar toda la Baja Mesopotamia, pero sus logros se desvanecieron rápidamente debido a la irrupción de Sargón de Akkad, fundador del que ha sido considerado el primer imperio mesopotámico, el acadio (2335-2154). Representa un salto cualitativo en la historia de Mesopotamia, estableciéndose por primera vez un dominio y una administración sobre extensos y lejanos territorios gobernados desde Akkad, la capital. La expansión ocasionó la aparición de unas necesidades y de unas realidades completamente nuevas, que convierten a Sargón y a su sucesor más importante, Naram-Sin, en protagonistas de numerosos textos que recogían tradiciones y recuerdos de sus acciones de gobierno; Sargón aparecería como un gran conquistador, el modelo en el que debían reflejarse todos aquellos que quisieran ser grandes reyes, mientras que de Naram-Sin se conserva la imagen opuesta. Por desgracia las fuentes disponibles son escasas al no haber sido identificada arqueológicamente la capital del Imperio, procediendo la misma de archivos provinciales o de las tradiciones posteriores.

**Dinámica imperialista mesopotámica.** El Imperio Acadio es una estructura política de rápida formación pero breve duración (apenas dos siglos); ello supone el inicio de una dinámica que estaría presente en la formación, pervivencia y derrumbe de reinos e imperios posteriores: los imperios nacen bajo el liderazgo de un gran rey y deben administrar unos territorios muy heterogéneos en todos los aspectos (étnico, lingüístico, económico...) y con diferentes condicionantes geográficos y tradiciones culturales; por ello, estos imperios sólo pervivían hasta que se producía el agotamiento de sus estructuras y recursos, ocasionada por una actividad militar constante debido a las continuas sublevaciones que se producían en los territorios anexionados o por la existencia de luchas internas por el poder que debilitaban al imperio; en ese contexto, poblaciones marginales, no urbanas, descritas en los textos como bárbaras, aprovecharían cualquier signo de debilidad, o tal vez antiguas entidades locales tratarían de recuperar un protagonismo perdido. Todo ello además acompañado de la incapacidad política de algunos de los reyes que sucedieron al fundador del reino, siendo uno de estos factores, o la conjunción de todos, la explicación para el final de reinos e imperios, iniciándose un periodo de fragmentación política hasta que surgía otro gran rey que ponía las bases de un nuevo imperio. Los conquistadores deben afrontar continuas rebeliones, así como una oposición constante hacia la administración imperial. Por ello, mantener el control de unas regiones lejanas requería de unos recursos ingentes, tanto económicos como humanos, cuya utilización terminaban por debilitar a su propia administración y su capacidad militar, poniéndose las bases para el colapso del reino o imperio que, en el mejor de los casos, retornaría a sus límites geográficos, cuando no desaparecería o terminaba integrado en otro reino o imperio.

**Historia.** El fundador de este Imperio acadio fue un «hombre nuevo», **Sargón de Akkad** (2334-2279), Sharru-kin, «el rey es legítimo» en acadio, cuya personalidad se nos ha transmitido envuelta en el misterio y la leyenda: depositado al nacer en una cesta de mimbre en el río, sería rescatado del agua y educado por el jardinero Aqqi, y llegaría por sus cualidades a desempeñar un cargo que refleja su cercanía al poder, copero del rey de Kish (en concreto Ur-Zababa, rey de la IV Dinastía de Kish); la diosa Istar se enamoraría de él mientras trabajaba como jardinero, lo que le permitiría posteriormente alcanzar el trono y crear el primer imperio mesopotámico. La Lista real sumeria, en cambio, expresa que el ascenso de Sargón tuvo lugar de la siguiente manera: «Uruk fue derrotada (y) su soberanía paso a Agade. En Agade, Sargón, cuyo padre era jardinero, el copero de Ur-Zababa, el rey de Agade que construyó Agade, gobernó 56 años como rey».

Después de convertirse en rey de Kish, Sargón venció a Lugalzagesi, a quién el propio rey de Kish, Ur-Zababa, pudo solicitar ayuda según algunas tradiciones, haciéndole prisionero y, según una inscripción de la primera mitad del II milenio hallada en Nippur, el propio Sargón relata cómo

lo llevó con una «argolla al cuello hasta la puerta del templo de Enlil en Nippur», procediendo con posterioridad a derribar las murallas de Uruk. La victoria sobre Lugalzagesi abrió a Sargón el resto de ciudades de la llanura aluvial, declarando que derrotó a 50 *ensi* y que procedió a «lavar sus armas» en el mar Inferior (el golfo Pérsico), símbolo con el que se expresaba que se habían alcanzado los límites del mundo, un logro al alcance de muy pocos.

A continuación, Sargón emprendió sus campañas militares en el norte, citando los textos la conquista de ciudades como Tuttul, Mari y Ebla, aunque existe un debate sobre si estas conquistas, en especial la de Ebla, fueron realizadas por Sargón o por su nieto, Naram-Sin, que sería quien implantaría definitivamente el control acadio sobre la Alta Mesopotamia. Las conquistas revelan la aspiración de controlar directamente, sin intermediarios, las rutas comerciales que desde la llanura aluvial penetraban en la Alta Mesopotamia y se extendían por Siria, Anatolia o los Zagros, siendo posiblemente la razón por la que Sargón también dirigió sus ejércitos contra Elam y la dinastía allí existente, la de Awan, llegando a conquistar Susa y de ese modo asegurarse el acceso a una de las rutas comerciales más importantes para el mundo mesopotámico, el interior de Irán. Según las tradiciones posteriores, Sargón llegó a alcanzar los bosques de cedro del Líbano, la montaña de plata (el Taurus) o conquistar el país de Alashiya (Chipre), unos mundos lejanos y que fueron entrando lentamente en contacto con el mundo mesopotámico, pero que en tiempos acadios no fueron realmente integrados; Sargón aparece así como un personaje/héroe civilizador e integrador de pueblos y tradiciones. Las conquistas vinieron seguidas de una serie de continuas rebeliones. Especialmente importante fue la que aconteció en los últimos años de su reinado en el sur mesopotámico, interpretada como un reflejo del rechazo que las ciudades sumerias manifestaron hacia la dominación externa.

Sargón fue sucedido por su hijo Rimush (2278-2270) que debió iniciar su reinado realizando una gran campaña militar, debido tanto al deseo como a la necesidad del nuevo rey de hacer ver a sus posibles enemigos, internos y externos, que nada había cambiado y de reafirmar el control sobre unos territorios que habían sido anexionados. Rimush tuvo que sofocar una sublevación de la llanura aluvial que estuvo encabezada por las ciudades de Ur, Umma y Lagash, y que contó con el apoyo de Elam, contra la que dirigió posteriormente sus ejércitos. Rimush logró mantener los límites del imperio, pero su reinado fue breve: murió asesinado, otro de los males endémicos que dominaron la vida en las cortes próximo orientales, las conspiraciones y luchas por el poder.

Fue sucedido por su hermano Manishtusu (2269-2255), que pudo participar en la conspiración contra Rimush y tuvo que enfrentarse al mismo problema que su hermano al acceder al trono, aunque esta vez la sublevación estuvo limitada al Elam. De su reinado se conserva el relato de una expedición marítima al mar Inferior, el golfo Pérsico, donde dice derrotar a una coalición de 32 ciudades, matando a todos sus príncipes y regresando con todo tipo de tesoros. Su destino fue análogo al de su hermano, morir asesinado.

Es así como llega al trono **Naram-Sin** (2254-2218), con quién el Imperio acadio alcanzaría su máximo apogeo, aunque fuera a costa de tener que desplegar una actividad militar constante, tanto para sofocar las continuas rebeliones como para conquistar nuevos territorios. Nada más acceder al trono hubo de hacer frente a una rebelión generalizada en la que, según sus propias palabras, «los cuatro confines del mundo se rebelaron contra mí». Especial importancia tiene la que estuvo encabezada por los reyes de Kish (Iphur-Kish) y de Uruk (Amar-girid), que agrupaban a otras ciudades. Una vez sofocadas las rebeliones, las campañas de Naram-Sin se dirigieron al norte, conquistando toda la Alta Mesopotamia y alcanzando el Mediterráneo, campañas que pudieron causar la destrucción de la poderosa ciudad de Ebla. También procedió a extender las fronteras hacia el Elam, constatándose en su reinado la existencia de un gobernador acadio en la ciudad de Susa. Los textos exaltan la capacidad militar de Naram-Sin, expresando que conquistó el país de Subartu (término que hacía referencia al norte e incluía Asiria) y una campaña contra Magan, proclamándose “rey de las Cuatro Regiones”, un título que transmitía su dominio sobre mundo conocido, sobre los territorios comprendidos entre el mar Inferior y el mar Superior.

En estas campañas, los acadios comienzan a enfrentarse con unos grupos que irán adquiriendo un paulatino protagonismo, como los martu (denominación sumeria de los amorreos, llamados así

en acadio); los guti, los illubi y los hurritas, poblaciones que van apareciendo como consecuencia de las modificaciones climáticas que comenzaban a sentirse en sus regiones de origen y que también influirían en el final del Imperio acadio. Naram-Sin recurrió también a la diplomacia, firmando alianzas mediante matrimonios diplomáticos; en la periferia del imperio, en textos hititas posteriores, se menciona a 17 gobernantes anatólicos que se rebelaron contra Naram-Sin.

Tras la muerte de Naram-Sin el mundo acadio comienza a desintegrarse, aunque no tan rápidamente como se pensaba. Su hijo Sharkalisharri (2217-2193) disfrutó de un largo reinado durante el cual los enemigos del mundo acadio comenzaban a ocasionar problemas, siendo especialmente importante la sublevación en el Elam, donde Kuruk-In-Shusinak se proclamó rey de Awan y llegó a invadir Mesopotamia. Pero el Imperio acadio resiste, e incluso derrota a los martu y a los guti, aunque los signos de decadencia eran evidentes, siendo significativo que Sharkalisharri sólo ostente el título de rey de Akkad, y no el de dominador de las Cuatro Regiones.

Tras unos años de confusión, acceden al trono los dos últimos reyes, Dudu y Shudurul, cuyo último año de reinado es el 2154. Durante sus reinados los Guti fueron penetrando en el Imperio y concentrándose especialmente en el centro, en torno a la región de Diyala, mientras en el sur mesopotámico algunas ciudades iban recuperando su independencia.

### 2.3. La III Dinastía de Ur (2112-2004)

**Los Guti y Gudea de Lagash.** El final del mundo acadio sumió al mundo mesopotámico en un periodo que las fuentes describen como caótico, responsabilizando de ello a los guti (o *qutu*), un pueblo montaños del Luristan (montes Zagros), y que según los textos no conocían la vida urbana y, por tanto, la civilización. No muy numerosos, los guti estuvieron presentes en la historia de la Baja Mesopotamia durante cerca de cien años, aunque en ningún momento llegaron a ejercer un dominio sobre la misma, concentrando su presencia y poder en torno a la región de Diyala. El clima de inestabilidad política aparece reflejado en la Lista real sumeria, que menciona a veintitrés reyes guti quienes en algunos casos se presentaron como los herederos de la dinastía de Akkad, llegando a utilizar incluso el título de *rey de las Cuatro Esquinas*.

La irrupción de los guti fragmentó el mundo mesopotámico, aflorando en el norte de Siria los estados hurritas de Urkesh y Nawar, mientras que Susa pasó a formar parte del Estado de Awan y en Mari se estableció una dinastía de generales (*shakkanakku*). Igualmente, su presencia en la Baja Mesopotamia no impidió que algunas ciudades mesopotámicas alcanzaran la independencia, estableciéndose diferentes dinastías que recuperaron las tradiciones de las ciudades-Estado proto-dinásticas. En un primer momento las más importantes fueron la IV Dinastía de Uruk y la II Dinastía de Lagash, esta última iniciada por Ur-Baba, pero cuyo rey más destacado es **Gudea de Lagash** (ca. 2120). En sus inscripciones utiliza el título de *Ensi*, a pesar de que su poder se extendió más allá de los límites de esta ciudad, al tiempo que se declara un buen administrador, que actúa siguiendo las normas de la divinidad y que fue, especialmente, un gran constructor de templos, en especial el gran templo a Ningirsu en la ciudad de Lagash, el Eninnu, en el que Gudea dice utilizar materiales procedentes de todos los lugares conocidos, tanto del norte de Siria como del golfo Pérsico, así como mano de obra elamita, de lo que podría desprenderse que el «intervalo» de los guti no fue en realidad tan nefasto al continuar en funcionamiento las rutas comerciales.

Se conservan numerosas estatuas de este rey, realizadas en diorita, que encarnan la que era una de las obligaciones reales en el mundo mesopotámico: construir y mantener las moradas de los dioses; Gudea es representado, de pie o sentado, con los planos de los templos que reconstruyó, con la tradicional actitud de las manos enlazadas, una muestra de piedad ante la divinidad propia del mundo sumerio. Desconocemos la duración exacta de su reinado, teniendo enfrentamientos con el tradicional enemigo del mundo mesopotámico, el Elam, algo lógico al ser Lagash la ciudad más oriental de la llanura aluvial, pero sus acciones en ningún momento se extendieron más allá de la misma, siendo su poder muy reducido. A pesar de ello la memoria de Gudea, que fue sucedido por Ur-Ningirsu, fue honrada como un dios, especialmente durante la III Dinastía de Ur.

Estos años de transición concluyeron cuando diferentes príncipes se coaligaron en torno a Utukhegal (2123-2113), único rey de la V Dinastía de Uruk, que recobró el título de *rey de las Cuatro Regiones* y expresó en los textos haber realizado aquello que el dios Enlil le había encomendado: vencer al rey de los guti, Tirigan (o Tirikán), y terminar así con su presencia. Su reinado duró apenas siete años según la Lista real sumeria, siendo derrotado por Ur-Nammu, que hasta entonces había sido un gobernador militar (*shagin*) de la ciudad de Ur al servicio de Utukhegal, instaurando la que sería la última gran dinastía de lo que durante mucho tiempo se ha conocido como mundo sumerio: la III Dinastía de Ur.

**La III Dinastía de Ur (2112-2004).** El fundador de esta dinastía fue Ur-Nammu (2112-2095), que comenzó su reinado conquistando Lagash para extender después su dominio a toda la Baja Mesopotamia, proclamándose rey de Súmer y Akkad. Durante su reinado se restableció el intercambio comercial que tradicionalmente había existido entre la ciudad de Ur y el golfo Pérsico, se restauraron los templos que se habían «arruinado» en los años anteriores y se reformó la red de canales que, supuestamente, los guti habían llevado al abandono, provocando la devastación de los campos. Inició la construcción del primer zigurat, dedicado al dios lunar Nannar en Ur, así como el dedicado a la diosa Inanna en Uruk. Pero su figura es especialmente conocida por su Código de leyes que constituye un intento por restablecer un marco legal y social que se había perdido, aunque también se ha atribuido a su sucesor, Shulgi.

Los textos reflejan una preocupación especial hacia los martu, los amorreos, unas poblaciones que se describen como bárbaras y que no respetaban ni conocían las normas de una sociedad civilizada. Los reyes de la III Dinastía de Ur convivieron con un mundo fragmentado del que desconfiaban, debiendo recurrir al matrimonio con hijas de las familias más poderosas para fortalecer su poder, una política que pudo iniciar Ur-Nammu casando a un hijo suyo con una princesa de Mari, ciudad donde existía un gobernador independiente.

Ur-Nammu pudo morir en el curso de una batalla contra los guti, siendo sucedido por Shulgi (2094-2047), que en sus primeros años de reinado se concentró en la política interior, adoptando también el título de rey de las Cuatro Regiones, lo que revela un cambio respecto a su padre. De su reinado también destaca la reforma y unificación del sistema de pesos y medidas, algo que era fundamental para el buen funcionamiento de la administración y el control sobre todas las actividades económicas o agrícolas. También procedió a reformar el ejército y puso las propiedades del templo bajo la autoridad de los gobernadores, al tiempo que recuperó la costumbre de distribuir tierras entre sus seguidores. En el exterior, continuó con la práctica de los matrimonios diplomáticos, llegando Shulgi a tener nueve esposas, junto a una intensa actividad militar en la segunda mitad de su reinado; fortaleció además las defensas contra los lullubi en torno al Khabur, unas campañas en las que también se constata la presencia de grupos hurritas. Shilgi creó una unidad de lanceros con ciudadanos procedentes de Ur, la primera mención que se conoce a la creación de un cuerpo específico dentro del ejército.

Sus hijos y herederos, Amar-Sin y Shu-Sin, tuvieron que hacer frente a la presión cada vez mayor de las poblaciones amorreas; en tiempos de este último se construyó el muro de los martu, en la región donde el Tigris y el Éufrates están más próximos, que protegía la Baja Mesopotamia, pero que dejaban aisladas y desprotegidas a ciudades como Mari o Assur. El último rey de esta dinastía fue Ibbi-Sin y, aunque llegó a reinar durante 25 años, la extensión y control de sus posesiones fue reduciéndose hasta quedar finalmente relegado a los límites de la propia ciudad de Ur.

Poco sabemos de las causas que ocasionaron el final de esta III Dinastía de Ur. Un factor sería la continua presión que ejercían los martu, o los gutium y simashki, originarios de los Zagros, y que acabaría por socavar las estructuras del Estado. Otro factor sería la presión por parte de Elam, pues fueron los elamitas los que conquistaron y saquearon la ciudad de Ur en 2004, siendo Ibbi-Sin trasladado a Susa. Los textos mencionan también una serie de calamidades internas, en especial unas crecidas desastrosas, que las últimas investigaciones parecen confirmar, pudiendo las mismas también empujar a poblaciones nómadas y periféricas a buscar un lugar donde establecerse, lo que empeoraría aún más la situación de unos campos que comenzaban a estar sobreexplotados. Las cartas intercambiadas entre Ibbi-Sin y uno de sus funcionarios, Ishbi-Erra,

quien llegó a ser gobernador de la ciudad de Isin, reflejan la imposibilidad que la ciudad de Ur tenía para controlar más allá de sus límites y la situación de los campos ya mencionada, así como la amenaza de los martu. Finalmente, Ishbi-Erta aprovechó la situación para alcanzar el control sobre lo que pervivía de la III Dinastía de Ur fundando la Dinastía de Isin.

## EGIPTO

### 2.4. El Protodinástico egipcio (Dinastía 0) (ca. 3200-3000)

Se conoce como “Protodinástico” al periodo, anterior a las dinastías tradicionales establecidas por Manetón, en el que en Egipto se consolidan las estructuras políticas centralizadas y aparecen jefaturas más estables y complejas que comienzan a identificarse como monarquías (es distinto, por tanto, que el Protodinástico Mesopotámico, que es la fase de independencia y desarrollo de las ciudades sumerias, 2900-2335, anterior a la primera unificación de Mesopotamia con el Imperio acadio).

**La “Dinastía 0”.** Los investigadores hablan de la “Dinastía 0” para referirse a la lista de reyes mencionados en la Piedra de Palermo (inscripción de época de la V Dinastía que describe nombres y acontecimientos anteriores) y que son anteriores a la I Dinastía de Manetón, la mayoría personajes semi-legendarios de lectura e historicidad dudosas pero que los egipcios presentaban como responsables de la primera unificación de Egipto. Se trata, por tanto, de una reconstrucción egipcia posterior, procedente del Reino Antiguo, que presenta la visión que los egipcios tenían de su pasado y del origen del reino unificado como el resultado del enfrentamiento entre dos reinos originarios, el Alto Egipto (identificado con la corona blanca y con el dios Seth) y el Bajo Egipto (identificado con la corona roja y con el dios Horus); tras una fase de conflicto, los egipcios pensaban que estos dos reinos se unificarían bajo una única dinastía centralizada que reuniría los símbolos de los dos. Esta idea, sin embargo, se rechaza en la actualidad de forma prácticamente unánime, y se plantea más bien una unificación anterior del Alto Egipto y la posterior expansión hacia el Bajo Egipto.

**Nagada III.** El periodo debe reconstruirse en la medida de lo posible a través de la información arqueológica, por lo que se lo conoce también como **Nagada III**, a partir de las distintas fases arqueológicas de este yacimiento del Alto Egipto (a unos 25 km al norte de Tebas). En esta etapa, el valle del Nilo, especialmente en el Alto Egipto, aparece sembrado de asentamientos urbanos bastante sofisticados y extensos, que han surgido lentamente en el periodo anterior (Predinástico egipcio, ca. 4500-3200) y que ahora continúan su expansión y complejización. Lo característico de este periodo es que algunos de ellos van a conseguir ahora controlar territorios más extensos a su alrededor, lo que conduce al desarrollo de una serie de “proto-reinos”, con sus propios linajes reales y su propia simbología y administración.

Según la hipótesis de B. Kemp, en el Alto Egipto se desarrollarían 3 grandes proto-reinos (Tinís, Nagada y Hierakómpolis) que se expandirían y entrarían en conflicto entre ellos (de hecho, la Piedra de Palermo presenta varias listas simultáneas de reyes de ciudades diferentes, lo que refuerza la idea de la existencia de “reinos” rivales); fruto de ese conflicto, uno de estos reinos se impondría al resto y unificaría el Alto Egipto hacia el final del periodo, intentando entonces expandirse progresivamente hacia el Bajo Egipto en la época del rey Narmer (último rey protodinástico), a quien se atribuye la unificación de Egipto, aunque probablemente no completa y que deberá consolidarse y expandirse en el periodo siguiente. El rey Narmer se conoce también por una paleta ceremonial (Paleta de Narmer) en la que aparece representado con los símbolos (doble corona) y en las actitudes características de la realeza egipcia, fundamentalmente la victoria sobre enemigos internos y externos (pacificación).

### 2.5. El periodo Tinita (ca. 3000-2686)

La unificación de Egipto (desde el delta hasta la primera catarata) continuará en la época Tinita (la capital del reino unificado se sitúa en Tinís, o This, cerca de Abydos, en el Alto Egipto), y no



siempre se conseguirá una unión total de todo el valle. Egipto surge como un estado territorial que sigue el cauce del Nilo y que debe desarrollar unos símbolos de poder, una religión y una ideología integradoras. Según la lista de Manetón, en este periodo se desarrollan las dos primeras dinastías, pero la mayoría de los individuos que aparecen en esas listas son apenas nombres sin una historicidad sólida, de los que tenemos apenas detalles dispersos. Se emplea ya la escritura como herramienta administrativa, y cada vez más como herramienta conmemorativa, pero las inscripciones son escasas y breves, mero complemento a las escenas representadas en cilindros sellos o etiquetas de marfil, como ésta de tiempos de Aha (I Dinastía): «Golpear a los nubios por parte del Horus Aha. Nacimiento de Khenty-Imentyu. Fundación de la fortaleza de Her-Peher-Ihu». Las fuentes posteriores, como la Piedra de Palermo, arrojan más datos, como por ejemplo diferentes puestos o cargos dentro de la administración real, o el nivel de la inundación anual del Nilo, pero hay que ser cuidadosos porque es posible que los egipcios posteriores estén utilizando sus propias realidades para reconstruir el pasado.

**Consolidación de la realeza.** Lo que se puede reconstruir, por tanto, son las actividades propias del rey y de la élite, pero no historias o acontecimientos concretos. Entre esas actividades destacan las “peregrinaciones” de los reyes a los distintos santuarios de las ciudades de Egipto, así como la fundación de nuevos santuarios o la reconstrucción o embellecimiento de los existentes, una actividad con intención integradora y propagandística por parte de la realeza; los reyes hacen donaciones a ciertos santuarios para mostrar su poder y magnificencia, y recorren el país para hacer apariciones públicas y manifestaciones físicas de su autoridad. Otra actividad documentada son las campañas militares contra tribus nómadas fronterizas, dentro de la función real de velar por la paz y el orden, y que se manifiestan en la presencia militar egipcia en Palestina por vez primera (referencias a las campañas del rey Den y su victoria sobre los “asiáticos”, término con el que se refieren a las poblaciones del Levante), así como las expediciones comerciales a regiones limítrofes (Sinaí, ciudades cananeas; Nubia) en busca de productos y materias primas (madera, piedras preciosas, oro, marfil), de las que se obtienen grandes beneficios económicos.

Se conocen también los enterramientos de este periodo, en las grandes necrópolis de Abydos y Saqqara, que van decantándose por la mastaba como estructura característica (tumba de pozo con una construcción de entrada en forma de pirámide truncada en la superficie) pero que se articulan en forma de grandes complejos funerarios, con diferentes tumbas de esposas y funcionarios en torno a la tumba real. Los reyes tinitas muestran la peculiaridad de tener dos enterramientos, uno en la necrópolis de Saqqara y otra en la de Abydos; al parecer las tumbas auténticas eran las de Abydos, mientras que las de Saqqara serían cenotafios (enterramientos vacíos de intención conmemorativa) para celebrar la figura del rey en el Bajo Egipto.

**Reconstrucción histórica.** Los datos fiables que se conocen sobre el periodo Tinita son muy escasos. De la I Dinastía, las fuentes atribuyen al rey Aha, nombrado en la Piedra de Palermo, la fundación de Menfis, situada en el vértice del delta, lo que indica el interés de la realeza por garantizar la unificación. Los investigadores identifican a Aha, a quien se atribuyen campañas militares en el delta, con el rey legendario Menes/Mina, mencionado por Heródoto, y que sería posiblemente el artífice real de la unificación de Egipto. Por su parte, Den es el primero que aparece vinculado al título de “Rey del Alto y del Bajo Egipto”, que a partir de entonces se incorporará a la titulación real; también se vincula a este rey con una serie de campañas militares en el levante, más allá del Sinaí. Durante la dinastía se incorporan los símbolos y los nombres reales característicos del doble reino: el nombre Nesut-Bity (la caña y la abeja, el Alto y el Bajo Egipto, respectivamente) y el nombre Nebty o “de las Dos Señoras” (el buitre y la cobra, el Alto y el Bajo Egipto, respectivamente).

La aparente estabilidad de la I Dinastía parece romperse con la II Dinastía, pues los nombres de los reyes parecen reflejar conflictos internos que amenazan la unidad: Hotepsejemuy, por ejemplo, hace referencia a la “pacificación de los dos poderes”, lo que tal vez indica conflictos entre el Alto y el Bajo Egipto; durante el reinado de Peribsen (ca. 2700), se ha llegado a proponer que por entonces la unidad de Egipto había desaparecido, produciéndose una rebelión del Alto Egipto, pero se trata de especulaciones sin confirmar. Al rey Hasejemuy se le atribuyen campañas contra Nubia, pero sobre todo una sangrienta campaña contra el Bajo Egipto que tal vez puede

significar la reunificación del reino. Cuando las fuentes comiencen a ser más abundantes y detalladas, en el tránsito hacia el Reino Antiguo, hablarán ya, sin embargo, de una considerable estabilidad interna.

## 2.6. El Reino Antiguo (2686-2160)

El Reino Antiguo, que comienza con la III Dinastía, pone fin a la inestabilidad interna que había dominado la historia política del periodo anterior e inaugura un periodo caracterizado por la centralización, el control de todos los recursos por parte del rey y los importantes cultos funerarios de la realeza. La autoridad real alcanzará su cénit en la IV Dinastía, cuando el rey alcance la consideración de un dios. En la V Dinastía se inicia un proceso de descentralización que culminará en la VI Dinastía, cuando la unidad política de Egipto se disgregará en una serie de poderes locales, dando comienzo al llamado Primer Periodo Intermedio.

En el transcurso de estas dinastías la historia de Egipto pasará de un aislacionismo prácticamente total con el exterior, limitándose los contactos al envío de expediciones a las minas de cobre y turquesa del Sinaí, así como a Biblos para obtener madera y a realizar también alguna incursión en Nubia, para a partir de la V Dinastía producirse una intervención cada vez mayor en las regiones circundantes, sin llegar a emprender una expansión territorial, pero teniendo cada vez mayor influencia lo que acontecía más allá del valle del Nilo en la historia interna.

**La III Dinastía (2686-2613).** Los inicios y el desarrollo de esta III Dinastía son muy mal conocidos, disponiendo de los conjuntos funerarios de sus reyes pero de pocas fuentes que nos informen sobre su historia. La capital parece trasladarse a Menfis, y la necrópolis real principal se ubicará en Saqqara. Uno de los reyes más destacados es Djoser (2667-2648), pero únicamente por su complejo funerario, dominado por la pirámide escalonada (formada por una superposición de mastabas; es la primera de este tipo, construida en Saqqara por Imhotep, el famoso arquitecto y sabio, que utilizó la piedra como material constructivo), que pone de manifiesto el grado de centralización de la administración y la producción en el país para poder movilizar toda la mano de obra y los productos necesarios. Del resto de reyes no hay prácticamente narrativas históricas, aunque se conservan sus tumbas, decoradas con escenas pintadas y textos de tipo religioso y ritual.

**La IV Dinastía (2613-2494).** La IV Dinastía comienza con el reinado de **Snefru** (2613-2589), posiblemente hijo de una concubina del último faraón de la III Dinastía, Huni, y que se casó con Heteferes, hija también de Huni, para legitimar su acceso al trono de Egipto, una práctica habitual en diferentes momentos de la historia egipcia. Según las fuentes, emprendió una destacada actividad militar, no solo al Sinaí, sino también a Nubia (donde dice capturar 7.000 prisioneros y 200.000 cabezas de ganado) y a Libia (donde obtuvo 11.000 prisioneros); las fuentes también informan de una expedición al Líbano con cuarenta embarcaciones para obtener madera. Todas estas cifras han provocado siempre escepticismo y parecen exageraciones. Snefru fue un gran constructor, y edificó tres pirámides (una en Meidum y dos en Dashur, los primeros intentos de construir auténticas pirámides, y no una superposición de mastabas), por lo que sus campañas militares se han interpretado también como una vía para obtener mano de obra esclava para las construcciones, planteamiento que se ha abandonado por completo. Lo que sí resulta evidente es el cambio en la política egipcia, con una afirmación del control sobre sus fronteras y de las rutas comerciales que conducían al interior de África. Snefru perduró en la memoria de Egipto como prototipo de buen gobernante, sirviendo de modelo a faraones posteriores. Su sucesor, Khufu (2589-2566) (Keops, en griego), ha estado siempre unido a su pirámide y a la imagen de rey cruel, símbolo de despotismo, y del cual solo nos ha llegado una pequeña estatua, de no más de 9 cm, en la que aparece sentado llevando la corona roja del Bajo Egipto. Fue convertido en un personaje literario en cuentos y narraciones egipcias posteriores. Tanto Khafra (2558-2532) (Kefrén) como Menkaure (2532-2503) (Micerino) construyeron sus pirámides junto a la de Kéops en Giza, conformando el gigantesco complejo monumental que conocemos.

**La V Dinastía (2494-2345).** La información que se dispone de los diferentes reinados es escasa. Esta dinastía va a mostrar una cada vez mayor proximidad al dios solar Re, puesta de manifiesto en la construcción de templos solares (abiertos) y en la celebración de cultos y rituales; continúan

las fluidas relaciones con el exterior (Siria-Palestina y Nubia, y posiblemente también con el Egeo). Es en esta dinastía cuando se redacta la Piedra de Palermo, los primeros anales conocidos del Antiguo Egipto, y también aparecen los “Textos de las Pirámides” (pirámide del rey Unas), un conjunto de oraciones o conjuros centrados en el proceso de muerte y renacimiento del rey. Los estudios han revelado un cambio climático a finales del Reino Antiguo, con un periodo de bajas crecidas y desecación generalizada que pudo afectar a todo el Próximo Oriente: desde la V Dinastía encontramos frecuentes referencias a la labor de los nomarcas para garantizar el sustento de la población, arrogándose de este modo una de las funciones del faraón; hay, por tanto, una mayor preocupación por las provincias y una lenta descentralización, con un desarrollo de los templos y de la administración local, con gobernadores que ya no atienden siempre las instrucciones de Menfis, la capital, y que además comienzan a enterrarse en sus provincias de origen o donde han ejercido su autoridad, y ya no en las proximidades de la tumba del rey. La respuesta de Menfis serán una serie de reformas administrativas, como las del rey Djedkare (2414-2375), que instituyó por primera vez el cargo de visir en una posición central del Alto Egipto e instauró tres centros desde donde poder controlar las regiones que eran más productivas.

**La VI Dinastía (2345-2181).** Aunque no fue una fase de crisis, se acentuaron los indicios de descentralización y de pérdida progresiva de poder real sobre los territorios; las relaciones con el exterior son todavía fluidas, pero se observarán conflictos dinásticos que permiten el acceso al trono no de herederos directos sino de figuras de la corte. Teti (2345-2323) adoptó el nombre Horus «el que pacifica las Dos Tierras», lo que se ha interpretado como el reflejo de la existencia de tensiones, y murió asesinado según Manetón; Pepi I (2321-2287) se casó con dos hermanas de su visir Djau, que fueron las madres respectivas de faraones posteriores como Merenre y Pepi II, y fue objeto de una conspiración real encabezada por una de sus esposas para favorecer a su hijo en la sucesión; los detalles se conocen gracias a la autobiografía de Uni, encargado de la investigación, que también nos informa de una expedición militar a Palestina, posiblemente la más importante hasta entonces, que reúne tropas de todo Egipto y mercenarios nubios y libios para enfrentarse a los *aamu*, los asiáticos. Indicios de prosperidad, por tanto (noticias sobre campañas militares, contactos comerciales con el exterior, relaciones diplomáticas), conviven con muestras de crisis interna (autonomía de los nomos, pérdida de autoridad real, conflictos sucesorios), que demuestran que el rey de Menfis está perdiendo la capacidad de imponer su poder en todo el territorio de Egipto. En este contexto, resulta paradójico el largo reinado de Pepi II (2278-2184), que en un principio parece disfrutar todavía de prosperidad pero que mostrará signos de descomposición. Esta dinastía termina con el reinado de una mujer Nitocris (2184-2181), cuya memoria pervivirá y en tiempos clásicos será conocida como Rodopis, y el inicio de unas tensiones internas que acabaron con la fragmentación de Egipto en distintos poderes.

**El final del Reino Antiguo.** El declive del Reino Antiguo es el resultado de una crisis del sistema centralizado: 1) el poder del faraón fue debilitándose ante el de los nomarcas, quienes crearon auténticas dinastías locales y autónomas en los nomos (los nomarcas actuaban directamente sobre los problemas locales, por lo que reemplazaron a la figura del rey), que crearon auténticas cortes locales, con su propia administración; 2) Los recursos que hasta entonces habían afluído a la corte fueron disminuyendo, dejando las provincias de abastecer al centro, lo cual redujo la capacidad de acción de la administración central; 3) Los reyes comenzaron a depender de estas élites locales para su propio poder, estableciendo lazos matrimoniales con ellas que tuvieron el efecto de aumentar su autonomía; 4) Debilitado el poder central, los diferentes nomos y regiones comenzaron a competir entre sí por el control de los recursos y por la posibilidad de ejercer la autoridad sobre los demás, iniciándose un ciclo de conflictos internos, en ocasiones de tipo militar. A todo ello habría que sumar una serie de factores externos: 1) Los cambios ambientales, que redujeron las crecidas y por tanto el volumen de las cosechas, generando episodios de escasez y hambruna; 2) Aumento de la presión de las poblaciones externas (asiáticos, *aamu*, libios), que penetran en Egipto ante la escasez, lo que obliga a una defensa activa de las fronteras mediante ejércitos (con el consiguiente coste). El poder central, por tanto, se vio incapaz de seguir ejerciendo su autoridad sobre los territorios de Egipto, y su poder se vio reemplazado por poderes locales que asumieron sus funciones en todos los niveles. Las dinastías, sin embargo, continuaron, y todas ellas seguirían reclamando una continuidad con respecto a los reyes del Reino Antiguo.

## 2.7. El I Periodo Intermedio (2160-2055)

Este periodo se caracteriza por la fragmentación política como consecuencia del debilitamiento del poder central de la VI Dinastía. Asistimos a tensiones internas y a una «guerra civil» entre los dos principales poderes, Tebas y Heracleópolis, que terminó con la reunificación de Egipto en la XI Dinastía tebana. Paradójicamente las fuentes son más abundantes y, aunque es cierto que nos ofrecen una visión confusa de la historia política y presentan fases de carestía y hambrunas, la realidad no fue tan catastrófica ni debemos pensar en una situación caótica.

Durante toda la VI Dinastía el poder de los gobernadores provinciales continuó aumentando, y en el reinado de Pepi II la autonomía de algunos nomos era ya evidente, aunque nominalmente reconocieran la autoridad del faraón. Un ejemplo lo encontramos en la persona de Pepinakht, más conocido como Heqaib, en Elefantina, un alto funcionario del faraón Pepi I, que en su autobiografía describe con detalle las campañas que dirigió en Nubia, donde el control de Egipto era cada vez más imperceptible. Con posterioridad, Pepinakht fue divinizado, construyéndose un pequeño santuario en Elefantina donde su culto fue venerado durante el posterior Reino Medio. Los nomarcas, por tanto, comenzaron a asumir las obligaciones reales y surgieron así dinastías alternativas a la “legítima” de Menfis (sobre todo en Heracleópolis y Tebas), que Manetón reconocerá en sus listas y que por tanto son sincrónicas (y no sucesivas, como hasta ahora), a pesar de estar numeradas de manera consecutiva: las dinastías IX/X y XI son contemporáneas.

**VII y VIII Dinastías.** Según Manetón, la VII Dinastía, consta de setenta reyes que gobernaron setenta días, posiblemente una exageración que refleja la situación de desintegración política en que se encontraba Egipto, pero en general se tiende a considerar esta dinastía como inventada. La VIII Dinastía estaba integrada por los gobernadores de Menfis, que controlaban únicamente los límites de la ciudad; poco se sabe de estos reyes, aparte de que su debilidad y dependencia frente a las élites provinciales sigue aumentando: los llamados Decretos de Coptos conceden a una poderosa familia de nobles de esta ciudad una serie de honores e inmunidades, posiblemente a cambio de su colaboración y apoyo ante otros poderes provinciales. Paralelamente, en el Delta del Nilo continúa la penetración de poblaciones asiáticas que se había iniciado en la VI Dinastía.

**IX y X Dinastías.** Uno de estos poderes locales se asienta en la ciudad de Heracleópolis Magna, (en egipcio Henennesw, en el Egipto medio) y funda una nueva dinastía local. Aparte de Khetv I, creador de la IX Dinastía, disponemos de escasa información sobre sus reyes; destaca Merikare, rey de la X Dinastía, que es el protagonista de un importante texto, las *Instrucciones de Merikare*, un conjunto de consejos para el buen gobierno del territorio que reflejan las relaciones que Heracleópolis mantiene con sus vecinos, especialmente con Tebas, así como con la región del delta, que prácticamente se ha perdido por las incursiones de “asiáticos”. El rey de Heracleópolis debe también entenderse con poderes locales cuyo apoyo necesita, por ejemplo con la ciudad de Hierakómpolis, donde uno de sus gobernadores Anjtifi, fue aliado de Heracleópolis y llegó a conquistar el nomo de Edfú, describiendo todos sus logros en la autobiografía conservada en su tumba, en la que se presenta como un protegido de los dioses prácticamente igual al rey.

**La XI Dinastía (periodo tebano) (2125-2055).** Tebas, la ciudad del dios Amón, era apenas una pequeña ciudad provincial en el Reino Antiguo, pero allí se asentará uno de los poderes locales más importantes, rival de Heracleópolis. Aunque se suele atribuir la fundación de la dinastía a Mentuhotep I, es su sucesor Intef I quien se enfrenta a Anjtifi y pudo incluso llegar a derrotarlo, con lo que Tebas alcanzaría así el control de gran parte del Alto Egipto. Se inició un periodo de luchas entre las dinastías que culminaría en tiempos del faraón **Mentuhotep II** con la victoria final de Tebas (ca. 2050), que capturó la ciudad de Heracleópolis y procedió a su saqueo y destrucción, incluso de sus necrópolis. De este modo volvía a restablecerse la unidad de Egipto. Mentuhotep II restableció el cargo de visir y trasladó la capital a Tebas, al tiempo que realizó las primeras campañas militares dirigidas a recuperar la influencia que se había perdido en regiones que tradicionalmente estaban bajo la influencia o control de Egipto, como la Baja Nubia, Libia (entendido como el desierto y la ruta de los oasis), y la península del Sinaí; también comenzó a fortalecer la frontera del Delta para impedir así que los asiáticos volvieran a penetrar en Egipto. Estas políticas fueron continuadas por sus sucesores de la Dinastía XI.

## LA PRIMERA MITAD DEL II MILENIO a.C.

### PRÓXIMO ORIENTE

#### 3.1. Las dinastías de Isín y Larsa (2004-1735)

En el 2004 la ciudad de Ur fue saqueada por los elamitas, dando inicio una disgregación política en la Baja Mesopotamia en la que en un primer momento destacan las dinastías de las ciudades de Isín y de Larsa, cuyos reyes se proclaman herederos de la III Dinastía de Ur. Estos coexisten con las dinastías de ciudades como Uruk, Kish, Sippar o Babilonia, donde comienza su I Dinastía, mientras que en Assur y Mari aparecen también poderes independientes. Aunque no existe un gran reino, el dinamismo en todas estas ciudades es muy importante, no existiendo un declive de la vida urbana, pues al terminar la centralización característica en tiempos de Ur III se facilitó una mayor autonomía en todos los aspectos.

La dinastía de **Isín** comienza con Ishbi-Erra (2017-1985), que era un alto funcionario del último rey de la III dinastía de Ur, Ibbi-Sin, proclamándose heredero de la dinastía después del saqueo elamita de la ciudad de Ur, aunque no fue hasta 1998 cuando Ishbi-Erra logró expulsar a la guarnición elamita de Ur, debiendo prestar durante todo su reinado una atención continua a la frontera con Elam. Ishme-Dagan (1953-1935) intentó extender los dominios de Isín pero fue derrotado por la ciudad de Kish, una prueba tanto del clima de inestabilidad como de la imposibilidad de que una ciudad pudiera llegar a imponer su dominio sobre el resto.

El rey más conocido de la dinastía es Lipith-Istar (1934-1924) por el conjunto de leyes que emitió, refiriendo en el prólogo que fue designado rey de Isín, así como de Súmer y Akkad, por los dioses, estando sus actuaciones encaminadas a restaurar la justicia y el bienestar de la población. Durante su reinado, sin embargo, la ciudad de **Larsa** inició su expansión con el reinado de Gungunum (1932-1906), que llegó a controlar la ciudad de Susa y conquistó Ur, privando así a la ciudad de Isín de los beneficios del comercio con el golfo Pérsico centralizados en esta ciudad; Gungunum se proclamó rey de Súmer y Akkad, una titulación que no se correspondía con la realidad de su poder territorial. La I Dinastía de Larsa había sido fundada por Naplatum (2025-2005); sus reyes eran de origen amorreo, y al igual que Isín tuvo que convivir con otras dinastías, como la de la cercana Uruk, iniciándose un periodo de continuas luchas entre las ciudades que iban a alternarse como referentes políticos de la región. Hacia 1835 se produce un cambio en esta dinastía, llegando al trono Warad-Sin, cuyos orígenes, junto a los del principal rey de la dinastía, Rim-Sin (1822-1763), se han relacionado con Elam. Durante el reinado de Rim-Sin, el más largo de toda la historia mesopotámica, logró capturar la ciudad de Isín y alcanzar así una supremacía sobre la región, que sin embargo fue breve, ya que en la segunda parte de su reinado contempló cómo iba teniendo lugar el ascenso de Babilonia bajo el reinado de Hammurabi (1792-1750); Rim-Sin no participó en la coalición encabezada por Hammurabi contra Elam, pero poco tiempo después sería derrotado por Hammurabi, quien gobernaría entonces toda la llanura aluvial.

En el exterior de la Baja Mesopotamia se fueron configurando nuevos reinos que limitarían los contactos de las ciudades sumerias con el norte: Assur cerraría los contactos con la Alta Mesopotamia y la meseta de Irán, mientras que Babilonia, localizada donde el Tigris y el Éufrates están más próximos, taponaba los caminos hacia el norte siguiendo el curso del Éufrates.

#### 3.2. El Reino Antiguo Asirio (ca. 1950-1750)

En torno al río Tigris, en la región que los textos denominan Subartu (que en la concepción sumerio-acadia se correspondía con el norte, una de las cuatro partes en que se dividía el mundo), Asiria se alza como un nuevo poder regional, con Assur como capital y que integrará la región de Nínive, que estaba mejor dotada para la agricultura y tenía una tradición histórica más prolongada.

La importancia de Assur radicaba en su posición privilegiada para el control de las rutas comerciales que partían hacia la Alta Mesopotamia y de allí hacia Anatolia, así como las que penetraban en la meseta de Irán; por esta razón se habían establecido gobernadores en la ciudad ya en tiempos de la III Dinastía de Ur.

El rey de Asiria tenía el título habitual de *gobernador del dios Assur*, reflejando que el rey actuaba como representante de un dios que también proporcionaba nombre al reino, Assur. En su primera fase, Asiria no desarrolló una política expansiva territorialmente, sino que se centró en el establecimiento de colonias comerciales (*karum*) en Anatolia, cuyo funcionamiento comenzó sobre 1900 y pervivieron hasta 1830, cuando entraron en crisis por motivos poco claros (conquista de la ciudad de Assur por Naram-Sin, rey de Eshnunna; creciente inestabilidad política en Anatolia entre los pequeños reinos locales). El sistema se recuperaría durante el reinado de **Shamshi-Adad I** (1808-1776), para desaparecer de inmediato tras él. De origen amorreo, gobernó algunos años en la ciudad de Ekallatum, en las proximidades de Assur, refugiándose en Babilonia cuando Naram-Sin de Eshnunna conquistó la región; tuvo a los reyes acadios como modelo de gobierno (utilizando el título de *rey de Akkad* junto al de rey, *sarrum*). Durante su reinado Asiria emprendió una expansión hacia el oeste conquistando, entre otras ciudades, Mari, y llegando prácticamente hasta el Éufrates, organizando los territorios mediante un sistema de reyes dependientes o bien nombrando a sus hijos gobernadores (por ejemplo, Yasmah-Addu en Mari). En sus últimos años, sin embargo, tuvo que hacer frente a los ataques procedentes de los reinos de Yamhad y de Eshnunna, muriendo en el curso de una batalla en el 1776. Fue sucedido por su hijo, Ishme-Dagan, con quien el mundo asirio se derrumbó y fue absorbido por Babilonia, quedando reducido a sus límites tradicionales.

**Las colonias asirias.** Las “colonias” (*karum*, singular *karu*; “muelle, puerto”) que el mundo asirio estableció en Anatolia se conocen gracias a la abundante correspondencia que los reyes asirios mantenían con los representantes comerciales y gobernadores para el control de las actividades comerciales, y que reemplazaban a cualquier tipo de poder político o territorial, que Asiria nunca llegó a ejercer sobre estas regiones. Consistían en barrios construidos extramuros del asentamiento indígena, viviendo en ellos los comerciantes y teniendo una organización propia respecto a las entidades indígenas. Al frente de ellas estaba el *wakil tamkâri*, un alto funcionario que actuaba como intermediario entre el palacio y los comerciantes. El *karu* más importante era el de Kanesh (a 1.200 km de Assur), en la fértil llanura de Kayseri, que pudo actuar como centro coordinador y administrativo del resto de colonias. Junto a los *karum* estaban los *wabartum*, puestos militares que ofrecían una protección a las caravanas en lugares estratégicos y que dependían de los *karum*.

Se diferencian dos fases: en la primera y más próspera (1900-1830) se consolidan los poderes locales de Anatolia, que combatieron por alcanzar el dominio de la región (en este momento se sitúan los primeros reyes hititas); la segunda (1800-1750) es peor conocida, encontrando Asiria una situación de mayor hostilidad. Las colonias se basan en la actividad privada de familias de comerciantes (*bitum*), que se unían y organizaban en todo lo que les afectaba y estaban tutelados por el reino asirio, que se beneficiaba de los intercambios y la actividad que generaban. Asiria obtenía de Anatolia básicamente plata y oro, ofreciendo a cambio productos textiles, y especialmente estaño (*annakum*), necesario para la fabricación de bronce y que Assur obtenía de Irán, un producto del que las comunidades anatólicas eran totalmente dependientes, por lo que los beneficios económicos eran colosales.

### 3.3. El Imperio Paleo-babilónico (1894-1595)

Babilonia era inicialmente un centro sumerio que quedó sometido a los acadios y después a la II Dinastía de Ur. Durante la posterior fragmentación política, fue una ciudad más sin ninguna importancia, hasta que en 1894 un amorreo, Sumu-Abum, conquistó la ciudad y dio inicio la I Dinastía de Babilonia; Sumu-Abum (1894-1881) inició un periodo de expansión regional que en tiempos de Sumu-la-El (1880-1845), alcanzaría ya todo el País de Akkad, el norte de la Baja

Mesopotamia. Babilonia convivía sin embargo con las dinastías de Isín y Larsa en el sur y con el reino asirio al norte, lo que limitó su expansión hasta la época de Hammurabi.

Cuando **Hammurabi** (1792-1750) accede al trono de Babilonia sucediendo a su padre, Sinmuballit, su extensión se limitaba a ciudades próximas como Sippar, Kish o Borsippa, y su poder e influencia eran muy reducidos en comparación con otros reyes y reinos, como el de Shamshi-Adad de Asiria, el de Rim-Sin en Larsa y el de Zimri-Lin en Mari. En sus primeros años de reinado Hammurabi se concentró en fortalecer su posición en el sur, estableciendo pactos con otras dinastías y conquistando ciudades como Uruk e Isin para intentar debilitar a la por entonces dominante Larsa, una política que otorgó a Babilonia una estabilidad y cierta influencia, al tiempo que estableció también relaciones con Mari y el reino de Yamhad en Siria.

En el año 29 de su reinado, Hammurabi encabeza una coalición que derrota a Elam, y tres años más tarde, en 1761, derrota a Rim-Sin de Larsa, convirtiéndose así en el poder más importante de la Baja Mesopotamia. En 1753 Hammurabi derrota a una Asiria en pleno declive después de la muerte de Shamshi-Adad I, lo que le permite obtener el control de las rutas comerciales que se adentraban en los Zagros; dos años más tarde conquista Mari, ciudad que destruirá más tarde, muy posiblemente como consecuencia de una rebelión. A pesar de estas victorias, Asiria y Elam permanecieron independientes, aunque en el caso de Asiria limitada a su núcleo original, y la influencia de Babilonia no llegaba más al norte de Mari, por lo que el reino creado por Hammurabi abarcaba los mismos territorios que previamente habían gobernado los reyes de la III Dinastía de Ur, utilizando Hammurabi el mismo título que sus reyes, *rey de las Cuatro Regiones*. Como rey de la potencia dominante, Hammurabi intervino en los problemas de las regiones sometidas, como la Baja Mesopotamia, donde algunas de sus ciudades se abandonaban o estaban convirtiéndose en pequeñas aldeas debido a los problemas de sus campos; como contrapartida, Babilonia consiguió numerosas tierras que repartió como recompensa a sus funcionarios y nobles.

A su muerte, sus conquistas y el reino que creó fueron desapareciendo, produciéndose una división política en toda Mesopotamia. Así, en tiempos de su sucesor, Samsu-iluma (1749-1712), surgió en el Éufrates central el reino de Hana (o Khana), que tenía su capital en la ciudad de Terqa, mientras que en el sur de la llanura aluvial, en la región más pantanosa, apareció el llamado País del Mar. Estos años de confusión y de crisis fueron aprovechados por los casitas, una población procedente de los Zagros, para ir penetrando en la región; en 1595, durante el reinado de Samsu-ditana, la ciudad fue conquistada y saqueada por el rey hitita Mursilis I (prueba de la ausencia de cualquier tipo de poder en la región), produciéndose el final de esta I Dinastía de Babilonia. Ante el vacío de poder, los casitas ocuparon la ciudad y fundaron una nueva dinastía.

**El Código de Hammurabi.** La conocida estela de Hammurabi, en la que está grabado su código de leyes, pudo estar originalmente depositada en el templo de Shamash en Babilonia o en la ciudad de Sippar; se descubrió en 1902 en la ciudad de Susa, donde fue llevada por el rey elamita Shutruk-nahhunte que borró varias columnas para insertar su nombre. Durante mucho tiempo se afirmó que era el primer código conocido de la humanidad, pero ya sabemos que existían disposiciones legales anteriores. El código se divide en tres partes: primero, un prólogo en el que se enaltece a Hammurabi, se describen sus conquistas y el favor que disfruta de los dioses, en especial Marduk; segundo, 282 artículos legales de temática muy variada; y tercero, un epílogo en el que se formulan una serie de maldiciones, características en todos los documentos legales y diplomáticos, dirigidas a todas aquellas personas que no respetaran las leyes.

Las leyes, que no están ordenadas temáticamente ni numeradas, reflejan la existencia de tres clases sociales: los *awilum* (hombres libres), los *mushkenum* (dependientes) y los *wardum* (los esclavos), variando los castigos en función de la pertenencia a una clase u otra. Los *awilum*, ciudadanos, literalmente «hombre», eran personas que disponían de tierras y recursos suficientes para no depender de una administración o de un templo. Los *mushkenum*, literalmente «el que dobla la rodilla», estaba compuesta por personas que eran libres pero que dependían económicamente bien de una institución (el templo o el palacio), o bien de un terrateniente, y cuya situación económica era insegura al no disponer de unos recursos propios suficientes para mantener su independencia. Los *wardum* se han interpretado por lo general como esclavos,

mayoritariamente prisioneros de guerra o personas compradas en el exterior, pero en ningún momento llegaron a constituir un grupo numeroso, disponiendo de derechos aunque limitados; llevaban una marca, *abbutum*, un mechón de pelo que se cortaba cuando adquirían la libertad.

En líneas generales, no se trata de un código de leyes, sino de un compendio de casos que pudieran servir de modelo para una sociedad más justa. Las condenas por los delitos cometidos son duras, aplicándose en algunos casos la *ley del talión*, «ojo por ojo y diente por diente». Los temas principales que se reflejan son las normas básicas de convivencia, el matrimonio (así como el divorcio o las consecuencias del adulterio, tanto para hombres como para mujeres), el comercio, la propiedad, la herencia, etc.

### 3.4. El Reino Antiguo Hitita (ca. 1700-1500)

Desde finales del III milenio se ha ido infiltrando en Anatolia una serie de pueblos de lengua indoeuropea procedentes de Europa oriental y Ucrania, y que convivirán y se mezclarán con las poblaciones locales; se constata la existencia de tres grupos de lenguas indoeuropeas: los luwitas en el oeste, los palaítas en el norte y los nesitas en Anatolia central y oriental (al que pertenecen los hititas). La llegada e instalación de estos grupos complicaría la situación en Anatolia en torno a 2000 a.C., con la aparición de diferentes centros de poder que compiten entre sí por el dominio en las distintas regiones. Las fuentes posteriores mencionarán, por ejemplo, la participación de un rey de Hatti, Pamba, en una rebelión de 17 gobernantes contra el rey acadio Naram-Sin.

La primera unificación de la región se atribuye Anitta (ca. 1750), rey semi-legendario de Kussara, quien extendería su poder mediante conquistas en época de la colonización comercial asiria. Anitta destruiría la ciudad que con posterioridad será la capital del reino, Hattusa, y derrotaría al reino de Purushshatum, que era el principal centro político de Anatolia. La capital de este nuevo reino se instaló en Nesa (Kanes), la que había sido la colonia asiria más importante en la región. A su muerte, sin embargo, se abre un periodo poco conocido debido a la carencia de fuentes, que termina con la llegada de los primeros reyes hititas históricos.

El primero de esos reyes es **Hattusili I** (1650-1620), quien estableció la capital del reino en Hattusa, desoyendo la maldición de Anitta, y emprendió una fase de expansión militar que condujo al llamado Reino Antiguo Hitita. Los *Anales de Hattusili*, redactados en hitita y en acadio, relatan año por año las campañas militares que realizó en Anatolia y en el norte de Siria en sus seis primeros años de reinado; describen cómo consiguió dominar toda Anatolia central y así, en su segundo año de reinado, después de fortalecer su posición, atravesó el Taurus para, por primera vez, penetrar el mundo hitita en el norte de Siria, conquistando la ciudad de Alalakh, que formaba parte del reino de Yamhad. Al año siguiente, sus campañas se dirigieron contra el lejano reino de Arzawa, en Anatolia occidental, una coyuntura que sería aprovechada por los hurritas para invadir el reino hitita, resistiendo únicamente la capital, Hattusa: «A mis espaldas el enemigo de la ciudad de los hurritas entró en mi país y todas mis tierras hicieron guerra contra mí. Entonces, solamente la ciudad de Hattusa, la única ciudad, se mantuvo» (*Anales* 1, 24-26). Estos acontecimientos anticipan uno de los problemas a los que el mundo hitita se enfrentará a lo largo de toda su historia: la existencia de enemigos lejanos y fronteras siempre peligrosas que obligan a dejar desprotegido el interior de Hatti, lo que será aprovechado por sus enemigos (en especial las tribus montañosas de los gasga del norte), al tiempo que los hititas deberán ejercer una actividad militar constante. Hattusili empleó los tres años siguientes en afianzar el reino, y en el año 6 realizó una nueva campaña en Siria, cruzando el Éufrates, lo que le permitirá compararse con Sargón de Akkad, aunque estas campañas no comportaron un dominio o presencia hitita en Siria.

Su sucesor, **Mursili I** (1620-1590), tuvo que enfrentarse a los mismos enemigos y problemas que Hattusili, pero disponemos de menos fuentes. A pesar de ello, sabemos que conquistó Aleppo y por tanto venció al reino de Yamhad, lo que permitió que los hititas alcanzaran el control del norte de Siria y de sus rutas comerciales en un momento histórico en el que existía un vacío político en la Alta Mesopotamia, lo que aprovechó Mursili para en 1595 realizar una campaña que llegó hasta la propia Babilonia, posiblemente con el apoyo de la población casita, obteniendo un importante



botín y regresando rápidamente a su reino. Poco después moriría asesinado a manos de Hantili, dando inicio una etapa de inestabilidad política y luchas por el poder, al tiempo que el reino hitita perdería su dominio sobre el norte de Siria y aumentarían los ataques de los hurritas al este y de los gasga al norte. Como resultado, los límites del reino se verían reducidos al centro de la península Anatólica.

Telepinu accede al trono en este contexto (1525-1500), en el que el reino hitita se encuentra a la defensiva y rodeado de enemigos; a las incursiones de los gasga se suma el ascenso del reino de Kizzuwatna, con el que Telepinu firmó un tratado. Telepinu trataría de fijar las normas que regularan la sucesión al trono (el heredero sería el hijo primogénito del rey con la *tawananna*, la esposa principal; en caso de no tener hijos, el rey sería el hijo de una esposa secundaria), lo que indica la gravedad del problema dinástico entre los hititas, incapaces de nombrar herederos que gozasen de reconocimiento generalizado.

El reinado de Telepinu pone fin a esta primera fase de predominio del reino hitita en Anatolia, en la que el eje de expansión hitita se ha orientado hacia el este, hacia Siria. En las décadas siguientes, se sucederían unos reyes mal conocidos y sometidos a una situación adversa; el reino hitita sobrevive rodeado de enemigos y empequeñecido hasta el último tercio del siglo XV a.C.

## EGIPTO

### 3.5. El Reino Medio (2055-1650)

Mentuhotep II (2055-2004) unificará Egipto tras su enfrentamiento con Heracleópolis, culminando así el proceso iniciado por sus predecesores; por ello, en las listas reales sería equiparado con el mítico rey Menes, el fundador de la I Dinastía. Da inicio así el Reino Medio, un periodo de la historia de Egipto que encarna en todas sus manifestaciones el clasicismo de la civilización egipcia; nos ha legado una extensa literatura, un arte equilibrado, un reino poderoso (aunque no llegara a crear un imperio exterior), y una realeza más humanizada. Se trata, en definitiva, de una etapa en la que todas las manifestaciones culturales alcanzarán su forma ideal, sin exageraciones.

**XI Dinastía (periodo unificado) (2055-1850).** Tras un largo periodo de luchas, **Mentuhotep II** pudo dedicar sus esfuerzos a superar los enfrentamientos y fortalecer el poder del rey, limitando el poder e importancia de algunas familias provinciales y restableciendo el cargo de visir. Intentó también recuperar el control sobre la Baja Nubia, además de frenar la penetración de grupos asiáticos y limpiar los reductos de oposición refugiados en el delta. Reorganizó la administración desde Tebas, que se convirtió en la capital de Egipto y convirtió a su dios local, Amón, en la divinidad más importante del país. Comienza también la construcción de grandes complejos templarios asociados al poder real, con su templo en Deir el Bahari.

De sus sucesores, Mentuhotep III (2004-1992) y Mentuhotep IV (1992-1850), apenas sabemos algo, salvo que continuaron con la política de reorganización de la administración y retornaron la actividad de rutas comerciales como la del Uadi Hammamat, así como el envío de expediciones al país de Punt. Estos reinados no parecen exentos de tensiones internas, y una de ellas pudo ser la que terminara con la XI Dinastía e inaugurara una nueva.

**XII Dinastía (1850-1773).** El origen de Amenemhat I (1850-1773) es confuso, tal vez visir de Mentuhotep III o IV, pero la nueva dinastía buscaría una legitimación que encontramos en textos como la *Profecía de Neferti*, en la que un sabio de la época de Snefru anticiparía la llegada de Amenemhat como un restaurador del orden. Trasladó la capital a un lugar nuevo, al sur de Menfis, Itj-Tawy (el dominador de las Dos Tierras), en las cercanías de la moderna el-Lisht, tal vez para que la administración estuviera más cerca del Delta, por donde Egipto entraba en contacto con el mundo mediterráneo. Una medida importante es que Amenemhat I asoció al trono a su sucesor, Sesostri I, una costumbre que se generalizaría. Todo ello puede hacer referencia a una situación todavía inestable para el poder central, pues de hecho Amenemhat I moriría asesinado y Sesostri I tuvo grandes problemas en su acceso.

**Sesostris I** tuvo un reinado largo (1971-1926), que proporcionó una estabilidad interna y durante el que desarrolló una importante actividad constructora por todo Egipto. En política exterior continuó extendiendo las fronteras de Egipto en Nubia y consolidó la seguridad de las rutas comerciales que llegaban a los oasis en el desierto occidental, así como en el uadi Hammamat, la principal vía de acceso al mar Rojo; restableció también las relaciones con la ciudad siria de Ugarit. Sesostris I continuó con la política de asociar a su sucesor al trono, Amenemhat II, que a su vez fue sucedido por Sesostris II, continuando ambos la política de sus predecesores.

El principal faraón de esta dinastía fue **Sesostris III** (1878-1841), que completó el dominio de la Baja Nubia y estableció fortalezas en la región (Buhen) para asegurar tanto su control como el tráfico comercial. Fue en la política interior donde Sesostris III concentró sus esfuerzos, limitando aún más el poder de la nobleza provincial; para ello, reorganizó la administración, eliminó el cargo de visir y estableció tres unidades administrativas, llamadas *uaret*, una para el Alto Egipto, otra para el Bajo Egipto y la última encargada de Nubia, con lo que pretendía alcanzar un control mucho más directo de las provincias y sus recursos; eliminó también el título de nomarca, apareciendo en su lugar el de «alcalde», es decir, un gobernador de ciudades, no de territorios; llevó a los hijos de las familias provinciales para ser educados en la corte, lo que haría más fácil su «control», al tiempo que se les ofrecían importantes cargos en la administración que serían considerados una promoción, impidiendo así la aparición de dinastías locales.

Sin embargo la prosperidad de Egipto comenzó a declinar y a la muerte de Amenemhat IV, que no tuvo herederos, llega al trono su hermana o esposa, Nefrusobek, iniciándose un rápido declive que se plasmará en una **XIII Dinastía** (1773-ca.1600) en la que, según las propias fuentes egipcias, llegaron a reinar 70 reyes en 150 años. Esta dinastía es la peor conocida de la historia de Egipto, apenas un conjunto de nombres desprovistos de información que gobiernan desde el Alto Egipto como continuación a la XII Dinastía, pero existen muchas dudas sobre su historicidad. En cualquier caso, representa claramente una fase de escaso poder central y gran inestabilidad de la realeza. Este proceso de descomposición interna terminará con la aparición de unos emigrantes “asiáticos”, los hiksos, que se apoderarán del delta y arrebatarán su control a los reyes de Egipto. Terminará así el Reino Medio.

### 3.6. El II Periodo Intermedio (ca. 1650-1550)

**Los Hiksos.** Un proceso similar al acontecido a finales del Reino Antiguo de descomposición del poder central (pérdida de control de los territorios) y llegada de poblaciones asiáticas a la región del delta se producirá a finales del Reino Medio. La XIII Dinastía gobierna, supuestamente, desde el Alto Egipto como continuación a la XII Dinastía, pero el principal factor de ruptura de la unidad de Egipto será la llegada de poblaciones de origen “asiático”, probablemente cananeo, al delta, y que las fuentes posteriores (Manetón, Flavio Josefo) denominarán “Hiksos” (“reyes pastores”, una traducción errónea del término *heqa khasut*, “gobernantes de tierras extranjeras”, que aparecía en las fuentes egipcias). Los egipcios presentarán a los hiksos como invasores violentos y destructores, portadores de caos y desorden, pero esa es claramente una imagen que trata de legitimar su expulsión y la reunificación posterior.

Aunque las fuentes egipcias hablan de una invasión violenta, los hiksos probablemente llevaban mucho tiempo infiltrándose lentamente en Egipto a través del corredor del Sinaí junto con otras poblaciones asiáticas (comparar, por ejemplo, con la historia de José en la Biblia); es probable incluso que las autoridades egipcias fomentasen esa entrada, favoreciendo la llegada de los hiksos como refuerzo en los conflictos internos. Fruto de esa lenta infiltración e instalación, muchos de ellos se integrarían en la sociedad egipcia y llegarían a alcanzar puestos de poder, hasta el punto de aprovechar la descomposición del poder central durante la Dinastía XIII para controlar territorios extensos en el delta y fundar dinastías propias. La más importante de ellas, reconocida por Manetón, será la centrada en la ciudad de Avaris, en el delta, y que conocemos como XVI Dinastía; en realidad, las fuentes hablan de dos dinastías hiksas, la XV (llamados “hiksos mayores”) y la XVI (“hiksos menores”), pero es muy probable que la XVI sea una invención, o una lista artificial que reúne nombres de gobernantes hiksos o egipcios de diferentes lugares. Se

atribuye también a los hiksos la introducción en Egipto del carro de combate y del arco compuesto, lo justificaría sus victorias militares, pero en realidad el carro no era desconocido en Egipto (aunque sí poco utilizado en la guerra), y estas atribuciones en realidad corresponden a hipótesis invasoristas que justifican el éxito de la invasión recurriendo a una superior tecnología militar; estas hipótesis están actualmente abandonadas.

**Proceso histórico.** Durante los reinados de la XIII Dinastía, los reyes pierden el control del delta y gran parte del Bajo Egipto, no sólo por la formación de “reinos” hiksos, sino también por la autonomía de regiones enteras. Según las fuentes, la **XIV Dinastía** (ca. 1775-1600) es una secuencia de reyes (76 en 184 años) que gobernaría desde la ciudad de Xoïs, en el delta, pero los investigadores piensan que posiblemente sea una lista artificial que reuniría los nombres de distintos gobernantes de diferentes lugares del delta; una hipótesis similar se mantiene para la **XVI Dinastía** (ca. 1650-1580), que reuniría nombres de gobernantes en regiones del Egipto Medio bajo control o influencia de los hiksos, aunque algunos especialistas defienden que se trataría de una dinastía tebana independiente y en guerra con la XV Dinastía. Todo ello habla de la confusión política existente en este periodo y de la fragmentariedad de las fuentes. La **Dinastía XV** (ca. 1650-1550) parece más histórica, haciendo referencia a los reyes “extranjeros” (hiksos) de Avaris, que controlarían extensas regiones del delta y del Bajo Egipto más allá de Menfis, y tendrían acceso a las rutas comerciales con el Sinaí y el Levante, donde articularían una fructífera red de intercambios. Los datos fiables sobre ella, sin embargo, son muy escasos, y apenas se conservan unos pocos nombres pero se desconoce el orden o incluso el número total de reyes.

Mientras tanto, en el Alto Egipto la XIII Dinastía ha dado paso a la **XVII Dinastía** (ca. 1580-1550), un poderoso, aunque desconocido, linaje militar de origen tebano que centraliza el Alto Egipto en torno a un poder fuerte y emprenderá pronto una serie de campañas militares contra los hiksos de Avaris para recuperar el delta. El conflicto parece iniciarse en tiempos de Ta-Saqenenre (ca. 1560), quien pudo comenzar la guerra con los hiksos (su momia presenta profundas heridas de hacha en el cráneo), pero sería Kamose (1555-1550) quien impulsaría las acciones militares, anticipándose a una posible alianza entre los hiksos y Nubia y avanzando por el Bajo Egipto aunque sin conseguir tomar Avaris; en una estela suya, Kamose afirma que capturó 300 embarcaciones de Retenu (término que hace referencia al Levante) que tenían diferentes tipos de madera, plata, lapislázuli, incienso y otros productos, lo que confirma el control que los hiksos ejercían sobre el comercio con el Levante, así como la existencia en esta época de estos contactos. Kamose también muere prematuramente, siendo sucedido por su hermano Ahmose (1550-1525), que llega al trono siendo menor de edad, por lo que tardaría algunos años en emprender las guerras que terminarán con la conquista de Avaris; Ahmose inaugurará la XVIII Dinastía.

## LA SEGUNDA MITAD DEL II MILENIO a.C.

### PRÓXIMO ORIENTE

#### 4.1. El Reino de Mitanni (ca. 1500-1300)

Mitanni, principal adversario de la XVIII Dinastía egipcia por el control de Siria, era un reino compuesto mayoritariamente por población de origen hurrita, que se conocía como Naharina en las fuentes egipcias, Hanigalbat en las asirias y el País de los Hurritas en Hatti. La presencia de población hurrita en la Alta Mesopotamia se conoce desde el III milenio, apareciendo en los textos de la Baja Mesopotamia en relación con Subartu; se ha confirmado la existencia de un reino hurrita en Siria oriental en el III milenio, gobernado por reyes que tenían el título de *endan*, y que parecen haber establecido alianzas con los reyes acadios. En tiempos de la III Dinastía de Ur, Shulgi (2094-2047) ya menciona la captura de prisioneros hurritas en el transcurso de una de sus campañas militares; encontramos menciones a hurritas en las tablillas de las colonias asirias y en el archivo de Mari, siempre en relación con pequeños reinos del norte de Siria.

Los orígenes de Mitanni siguen siendo oscuros, pero deben relacionarse con el vacío de poder creado en la región de Siria por las intervenciones militares de los reyes hititas Hattusili I y Mursili I, quienes destruyeron el reino de Yamhad pero no llegaron a controlar la región. Los hurritas, que tenían ya una cierta organización política, aprovecharían la ocasión para crear un reino propio que aglutinaría a todos los elementos hurritas que habían vivido en la región desde finales del III milenio junto a nuevas poblaciones indo-arias. Las fuentes que ilustran las primeras fases son muy fragmentarias, por lo que las listas reales no incluyen a todos los reyes y se discute quién pudo ser el primero; existe un cierto consenso en la figura de Suttarna (ca. 1490-1470), rey que fundaría la capital, Washshukkanni, todavía no identificada arqueológicamente, iniciando este reino una expansión por la Alta Mesopotamia y el norte de Siria en el reinado de Barattarna (ca. 1470-1450); esta expansión provocaría un rápido choque con Egipto, que también iniciaba en esos momentos su expansión por Siria (especialmente con Tutmosis I, 1504-1492, y Tutmosis III, 1479-1425), en el reinado de Parrattarna (ca. 1450-1440). En esos enfrentamientos, Egipto avanza por Siria y se aproxima al Éufrates, mientras que Mitanni intentará coordinar la resistencia de los reinos cananeos y sirios para oponerse al avance egipcio, evitando los enfrentamientos directos con Egipto. En la batalla de Megiddo (1457), Tutmosis III afirma haber derrotado a una coalición de reinos y principados sirios y cananeos dirigidos por Mitanni.

Con Artatama I (ca. 1410-1400), sin embargo, Egipto y Mitanni llegan a un entendimiento y se firmará el primero de una serie de tratados entre ambos reinos que establecerán una larga fase de buenas relaciones, selladas con acuerdos periódicos e intercambio de esposas reales (una hija de Artatama es entregada en matrimonio a Tutmosis IV). Estos acuerdos permitían a Egipto acceder a las rutas comerciales y participar en los intercambios que tenían lugar en el Mediterráneo oriental, obtener la fidelidad de diferentes reinos y garantizarse que el principal poder próximo oriental no iba a interferir en sus intereses, mientras que Mitanni podía dedicar todos sus esfuerzos a los que eran sus verdaderos enemigos, Asiria y los hititas. El rey Saustatar (ca. 1440-1410) llegó a conquistar Assur y a llevarse las puertas de oro y plata del templo, al tiempo que firmaba un tratado con el reino de Kizzuwatna, que servía de tapón contra los hititas en la región del Taurus, la entrada a la Alta Mesopotamia y Siria. Estos logros permitieron unos siguientes reinados tranquilos, gozando toda la región de una paz que beneficiaba el comercio y la prosperidad.

Tras un periodo de luchas dinásticas, subió al trono **Tushratta** (ca. 1380-1350), contemporáneo de Amenofis IV Akhenatón (1352-1336), de Suppiluliuma I en Hatti (1344-1322) y de Assuruballit (1365-1330) en Asiria, y por tanto protagonista del momento de máximo esplendor de las civilizaciones del Bronce Final en el Próximo Oriente. En su reinado se manifestaron ya los problemas que terminarían con Mitanni, y supone la última fase de predominio de este reino antes

de su desaparición. En un primer momento, Tushratta pudo frenar los intentos expansionistas de Suppiluliuma I, que presionaba militarmente en el norte de Siria, pero las cartas de El-Amarna (archivo real de Amenofis IV) muestran las sucesivas peticiones de ayuda de Tushratta a Egipto contra los hititas, que sin embargo no encontraron respuesta. Así pues, en una nueva campaña, Suppiluliuma I cruzaría el Éufrates y obligaría a Tushratta a refugiarse en la capital, con lo que la administración del reino se vino abajo y perdió el control efectivo de sus territorios. Poco después Tushratta moriría asesinado, y a partir de entonces se nombrarían una serie de reyes títere de los hititas, con Mitanni como un reino sometido a ellos: Artatama II sería confirmado rey de Mitanni por Suppiluliuma I, y después Shattiwaza, uno de los hijos de Tushratta que se había casado con una hija de Suppiluliuma y que se encontraba refugiado en Hattusa. Este reino, sometido y empequeñecido, sobreviviría algún tiempo presionado por las dos potencias que lo rodeaban, Hatti y Asiria, hasta que finalmente Asiria conquistará lo que quedaba del reino de Mitanni, *ca.* 1300 (época de Adad-nirari I de Asiria).

#### 4.2. El Reino Medio Asirio (1391-1076)

Tras el esplendor del Reino Antiguo con Shamshi-Adad I (1796-1775), Asiria se había replegado a sus límites tradicionales y había caído bajo el control primero de Babilonia en tiempos de Hammurabi (1792-1750) y después de Mitanni en tiempos de Barattarna (*ca.* 1470-1450). Una dinastía local de reyes siguió existiendo a lo largo de estos siglos, aunque Asiria representó un papel secundario como potencia. Sin embargo, hacia 1390, en el contexto del enfrentamiento de Mitanni con Egipto primero y con los hititas después, el rey Eriba-Adad I (1391-1366) comenzó a independizarse de Mitanni y a actuar de forma autónoma y más agresiva en sus fronteras; su verdadera recuperación como gran estado territorial se producirá en el reinado de **Ashur-uballit I** (1365-1330), quien intentó aprovechar el vacío de poder ocasionado por la derrota de Mitanni contra los hititas en época de Tushratta; en las décadas siguientes hasta *ca.* 1300, la relación de poder entre Mitanni y Asiria se invertirá en favor de esta última.

Los nuevos reyes asirios adoptan el título de *Gran Rey*, ya no son solamente «vicarios del dios Assur» como en tiempos anteriores, y reclamarán ser «admitidos» en el grupo de los «grandes reyes», Babilonia, Hatti y Egipto: en las cartas del archivo de El-Amarna, Ashur-uballit se dirigirá a Amenofis IV como «hermano», el término que se reservaban los grandes gobernantes del Bronce Final para identificarse como iguales. El ascenso asirio, sin embargo, despertará los recelos de Babilonia, que tratará de influir en Egipto (mediante correspondencia de su rey Burna-Buriash II, 1359-1333, con Amenofis IV) contra los asirios; simultáneamente, Babilonia buscará un entendimiento con Asiria mediante un acuerdo matrimonial, pero la ruptura de dicho acuerdo impulsará a Ashur-uballit a invadir Babilonia y establecer un rey títere, Kurigalzu (1332-1308), posiblemente su nieto.

En el reinado de Adad-nirari I (1307-1275), Asiria conquistó Mitanni y, aprovechando que la atención hitita se centraba en los egipcios, fijó la frontera occidental en la ciudad de Karchemish. Su sucesor, Salmanassar I (1274-1245), integró definitivamente a Mitanni en el mundo asirio, poniendo fin a la dinastía de reyes mitanos y convirtiendo el territorio en una provincia asiria. Por tanto, Asiria se encontraba en la plenitud de su poder a la llegada de **Tukulti-Ninurta I** (1244-1208), quien, tras una serie de campañas contra las poblaciones montañosas del noreste (el curso alto del Tigris y los Zagros septentrionales, necesarias para asegurar el control de estos territorios y evitar sus continuas incursiones), fortalecerá la frontera en el Éufrates con unas campañas exitosas contra los hititas. Su último frente de acción será Babilonia, que tomará y saqueará tras derrotar al rey Kashtiliash IV; aunque inicialmente él mismo asumirá la corona de Babilonia por un breve tiempo, más tarde la entregará a reyes títeres. Estos éxitos militares permitieron a Tukulti-Ninurta adoptar los títulos de rey de Asiria y de Karduniash (reino de Babilonia), rey de Súmer y Akkad, rey de Sippar y Babilonia (la ciudad), rey de Tilmun (Dilmun) y Meluhha y rey del mar Superior e Inferior, construyendo una nueva capital, Kar-Tukulti-Ninurta (el «puerto de Tukulti-Ninurta»), en las cercanías de Assur.

Sin embargo, Tukulti-Ninurta murió asesinado en el transcurso de una conspiración, dando inicio un periodo de luchas y de inestabilidad política en el interior de Asiria que fue aprovechado por Babilonia para recuperar su protagonismo, siendo incapaces sus sucesores de mantener sus conquistas, por lo que Asiria entrará en una fase de contracción a partir de *ca.* 1200. Esa contracción coincidirá con las convulsiones que experimentará el Próximo Oriente a lo largo del siglo XII (ver sección 4.5), y que generarán un declive generalizado del sistema político y económico del Bronce Final.

En ese contexto de declive, el reinado de **Tiglath-pileser I** (1114-1076) supuso un breve paréntesis de esplendor. Rey guerrero y hábil gobernante, Tiglath-pileser devolvió la estabilidad a las fronteras, expulsando temporalmente a los amorreos, en una serie de campañas militares que le permitieron extraer tributo de Egipto, y los reinos y principados del Levante; el rey fracasó, sin embargo, en una campaña contra el reino de Nabucodonosor I de Isín, quien incluso invadió parte del terreno fronterizo entre los dos reinos. Al final de su reinado, los amorreos nuevamente invadieron la región y sumieron temporalmente el país en el caos, interrumpiendo las comunicaciones y destruyendo las tierras de cultivo. A la muerte de Tiglath-pileser, la ausencia de reyes poderosos y enérgicos, y la invasión de los pueblos arameos, volvieron a sumir a Asiria en un declive que durará más de un siglo.

#### 4.3. El Reino Medio Babilonio (la Babilonia casita, 1592-1155)

A la muerte de Hammurabi, el imperio que había creado comenzó rápidamente a atomizarse, iniciándose la penetración de los casitas, procedentes de los Zagros, mientras que en el sur de la Baja Mesopotamia se iniciaba la I Dinastía del País del Mar. La I Dinastía de Babilonia perduró, sin embargo, hasta el 1595, cuando Mursili I conquistó Babilonia siendo rey Samsu-ditana; los casitas aprovecharon la coyuntura para tomar el poder, iniciándose un periodo histórico que perduraría hasta 1155, y en el que la Lista real babilónica menciona a 36 reyes casitas. Los casitas se llamaban a sí mismos *galzu* y apenas disponemos de información sobre sus antecedentes y primeros reyes.

El nuevo reino casita recibió un fuerte respaldo en el reinado de Agum II (1592-1549), cuando la estatua de Marduk, que había sido saqueada por los hititas en 1595 y llevada a la ciudad de Terqa, pudo retornar a Babilonia, posiblemente después de vencer al reino de Hana y destruir Terqa; Agum derrotaría también a la dinastía del País del Mar y reunificaría así nuevamente la Baja Mesopotamia. El País del Mar sería fuente de problemas en las décadas siguientes, con diversos intentos de convertirse en una potencia independiente y promoviendo revueltas contra Babilonia, hasta que en 1475 el rey Ulam-Buriash (1496-1474) aprovechó una campaña del entonces rey de la Dinastía del País del Mar contra Elam para conseguir el dominio de la región.

En el siglo siguiente, Babilonia sería considerada una de las principales potencias del mundo próximo-oriental; el rey **Burna-Buriash II** (1359-1333) mantenía acuerdos matrimoniales y una activa correspondencia con Egipto, y en las cartas los reyes de Babilonia reciben el calificativo de «hermano» y son reconocidos como representantes de un gran reino, aunque se encuentra en una situación geopolítica algo marginal, alejado de las principales rutas comerciales. El ascenso de Asiria con Ashur-uballit I en esas fechas aumentará esa marginalidad, y obligará a Babilonia a entenderse con los asirios mediante acuerdos matrimoniales; el asesinato del heredero de dicho acuerdo provocará la reacción militar de Asiria, que establecerá en el trono a Kurigalzu II (1345-1324) como rey títere; Kurigalzu, sin embargo, traicionará a los asirios, establecerá relaciones con los hititas y se enfrentará a Asiria en una serie de campañas. Babilonia mantendrá en las décadas siguientes una débil independencia, constantemente amenazada, frente a Asiria.

La situación cambia temporalmente con la llegada al trono asirio de Tukulti-Ninurta I (1244-1208) en Asiria, que derrota a Kashtiliash IV (1232-1225) y conquista Babilonia. Tras el asesinato de Tukulti-Ninurta, Babilonia recupera su independencia, iniciándose unos años de transición hasta que tenga lugar el final de la dinastía a causa tanto de los ataques procedentes de Asiria como de Elam, cuyo rey Shutruk-Nakhunte I (1185-1155) conquistó Babilonia en 1160 y fue el

responsable del traslado de numerosos objetos babilónicos a Susa (la estela de Naram-Sin, el código de Hammurabi). La dinastía se extinguió en 1155.

El periodo siguiente es poco conocido, por la escasez y mala calidad de las fuentes directas. Ante la crisis de Babilonia, las viejas ciudades sumerias recuperan poder e independencia; entre 1158 y 1027 predomina en la Baja Mesopotamia la llamada II Dinastía de Isín, que logra temporalmente reunificar la región, pero su autoridad no es demasiado sólida. Destaca el rey Nabucodonosor I (1126-1105), quien derrotaría a Tiglath-pileser I en una invasión asiria fallida e incluso emprendería campañas militares contra el poderoso vecino de Elam. Esta breve recuperación, sin embargo, concluye en los siguientes reinados en una profunda crisis, motivada en gran parte por la crisis económica y política generalizada en el Próximo Oriente. Aparecen varias dinastías y reyes en diferentes ciudades, que compiten entre sí, el País del Mar se escinde y la Baja Mesopotamia aparece completamente fragmentada.

#### 4.4. El Reino Nuevo Hitita (ca. 1430-1178)

**Situación en Anatolia.** Las fuentes hititas, muy fragmentarias, presentan una situación política muy compleja en Anatolia en el Bronce Final. Una serie de reinos y entidades políticas se reparten diferentes regiones y luchan entre sí; el reino hitita subsiste tras el reinado de Telepinu entre esos peligrosos vecinos con su poder e influencia muy mermados. En el norte, en la costa del Ponto, se encuentran los gasga y los azzi, tribus montañosas muy belicosas que amenazan constantemente Hattusa, la capital del reino, mientras que hacia el este, en la frontera con Siria, existen una serie de principados hurritas aliados de Mitanni que lanzan también campañas periódicas hacia el interior de Anatolia; el más importante de ellos es el reino de Kizzuwatna, situado en una región estratégica clave de comunicación entre Anatolia y Siria. En la costa occidental surgen una serie de entidades políticas en torno a grandes ciudades comerciales costeras, como Troya (Ilio), que pudo ser el centro del reino que en las fuentes hititas se denomina Wilusa, así como los reinos interiores de Asuwa y Arzawa, que mantienen relaciones conflictivas con los hititas (alianzas y enfrentamientos intermitentes). Por último, algunas ciudades de la costa, como Millawanda y Abasa, se encuentran dentro de la órbita del reino de Ahhiyawa, una misteriosa entidad política que posiblemente hace referencia a los micénicos, y que interviene en las luchas de poder del occidente de Anatolia.

**Desarrollo histórico.** Los primeros reyes de esta nueva fase son mal conocidos. Se atribuye a Tudhaliya I (ca. 1430) la consolidación del reino tras la fase de crisis en una serie de campañas militares que se enfrentaron a diversas coaliciones enemigas, principalmente Asuwa y Arzawa; consiguió repeler a los gasga y cerrar un tratado con Kizzuwatna, lo que dio a los hititas un respiro por primera vez en décadas. Sus sucesores, Arnuwanda I y Tudhaliya III, continuarán esa política expansiva, sometiendo a tributo a los reinos de Assuwa y Arzawa y repeliendo las frecuentes invasiones de los gasga. En esta época incluso se emprenden campañas hacia Siria que chocan con Mitanni y alcanzan ciudades de la costa, como Aleppo.

El reinado de **Suppiluliuma I** (ca. 1375-1322) supone un punto de inflexión definitivo. Accede al trono como consecuencia de la muerte de su hermano, Tudhaliya, y desde el principio combina una incesante actividad militar con una intensa actividad diplomática, con el resultado de convertir a Hatti en la principal potencia de Anatolia. Suppiluliuma derrota primero a los gasga, y luego se dirige a la frontera oriental, cerrando un tratado con el reino de Hayasa (en la alta Armenia) y asegurándose mediante una serie de campañas militares el control de los reinos de Kizzuwatna e Issuwa, ambos fundamentales en la comunicación con Siria. Una vez afianzada su posición, Suppiluliuma se lanza contra Mitanni; en la primera campaña, Tushratta consigue rechazar la invasión, pero los hititas se apoderan de gran parte del territorio occidental de Mitanni y someten a muchos de sus aliados (Amurru, Ugarit, Qadesh), con los que firmará tratados de sumisión; en la segunda campaña, unos años después, Suppiluliuma derrota a Tushratta y le obliga a refugiarse en la capital; tras la muerte de Tushratta, permitirá que siguiera existiendo un reino de Mitanni dependiente de la corte hitita. Para consolidar el control hitita en la región,

Suppiluliuma entregará dos importantes reinos a dos hijos suyos, Karkemish para su hijo Piyassili y Alepo para su hijo Telepinu, que actuarán prácticamente como “virreyes” del rey de Hatti.

La intervención hitita en Siria alertará a Egipto, que recibe llamadas de auxilio de sus aliados, pero el rey Amenofis IV no toma ninguna medida por el momento, hecho que se ha relacionado con los efectos de su reforma religiosa. Tampoco se produce reacción durante el breve reinado de Tutankhamon, pero a su muerte tendrá lugar uno de los episodios más insólitos de toda la historia del Bronce Final: la viuda de Tutankhamón, Ankhesamón, escribe a Suppiluliuma para que le envíe uno de sus hijos como esposo para fundar una nueva dinastía; la reacción del rey hitita fue de sorpresa y recelo, citando sus *Hazañas* la siguiente frase: «Jamás en toda mi vida me había sucedido una cosa como ésta», pero finalmente decidió enviar a uno de sus hijos, Zannanza; la corte egipcia no podía permitir esa situación, por lo que el príncipe hitita moriría asesinado en el transcurso de su viaje a Egipto, lo que desencadenaría una nueva campaña de Suppiluliuma en Siria en la que consolidó sus recientes conquistas. Los prisioneros de dicha campaña, sin embargo, provocaron una epidemia de peste que asolaría a Hatti y acabaría además con la vida del propio Suppiluliuma y de su hijo Arnuwanda.

Al llegar al trono, Mursili II (1321-1295) tuvo que hacer frente a las rebeliones generalizadas que estallaron aprovechando la epidemia de peste; dedicó sus dos primeros años de reinado a luchar contra los gasca y realizar una campaña contra Arzawa, que en esta ocasión contaba con el apoyo de otras entidades (Hapalla, Mira, Kuwaliya, el País del río Seha y Ahhiyawa); marchó sobre Millawanda y después de unas campañas victoriosas en las que sometió a sus enemigos a vasallaje, destruyó de forma definitiva el poderoso reino de Arzawa, cuyos territorios serán repartidos y divididos entre diferentes entidades. Nuevos ataques de los gasca afectaron a la capital, Hattusa, que fue atacada. En su décimo año de reinado, Mursili II hizo una campaña en Siria para sofocar una rebelión instigada por el faraón Horemheb (1323-1295) y complicada por la muerte de sus hermanos, los virreyes de Aleppo y Karkemish, y por la intervención del rey asirio Assur-uballit, pero los hititas consiguieron restablecer el control de la región. A pesar de tener que sofocar una nueva revuelta en el oeste y a los gasca, en líneas generales la última parte de su reinado fue relativamente tranquila.

Su sucesor, Muwatalli II (1295-1272), tuvo que hacer frente a la inestable situación en Anatolia occidental, donde Piyamaradu, un noble que había caído en desgracia posiblemente a causa de sus ambiciones políticas, encontró el apoyo de Ahhiyawa y de Millawanda y llegó a controlar Wilusa y atacar Lazpa (Lesbos); Muwatalli envió un ejército que expulsó a Piyamaradu y le obligó a refugiarse en Ahhiyawa. La principal preocupación de los hititas, sin embargo, estaba en Siria: los reyes de la Dinastía XIX de Egipto reanudaron sus actividades en la región, lo que condujo a un enfrentamiento directo con los hititas; esta situación fue aprovechada por Asiria, cuyos reyes Adad-nirari I (1307-1275) y Salmanassar I (1274-1245) consiguieron el control de lo que aún pervivía del reino de Mitanni, expulsando a los hititas de la zona y convirtiendo a Karchemish en la frontera entre ambos reinos. En este contexto, Muwatalli trasladó la capital a Tarhuntassa, en las proximidades de Siria y en la costa, posiblemente para estar más cerca del frente sirio, y se enfrentó a Ramsés II en la famosa batalla de Qadesh (1274), que tuvo un resultado indeciso, aunque a la larga el verdadero vencedor fue el reino hitita ya que Egipto no recuperó ninguno de los territorios que había perdido con anterioridad y la influencia hitita siguió siendo firme en la región, recuperando además el control de Amurru.

Tras el breve reinado de Mursili III (1272-1267), que llevó de nuevo la capital a Hattusa, una revuelta llevará al poder a Hattusili III (1267-1237), quien desarrolla una intensa actividad diplomática para aislar a su principal enemigo, Asiria: busca primero el apoyo de Babilonia, firma un nuevo tratado con Amurru que garantizará su lealtad y reforzará la posición hitita en la región y, especialmente, firma un importante tratado con Ramsés II (1259), que sancionaba el reparto territorial y las áreas de influencia de ambas potencias e incluía cláusulas en las que ambos se comprometían a no invadir el territorio del otro e incluso a ayudarse en caso de necesidad militar. Se inicia así un periodo de relaciones estables con Egipto.



Fue sucedido por su hijo Tudhaliya IV (1237-1209), en cuyo se detectan ya los primeros indicios de agotamiento y crisis, fundamentalmente las incesantes luchas por el trono (es posible que uno de los hijos de Muwatalli, Kurunta, pudiese haber alcanzado el trono temporalmente) y la creciente pérdida de control sobre los estados aliados y vasallos (Karchernish, sede de uno de los virreinos, actúa cada vez con mayor independencia; Ugarit se niega a enviar tropas para las campañas contra Asiria). La situación en Siria se inclina cada vez más en favor de Asiria, cuyo rey Tikulti-ninurta derrotaría a Tudhaliya; la reacción hitita sería decretar un embargo comercial contra Asiria, tratando de impedir que los comerciantes y objetos de Ahhiyawa no pudieran llegar a Asiria, lo cual implica que ambas potencias eran enemigas de Hatti en estos momentos.

Su hijo Suppiluliuma II (1207-1178) tuvo que enfrentarse a la convulsa situación que se desató en el Mediterráneo oriental en torno a 1200, haciendo frente a migraciones violentas y saqueos de ciudades costeras en sus territorios. En estos años los hititas conquistaron Chipre, para tener un acceso más directo a las minas de cobre y favorecer el control naval de la zona. Suppiluliuma realizó campañas en el suroeste de Anatolia contra los *lukka*, uno de los Pueblos del Mar, y derrotó al reino de Tarhuntassa, pero había perdido el control del norte de Siria así como la capacidad de asistir y proteger a sus aliados en aquella región: se conservan cartas de reyes locales, como Hamurapi de Ugarit, que piden ayuda militar a Suppiluliuma para defenderse de los ataques de saqueadores costeros, pero el rey hitita no consigue atender esas peticiones, y muchas ciudades del Levante serán destruidas y saqueadas. En medio de este caos militar, los gasga invaden el reino y destruyen la capital, Hattussa; no se tienen más noticias del rey, con lo que la estructura administrativa, política y militar del reino hitita se derrumba y este deja de existir.

**Ahhiyawa y Troya.** Los textos hititas se refieren a Ahhiyawa como una potencia occidental, de situación geográfica incierta, que desempeñó un importante papel en los conflictos y relaciones internacionales de los hititas a lo largo del Bronce Final. Ahhiyawa aparece como un reino que controla algunas ciudades costeras (Millawanda y Abasa) e islas, que sirvió como lugar de refugio para algunos enemigos de Hatti y que apoyó algunas de las revueltas que tuvieron lugar en Anatolia occidental; los documentos hititas hablan de un “rey de Ahhiyawa” que en la correspondencia real trata de “hermano” al rey de Hatti. En opinión de algunos especialistas, y debido a una similitud fonética entre los términos “*ahhiyawa*” y “*akhaioi*” (“aqueos”, término que hace referencia a los griegos en los poemas homéricos), Ahhiyawa podría identificarse con el mundo micénico, ya sea la Grecia continental, o las regiones micénicas en las islas del Egeo, como Rodas. Los ahhiyawa, por tanto, serían los griegos micénicos vistos por los hititas.

De ser cierta esta identificación, proporcionaría un contexto histórico para las tradiciones legendarias griegas, recogidas en poemas épicos (como la *Ilíada* de Homero), que describen la destrucción de la ciudad de Troya (Ilio en griego, Wilusa en hitita) en una gran expedición militar griega. Las excavaciones llevadas a cabo en Troya desde 1990 han revelado una gran ciudad comercial que controlaría las rutas a través de los estrechos entre el mar Negro y el Mediterráneo, dotada de una ciudad baja con avanzados sistemas defensivos; estos datos, así como el hallazgo de niveles de destrucción que se fechan en torno a 1180, han llevado al arqueólogo Manfred Korfmann, director de las excavaciones de Troya, a aceptar la existencia histórica de una guerra de Troya en la que los griegos micénicos atacarían este importante enclave comercial ante la crisis militar y política que padecen los hititas.

La arqueología presenta a Ahhiyawa como una potencia naval, un reino de gran poder cuyas actividades no se desarrollarían solamente en torno a Anatolia occidental, sino también en la costa siria, donde se han encontrado productos micénicos de importación (principalmente cerámica). Su importancia como potencia comercial queda demostrada por el embargo que Suppiluliuma intenta establecer contra Asiria. Las fuentes hititas, por otra parte, proporcionan nombres y acontecimientos que pueden vincularse, con mayor o menor fiabilidad, con las tradiciones griegas: el topónimo *Taruissa*, del que se hace derivar el nombre “Troya”, o Wilusa, que era uno de los reinos resultantes de la división de Arzawa por parte de Mursili II y que fonéticamente se relaciona con el griego “Ilión”; igualmente, el rey Muwatalli II firmó un tratado con el rey Alaksandu de Wilusa hacia 1280, nombre que podría ser una transcripción al hitita de un nombre griego, Alexandros (sobrenombre del héroe troyano Páris en la *Ilíada*), por lo que tendríamos a

un griego al frente de una entidad política en Anatolia occidental; también el nombre de Piyamaradu, que controló temporalmente Wilusa durante el reinado de Muwatalli II, se ha relacionado con Príamo, el rey de Troya en la *Ilíada*. En cualquier caso, la evidencia apunta a que el mundo micénico y el hitita mantuvieron unas relaciones en Anatolia occidental que, al igual que revelan los hallazgos en Egipto o en Siria-Palestina, reflejan las relaciones existentes entre el Egeo y el mundo próximo oriental.

## EGIPTO

### 4.5. El Reino Nuevo (1550-1069)

Entre la XVIII y la XX Dinastías se despliega la etapa más conocida de la historia de Egipto, cuando sus faraones extienden las fronteras hacia Siria-Palestina y el interior de Nubia, creando un imperio que entra en contacto, pacífico y militar, con otros imperios y reinos próximo-orientales que competían por controlar unas rutas comerciales que tenían su epicentro en Siria. Por vez primera, la política egipcia va a estar totalmente relacionada con la del Próximo Oriente, y Egipto va a ser la principal potencia dentro de un orden político y económico mundial que estará basado en el equilibrio, la inter-relación y la inter-dependencia de todas las regiones y de las grandes potencias (Babilonia, Asiria, Mitanni, Hatti y Egipto). Disponemos de documentación muy abundante y diversa y, junto a las manifestaciones tradicionales del poder real (estelas y monumentos, tumbas y templos), va a cobrar una extraordinaria importancia como fuente la correspondencia real entre los diferentes monarcas, que ofrece detallada información de la diplomacia del momento y de las relaciones entre los reyes.

El periodo está dominado por dos grandes dinastías, la **XVIII** (1550-1295) y la **XIX** (1295-1186), junta a una tercera, la **XX** (1186-1069), que asiste ya al declive de este sistema; de ellas, sin duda la XVIII representa el apogeo máximo de la civilización egipcia. Es más útil, sin embargo, distinguir cuatro fases dentro del Reino Nuevo: la unificación (1555-1525), la expansión (1525-1390), el apogeo (1390-1186) y la contracción (1186-1069).

#### 4.5.a. Unificación (1555-1525)

Esta fase abarca los reinados de Kamose y Ahmose, hermanos que sin embargo corresponden a dinastías diferentes. Kamose había emprendido campañas hasta el delta, interrumpidas por su prematura muerte, por lo que corresponderá a **Ahmose** (1550-1525), que llega al trono siendo un niño, completar la tarea de expulsar a los hiksos. Por motivos desconocidos, las listas reales inician aquí una nueva dinastía la XVIII (1550-1295). En los años finales de su reinado, Ahmose emprendió por fin las ofensivas que conquistaron sucesivamente Menfis y Avaris y restablecieron el control de Tebas sobre el delta; las fuentes hablan también de campañas a través del corredor de Gaza hacia Palestina, con el objetivo probable de perseguir a los hiksos y destruir sus bases, creando así un área de seguridad que protegería a Egipto de nuevas incursiones del exterior pero que serviría también de cabeza de puente para la futura expansión egipcia por el Levante. En el frente del sur, Ahmose emprendió tres campañas en Nubia dirigidas a restablecer la influencia en la región y acabar con un reino de Kush, que había tratado de aliarse con los hiksos; en su ofensiva, Ahmose llegó hasta la 2ª catarata, restableciendo las antiguas fortificaciones de la época del Reino Medio y creando una provincia con sede en Buhen.

Las mujeres de su entorno van a desempeñar un gran papel en su reinado, su abuela Tehisheru, su madre Ahhotep, que pudo actuar como corregente cuando era menor de edad y a la que reconoce en estelas oficiales («La que ha cumplido los ritos y se ha preocupado de Egipto. Ha velado por sus tropas y las ha protegido. Ha recuperado a sus fugitivos y agrupado a sus desertores. Pacificó el Alto Egipto y expulsó a los rebeldes»; *Estela de Karnak* 21, 9-16), así como a su esposa Ahmes-Nefertari, que adoptó el cargo de esposa del dios (Amón); este hecho se va a convertir en una dinámica característica del Reino Nuevo, donde las mujeres de la familia real van a ser figuras políticas y religiosas de considerable importancia.

#### 4.5.b. Expansión (1525-1390)

Ahmose fue sucedido por Amenofis I (1525-1504), cuyo reinado fue bastante pacífico, realizando una única campaña en Palestina; Mitanni aparece ya mencionado en los textos, pero todavía no existe contacto entre ambos reinos. Es posible que en su reinado se fundase Deir el-Medina, la aldea en la que vivían los artesanos encargados de construir y decorar las tumbas reales del Valle de los Reyes. Su sucesor, Tutmosis I (1504-1492), pertenecía a una rama colateral de la realeza, legitimando su acceso al trono casándose con Ahmose, la hermana de Amenofis I. Con Tutmosis I se inicia la imagen del faraón guerrero, militar, que extiende las fronteras de Egipto, pero sus campañas (en Nubia, donde llegaría hasta la 4ª catarata, y en Siria, aunque se desconoce el alcance final de esta última, y se ha propuesto el Éufrates) se conocen solo de manera indirecta por referencias en otras fuentes. Le sucede su hijo Tutmosis II (1492-1479), casado con su hermana Hatshepsut, aunque disponemos de escasa información sobre su reinado; reafirmó el control de Egipto en Nubia con nuevas campañas, pues se trataba de una región de extraordinaria riqueza que abastecía al país de importantes productos africanos (oro, esclavos, especias, animales).

Tutmosis III es apenas un niño cuando accede al trono (1479-1425), por lo que su madre **Hatshepsut** ejercerá como regente (1479-1473) y, unos años más tarde, asumirá personalmente la titulación real (1573-1458). Su reinado fue un periodo de relativa calma en la política exterior, deteniendo las ofensivas de sus predecesores, aunque llevó a cabo una gran expedición a Punt que describió en los relieves de su templo en Deir el-Bahari. A medida que su hijo se hacía mayor, trató de legitimarse en el poder con nuevas estrategias, haciéndose representar con rasgos masculinos y presentando nuevas versiones de su acceso al poder en las que contaba haber sido reconocida como nuevo rey por su padre, Tutmosis I, con la bendición de los dioses Amón, Khonsu y Mut, la triada tebana; en su templo de Deir el-Bahari, representó incluso su «nacimiento divino», estableciendo que fue el propio dios Amón, que adoptó la apariencia de Tutmosis I, el que concibió a Hatshepsut. No apartó a su hijo por completo del poder, sin embargo, sino que le reservó funciones de tipo militar, por lo que la relación entre ambos no era mala; cuando Tutmosis III accede al trono, sin embargo, Hatshepsut pierde todo su poder y morirá poco después.

**Tutmosis III** (1479-1425, accede al trono en 1458) es el más importante jefe militar de la historia egipcia, responsable de decenas de campañas militares destinadas a expandir y afianzar el poder imperial de Egipto. De inmediato tuvo que hacer frente a una coalición compuesta, según su propia narración, por más de 330 príncipes de Siria-Palestina, encabezada por la ciudad de Qadesh pero orquestada probablemente por el principal enemigo de Egipto en las siguientes décadas, Mitanni; Tutmosis avanzó sobre Canaán y derrotó por completo al enemigo en la batalla de Megiddo (1457), lo que le permitió ocupar numerosas ciudades. Tras años de nuevas campañas en la región, en su año 33 de reinado lanzó una importante expedición contra Mitanni, para contrarrestar la influencia que este reino ejercía sobre los principados sirios, quienes se reconocían vasallos de Mitanni; en esta campaña, Tutmosis III afirma haber alcanzado el Éufrates, pero no conseguiría conservar el control de unos territorios tan lejanos, por lo que concluiría firmando un tratado con Mitanni que repartía entre ambas potencias sus respectivas áreas de influencia en Siria. Con el fin de mantener el estatus de Egipto frente a sus enemigos, Tutmosis emprendió, junto a sus conquistas, una política diplomática que cerraba con alianzas matrimoniales, casándose con las hijas de diversos reyes y príncipes, así como a través de la toma de “rehenes”, trasladando a los futuros príncipes de las ciudades sirio-palestinas a la corte egipcia para ser educados allí. Administrativamente, dividió los territorios conquistados en Siria en tres provincias, a cuyo frente se encontraba un gobernador: Canaán, con centro en Gaza; Amurru, con centro en Simurru; y Apu, con centro en Kumidu. Egipto se convirtió en la potencia hegemónica del mundo próximo-oriental, no solo a nivel político o diplomático, sino también económico, siendo el estado más rico y el más beneficiado por los contactos e intercambios comerciales. Entre los embajadores que se presentaban en la corte de Tutmosis III las fuentes hablan, por ejemplo, de embajadores *keftiu*, es decir, cretenses (probablemente minoicos), que indican los contactos de Egipto con el Egeo. Tutmosis tuvo que hacer frente también a infiltraciones de pueblos nómadas, tanto libios como “asiáticos”, entre los que se incluyen los *hapiiru/habiru*, probablemente de origen semítico, y que serían incorporados como mercenarios en el ejército.

Tutmosis III fue sucedido por Amenofis II (1427-1400), a quien antes había asociado al trono. Emprendió tres campañas militares en Siria y cruzó el río Orontes, capturando las ciudades de Niya y Qadesh, y recibió a mensajeros de los reinos de Hatti y Sangar (posiblemente Babilonia). Con Tutmosis IV (1400-1390) las relaciones con el reino de Mitanni se intensificaron, pues este reino veía aumentar la presión en sus fronteras, en especial a por parte de los hititas, por lo que Tutmosis se casó con una hija de Artatama I. Dio comienzo así un largo periodo de paz en la esfera internacional que permitió a Egipto concentrarse aún más en una política constructora y beneficiarse de los intercambios comerciales.

#### 4.5.c. Apogeo (1390-1153)

La prosperidad, riqueza y estabilidad tienen en el reinado de Amenofis III (1390-1352) su mejor exponente: estabilidad en el interior y en las posesiones exteriores (no realiza campaña militar alguna en Siria-Palestina), y una ambiciosa política constructora de templos y edificios oficiales. Su esposa principal, Tiye, ejerce una gran influencia en la corte (participa en las ceremonias religiosas junto a Amenofis III y es representada en la actitud de vencer a los enemigos del país, iconografía), que eclipsa a otras mujeres importantes, como la princesa Taduhepa, hija del rey Tushratta de Mitanni, casada con Amenofis por una alianza matrimonial, y que indica la posición central que Egipto ocupa en la esfera internacional. Las relaciones comerciales del país abarcan todo el Levante, Siria, Anatolia y llegan al Egeo, y las inscripciones de su reinado identifican nombres de enclaves micénicos (Amiclas, Tebas, Cnossos) en las listas de socios comerciales.

El período, sin embargo, está marcado por la figura de su hijo, **Amenofis IV** (1352-1336), conocido por su polémica reforma religiosa, por su nueva capital (*Akhetatón*, “la ciudad del horizonte de Atón”, situada en la actual El-Amarna, que da nombre al periodo) y por la revolución artística en la representación de la figura del rey. Militarmente, su reinado sólo presenta actividad en Nubia, y en el año 12 de reinado recibió a todos los embajadores y emisarios extranjeros en El-Amarna; por lo demás, Amenofis IV abandonó las actividades militares en el extranjero, lo que supuso un ligero retroceso frente a sus rivales (el abandono egipcio, por ejemplo, facilitó la expansión hitita por el norte de Siria). Su reforma religiosa parece producirse a partir de año 3 de su reinado: en las inscripciones aparece cada vez con más frecuencia e importancia Atón, una divinidad que representaba el disco solar así como la fuerza vital, nutricia y pacificadora, del sol, hasta el punto de que el rey cambiará su nombre por Akhenatón (“agradable a Atón) en el 5º año de reinado; el rey declaró los restantes dioses falsos y trató de establecer un monoteísmo exclusivo en Egipto en torno al nuevo dios, lo cual chocó con las milenarias costumbres del país y con la oposición del poderoso clero sacerdotal, en especial el del dios Amón. Akhenatón erigió numerosos monumentos y santuarios al nuevo dios, que decoró con relieves en los que aparecían él y su familia (Nefertiti, la esposa real, y sus hijas) rindiéndole culto. Fue la oposición a la reforma el motivo que tal vez precipitó la decisión de fundar una nueva capital para alejar a la corte de Tebas y del clero de Amón, y para ello escogió un paraje no habitado a medio camino entre Tebas y Menfis, a donde se trasladaría en el 6º año de reinado, junto con la corte y el fabuloso archivo administrativo en el que se ha encontrado la correspondencia oficial que mantuvo con los grandes reyes de su época. La ciudad, con una población estimada de entre 20.000 y 50.000 habitantes, fue abandonada a su muerte, por lo que se ha conservado prácticamente intacta.

La reforma religiosa fue anulada con Tutankhamón (1336-1327), que proclamó un Decreto de Restauración por el que los antiguos cultos eran restablecidos, pero su prematura muerte sumió a Egipto en una nueva crisis; se ha debatido si murió asesinado, pero lo cierto es que debía de existir cierto desorden en la corte en ese momento, pues su viuda, Ankhesenamón (hija de Akhenatón), se dirigió al rey de Hatti, Suppiluliuma I, para pedirle una alianza y un marido que se convirtiese en rey de Egipto; el rey hitita accedió, pero el pretendiente murió asesinado en el camino, iniciándose un periodo de conflictos entre ambos estados. Ante la prematura muerte de Tutankhamón, la línea dinástica se romperá y accederán al trono personajes del entorno cortesano, primero el anciano Ay, padre de Nefertiti y consejero de Amenofis III y Amenofis IV (1327-1323), y después Horemheb, un hombre nuevo que había hecho carrera en el ejército.

Como hombre de armas, **Horemheb** (1323-1295) se dedicó a restablecer el orden en Egipto tras los conflictos religiosos y dinásticos para lanzarse a continuación a una agresiva política exterior que restableciese el papel de Egipto como gran potencia. Para legitimar su acceso al trono, se casó con Mutnedymet, hermana de Nefertiti, y lanzó un edicto (*Edicto de Horemheb*) para combatir la corrupción y el abandono administrativo. Horemheb lanzó de inmediato una campaña en Canaán destinada a restaurar el control egipcio en la región y detener el avance hitita (durante el intervalo de los últimos reinados, los hititas habían derrotado a Mitanni y habían sometido el norte de Siria), por lo que se enfrentó a Shuppiluliuma en una breve guerra de resultado moderado: no consiguió hacer retroceder a los hititas, pero restableció la dominación egipcia en Canaán. Horemheb murió sin descendencia, por lo que se interrumpió así la XVIII Dinastía.

**La XIX Dinastía (1295-1186).** Los reyes de la XIX Dinastía pertenecían a una familia de militares, posiblemente originaria del Delta oriental, y van a desarrollar una activa política militar, especialmente en Canaán y frente a la amenaza de los Pueblos del Mar. Horemheb asociaría al trono a un militar, Paramessu, que adoptaría el nombre de Ramsés I (1295-1294) y asociaría a su vez al trono a su hijo, Seti I (1294-1279), el encargado de reemprender la actividad militar en Siria-Palestina combatiendo contra los shasu y los hapiru y llegando a alcanzar la ciudad de Qadesh, donde se establecerá la frontera con Hatti; fruto de estas victorias, el reino de Amurru, fiel aliado de los hititas, reconoció temporalmente la hegemonía de Egipto.

Con su sucesor, **Ramsés II (1279-1213)**, llega la última fase de esplendor del mundo egipcio. La primera parte de su reinado está dominada por la política exterior: en el año 2 debe hacer frente a una incursión naval de los shardana (que en torno al 1200 formará parte de los Pueblos del Mar), a los que integrará en el ejército faraónico; en el año 5 se enfrentó a los hititas en la batalla de Qadesh (1274), de resultado incierto aunque Ramsés la presente como una gran victoria; la frontera entre ambos reinos quedó establecida al sur de Qadesh, pero el reino de Amurru volvió a la órbita de Hatti. Los hititas, sin embargo, no pudieron aprovechar la situación, presionados ahora por los asirios y debilitados por conflictos dinásticos, por lo que preferirían llegar a un acuerdo con Egipto que se cerraría en un tratado de paz entre Ramsés II y Hattusili III en torno a 1259, que incluía un intercambio de esposas y un reparto de las áreas de influencia respectivas.

En Egipto, las incursiones libias presionan cada vez más en el delta, lo que, unido a la importancia de las operaciones contra los hititas, lleva a Ramsés a fundar una nueva capital en la parte oriental del delta, Pi-Rameses, cerca de la antigua Avaris, que en su momento de mayor esplendor llegó a contar con 300.000 habitantes (probablemente se trata de la ciudad mencionada en el *Éxodo*). Reforzó la presencia egipcia en Nubia, alcanzando la 5ª catarata, y emprendió una incansable política constructiva, levantando templos nuevos (Abu Simbel) y nuevas construcciones (en Luxor y Karnak) por todo el país.

Fue sucedido por Merenptah (1213-1203), durante cuyo reinado los problemas exteriores fueron cada vez más frecuentes; realizó una campaña en Palestina y derrotó en el delta (1209) una incursión de diversos pueblos (que se relacionan también con los Pueblos del Mar). Tras unos breves reinados y la regencia y posterior acceso al trono de la esposa real de Seti II, Tausret (1188-1186), termina la XIX Dinastía, que comienza a mostrar síntomas del declive que se apoderará de Egipto en la siguiente fase.

#### 4.5.d. Declive (1186-1069)

**La XX Dinastía (1186-1069).** El reinado de Ramsés III (1184-1153) marca el comienzo del declive del poder real en Egipto, determinado por la crisis generalizada en todo el Próximo Oriente (crisis del 1200). En su templo funerario, Medinet Habu, representó las victorias que obtuvo sobre unos enemigos que habían ya destruido el mundo hitita, las ciudades costeras del Levante, y grandes ciudades como Alalakh: los Pueblos del Mar; Ramsés III los derrota en 1175 en una gran batalla naval y terrestre en el delta, lo que supuso el fin de estas grandes convulsiones migratorias y la supervivencia de Egipto. Se observan ya elementos de la crisis interna que debilitará el poder real: luchas y conspiraciones dinásticas, crisis económica, hambrunas y desórdenes internos, retroceso progresivo en los territorios extranjeros (Nubia y Siria), y ascenso

imparable de los grandes templos (especialmente el de Amón en Tebas), que controlan grandes porciones del territorio egipcio y comienzan a actuar con autonomía en sus regiones.

Así, a la muerte de Ramsés III la situación interna de Egipto se deteriora definitivamente con una serie de usurpaciones y reyes efímeros de nombre Ramsés, una situación interna repleta de luchas por el poder entre miembros de la misma familia real, y la reducción de la actividad militar en el exterior al envío de alguna expedición a las minas del Sinaí, desapareciendo en tiempos de Ramsés VI toda mención a un faraón en Palestina. El poder del rey se va limitando al norte de Egipto, mientras que en torno al Gran Sacerdote de Amón en Tebas se va estableciendo una dinastía de sacerdotes que terminarán por proclamarse independientes e iniciar así el Tercer Periodo Intermedio. En tiempos del último faraón, Ramsés XI, Egipto perdió definitivamente el control de Nubia, mientras que en el Bajo Egipto se produjo el ascenso de personajes como Smendes, que llegaría a gobernar la región desde la que será la nueva capital de Egipto durante la XXI Dinastía, Tanis. La fractura del país nuevamente en diversos poderes locales coincide, por tanto, con la pérdida de protagonismo exterior y de los territorios exteriores, dentro del mundo que surge tras la crisis del 1200.

## LA CRISIS DEL 1200

### 5.1. La Crisis del 1200

El horizonte político del Próximo Oriente experimentó un verdadero colapso torno al año 1200 y en el período inmediatamente posterior, aunque, en el este, Asiria, Babilonia y Elam se mantuvieron, según parece, relativamente estables hasta más o menos el siglo XI.

**Indicadores del colapso.** Algunos elementos indican que efectivamente se produjo una crisis: 1) el gran imperio hitita, con la excepción de uno o dos de sus reinos vasallos (por ejemplo, Carchemish), desapareció por completo del mapa en torno al 1190-1180; 2) varias ciudades de Levante (los casos más notables serían Ugarit y Emar) fueron destruidas aproximadamente por esa misma fecha, y sus emplazamientos no volvieron a ser ocupados; 3) también más o menos por entonces las ciudades de la Grecia micénica entraron en decadencia y acabaron por ser destruidas o abandonadas; 4) en Chipre aparecen hacia el 1200 signos de destrucción, seguidos de una serie de cambios culturales; 5) por último, hacia mediados del siglo XII o un poco más tarde, el dominio que Egipto ejercía sobre la parte meridional de Levante llegó a su fin, mientras que para comienzos del siglo XI las fronteras del país de los faraones se habían reducido al máximo, tras perder el control del Sinaí y de Nubia.

**Causas del colapso.** Es necesario plantear una serie de causas distintas que pudieran haber sido responsables de determinados casos de decadencia o destrucción, pues no todos los especialistas están de acuerdo en si es posible encontrar causas que expliquen el fenómeno, que afectó a todo el Mediterráneo oriental, de manera completa. Por un lado, hay que señalar la superestructura política del Próximo Oriente, con una serie de estados dependientes del acceso a unos recursos limitados y a un aprovisionamiento de alimentos siempre imprevisible, y que estaban estrechamente relacionados unos con otros. Entre los motivos más importantes, suelen señalarse los siguientes: una sucesión de malas cosechas, inundaciones desastrosas, catástrofes naturales (como, por ejemplo, terremotos), la devastación de los campos de cultivo a manos de grupos de merodeadores, la interrupción de las rutas comerciales por grupos de pastores en busca de nuevos pastos para sus ganados, una sucesión de epidemias catastróficas, actos hostiles fruto de las luchas intestinas crónicas entre los diversos principados... Sin embargo, ninguno de ellos puede explicar el fenómeno en conjunto, tan solo situaciones parciales o locales.

Hay tres factores a tener en cuenta: 1) la fase de destrucciones se prolonga a lo largo casi de un siglo, entre *ca.* 1250 y 1150 (aunque la mayoría se concentra entre 1200 y 1180), por lo que se trata de un proceso muy largo, y no hay certeza de que todas las destrucciones estén relacionadas entre sí y pertenezcan al mismo proceso; 2) las fuentes documentan movimientos de pueblos, migraciones violentas y saqueos por mar y por tierra que amenazaron las principales ciudades costeras (Ugarit, Biblos, Sidón), interrumpieron las rutas comerciales y sembraron el caos por todo el Levante (las fuentes hablan de una emergencia militar y de peticiones de ayuda a las grandes potencias, como Hatti, que no pueden ser respondidas); 3) las fuentes egipcias hablan de unas migraciones, los “Pueblos del Mar”, que llegan a sus costas tras haber saqueado todo a su paso, y que los especialistas a menudo relacionan con el colapso del 1200, pero la conexión es muy compleja y no está del todo clara (ver apartado siguiente).

Las consecuencias fueron profundas y duraderas. Tuvo que pasar bastante tiempo hasta que (ya en el siglo X) volvieran a aparecer indicios de verdadera recuperación económica y política; cuando el mapa histórico vuelve a aclararse, se ha producido un cambio en el panorama político general: viejas potencias han desaparecido (Hatti), otras han entrado en una profunda crisis (Egipto, Asiria), y aparecen varios estados nuevos (por ejemplo, Israel, o la pentápolis filisteas) dominados por pueblos escasamente atestiguados. La zona sufrió un cambio en su configuración política, aunque no todas las regiones lo experimentaron en el mismo grado: algunas se vieron afectadas

más profundamente, mientras que otras lo fueron relativamente poco. Sin embargo, el sofisticado sistema político, diplomático, económico, militar y comercial del Bronce Final, basado en el equilibrio y la interdependencia de una serie de grandes potencias que dominan sobre entidades menores, se vino abajo y desapareció por completo. De sus cenizas surgiría el mundo, más orientado ya a la existencia de potencias que dominan en solitario, de la Edad del Hierro.

## 5.2. Los Pueblos del Mar (ca. 1300-1150)

Desde el reinado de Ramsés II, las fuentes egipcias mencionan la existencia de unas oleadas migratorias de pueblos que llegan al delta y generan conflictos y episodios intermitentes de violencia. Esas oleadas se prolongarán a lo largo de más de un siglo hasta el reinado de Ramsés III, quien en sus inscripciones las denominó “Pueblos del Mar” (o “pueblos del otro lado del mar”), dando así nombre al fenómeno. Las fuentes describen estas oleadas con tintes negativos como invasiones violentas que siembran el caos en el delta y deben ser derrotadas por la fuerza, y afirman que habían avanzado destruyendo todo a su paso hasta llegar a Egipto, por lo que los investigadores han tendido a relacionarlas con la “crisis del 1200”, el fenómeno de destrucciones generalizadas de centros urbanos y hundimiento de entidades políticas en el Mediterráneo oriental (ver apartado anterior). Esta relación sin embargo, es problemática y no se puede afirmar simplemente que los Pueblos del Mar fueron los responsables de las destrucciones del 1200.

**Identidad.** Uno de los problemas principales es la identidad de los pueblos que invaden Egipto, y los especialistas han planteado diferentes hipótesis a partir de los nombres que aparecen mencionados en las inscripciones egipcias. Estas propuestas se basan en la similitud fonética de esos nombres con los términos que designaban pueblos históricos en fuentes posteriores, pero muchas de ellas son apenas hipótesis sin demostrar. En los textos se menciona a los *peleset* (identificados con los *pilistim* o filisteos), los *tjeker* (identificados con los “teucros” o troyanos, muy poco probable; tras la migración, aparecerán asentados en la ciudad costera de Dor), los *shekelesh* (identificados con los “sículos”), los *denyen* (identificados con los “dánaos”, un término para referirse a los griegos), los *weshesh* (sin identificación firme), los *shardana* (identificados con los sardos), los *lukka* (identificados con los licios), los *ekwesh* (identificados con los “aqueos”, otro término para los griegos) y los *teresh* (identificados con los tirsos/tirsenos o etruscos). De ser ciertas estas identificaciones (aunque algunas están disputadas o incluso rechazadas en la actualidad), indicarían el origen oriental, posiblemente anatolio, de algunos pueblos posteriores del I milenio, como los licios, sardos, sículos o etruscos, pero es un problema complejo por el momento sin solución. También indica una importante presencia de pueblos procedentes del Egeo y que designarían a los griegos micénicos (*denyen*, *ekwesh*); se ha propuesto incluso que los *peleset* podrían ser micénicos originalmente que procederían del Egeo.

Junto a estos pueblos, las fuentes mencionan otros de origen asiático o africano: los *libu*, “libios”, que tradicionalmente atacaban las fronteras de Egipto; los *meshwesh*, originarios al parecer de la región de la costa de Libia; o los *ahlamu*, posiblemente los arameos posteriores. Estos pueblos aprovecharían el contexto de crisis en el delta para realizar invasiones y ataques propios, y conseguirían asentarse dentro de Egipto.

**Proceso.** Las fuentes egipcias hablan de la presencia de *meshwesh* en el país desde la época de Amenofis III. A partir de 1300, sin embargo, las migraciones parecen intensificarse, y en el 2º año de su reinado (1278) Ramsés II se enfrenta en el delta a una incursión de los *shardana*, a los que derrota; el rey incorpora a parte de ellos a su ejército como mercenario, y combatirán de hecho poco más tarde en Qadesh, pero en esa batalla encontramos también a *shardana* en el bando hitita, lo que indica la extensión de su migración.

Setenta años más tarde, Merenptah se enfrentará a una nueva invasión en una nueva batalla en el delta (1208-7). Sus inscripciones hablan de una coalición de pueblos (los “Nueve arcos”), que incluye a los *ekwesh*, *teresh*, *lukka*, *shardana* y *shekelesh*, a los que se sumarán numerosas ciudades cananeas y reyes de Libia).



Por último, Ramsés III se enfrentará en tres ocasiones con los Pueblos del Mar: 1) en 1182 (5º año de reinado), derrota a los *peleset* y *tjeker* en el delta; 2) en 1178 (8º año de reinado), derrota nuevamente a los Pueblos del Mar (*peleset*, *tjeker*, *shekelesh*, *denyen* y *weshesh*) en una gran batalla terrestre (llamada batalla de Djehy); finalmente, en 1175 (12º año de reinado) derrota a los *peleset*, *tjeker*, *shekelesh*, *denyen* y *weshesh* en una batalla naval en el delta.

**Resultado.** Algunos de estos pueblos supuestamente continuarían su migración (especialmente *shardana*, *shekelesh* y *teresh*, que supuestamente terminarían en el Mediterráneo occidental), mientras que otros aparecen asentados en Levante (*peleset*, *tjeker*) o en el delta (*meshwesh*, *lukka*, *libu*) en los siglos siguientes. Egipto resiste las invasiones violentas, pero su monarquía se ha debilitado a nivel interno y no puede controlar las migraciones de baja intensidad, que se siguen produciendo; los pueblos asentados en el delta colaborarán para arrebatar grandes extensiones al poder real y acelerar el proceso de descomposición del Reino Nuevo, acabando nuevamente con la unidad de Egipto. En este contexto, afectadas por estas migraciones (entre otros motivos), entidades políticas como Hatti, diversos principados sirios y una serie de importantes ciudades costeras del Egeo y del Levante han sido destruidas, poniendo fin a la estructura palaciega centralizada en muchas regiones, lo que afecta a las redes comerciales, que pierden intensidad. Egipto necesitará varias décadas para recuperarse económicamente, y siglos para recuperarse políticamente, de la crisis del 1200.

## EL I MILENIO a.C.

### PRÓXIMO ORIENTE

#### 6.1. Anatolia y el Levante post-hitita

**Reino Neohititas.** Como consecuencia del desplome de Hatti, la península anatólica se verá fragmentada en una serie de pequeñas entidades políticas, formadas a partir de los restos de la administración hitita mezclados con nuevas poblaciones indoeuropeas que llegan en este momento (frigios, lidios). Por otra parte, en aquellas regiones que habían estado bajo su influencia, especialmente en el norte de Siria, surgieran un conjunto de reinos que inicialmente fueron llamados neohititas al pensarse que tenían como base a la población hitita que había huido de Anatolia central y se había establecido en Siria y en la región sudoriental de Anatolia, perpetuando la tradición del mundo hitita hasta el siglo VIII en que serían definitivamente absorbidos por el Imperio asirio.

En la actualidad se piensa que estos reinos no tienen por qué haber surgido a partir de la migración de poblaciones hititas, sino que fueron más bien el resultado de los siglos de dominio y control que este mundo ejerció sobre la región, y que se advierte en la conservación de elementos culturales como el uso del llamado hitita jeroglífico, escritura utilizada en el mundo hitita en sus inscripciones monumentales y que en realidad se trata de una lengua luvita. En las inscripciones también se encuentran nombres hurritas y algunos de los reyes de estos reinos tienen nombres arameos, lo que demuestra una configuración muy heterogénea y que en modo alguno es una simple continuación del mundo hitita.

Los reinos neohititas más importantes fueron los de Karkemish, Karatepe y Hama, y había otros menores como el de Patina o Malatya, todos ellos autónomos políticamente. El reino de Karkemish era una continuación del virreinato que se estableció allí en tiempos de Suppiluliuma I, y fue uno de los centros que no sufrió destrucción en la crisis del 1200; esta continuidad está confirmada por el sello encontrado de Kuzi-Teshub, gran rey de Karkemish, tratándose de un descendiente directo de los virreyes hititas de la ciudad y emparentado, por lo tanto, con la familia real hitita. La importancia de estos reinos descansaba en su actividad comercial, pues retomaron la función, histórica de esta región, de servir de enclave estratégico de las comunicaciones en todo el Próximo Oriente, tanto para la navegación como para las rutas terrestres

A partir del siglo IX a.C., las fuentes describen campañas militares asirias, las primeras en tiempos de Assurnasirpal II (883-859), pero se hicieron más frecuentes a partir de la derrota de los reinos neohititas en la batalla de Qarqar (853), que permitió a Salmanassar III (858-824) imponerles tributo. Mientras que algunos de ellos optaron por una convivencia pacífica y el pago regular del tributo, otros se alinearon con los enemigos de Asiria, entre ellos el gran reino de Urartu, que inició una expansión a mediados del siglo VIII. Sin embargo, esta política de Urartu originó la respuesta asiria y, en el 743, Tiglat Pileser III derrotaría a Urartu y sus aliados poniendo fin a su influencia en la región, al mismo tiempo que procedió a someter a los reinos neohititas integrándolos en el Imperio asirio.

**Levante.** Paralelamente a la formación de estos reinos, en el Levante surgieron también una serie de reinos, fruto de aportes de poblaciones nuevas mezcladas con las poblaciones cananeas anteriores. En el interior, los israelitas fundaron un gran reino, Israel, tras una larga fase de conquista (ss. XII-X), que se convertiría en la principal potencia militar y política de la región en el siglo X, con una monarquía rica y poderosa (Saúl, David, Salomón). En la costa, la zona sur del Levante fue ocupada por poblaciones nuevas, los filisteos (posiblemente relacionados con los *peleset* de los Pueblos del Mar; su nombre hebreo, *pilistim*, da nombre a Palestina), que se asentaron en las grandes ciudades costeras de Ascalón, Ashdod y Gaza, y se enfrentaron a los israelitas durante mucho tiempo.

Las entidades más importantes y duraderas del Levante, sin embargo, serán las ciudades fenicias, grandes ciudades comerciales costeras que son en realidad herederas de la Edad del Bronce. Los fenicios no se identificaban como un pueblo unido, sino que se nombraban a partir de sus principales ciudades (Tiro, Biblos, Sidón); el término “fenicio” proviene del nombre que los griegos daban a uno de los productos de exportación más importantes de las ciudades fenicias, el tinte de la púrpura (*phoinix*), que los fenicios producían con los caparazones de un molusco. Estas ciudades habían padecido los efectos de las migraciones y destrucciones del 1200, pero se recuperaron rápidamente, y ya en el siglo XI controlaban gran parte de las actividades comerciales en la región. Se estructuraron como monarquías, cuyos reyes participaban en las actividades comerciales: el rey Hiram I de Tiro, contemporáneo de Salomón, aparece mencionado en la Biblia como aliado de Israel y colaborador en la construcción del gran templo de Jerusalén.

Algunas de ellas (especialmente Tiro) comenzaron una expansión comercial por el Mediterráneo oriental a partir del siglo IX que llevó a la fundación de asentamientos comerciales en Chipre y posteriormente de colonias en el Mediterráneo central y occidental (Cartago, Útica, Motya, Gades), con las que se estableció una red comercial que por vez primera abarcaba todo el Mediterráneo. Su riqueza pronto atrajo la atención de Asiria, que en su fase de expansión con Assurnasirpal II y Salmanasar III las sometió a tributo; Tiglatpileser III (745-727) anexionó algunas de ellas y las incluyó en una provincia del Imperio asirio, pero otras siguieron sometidas a tributo hasta las sucesivas revueltas y rebeliones llevaron a nuevas intervenciones asirias (Tiro será asediado 5 veces por los asirios: 732, por Tiglatpileser III; 727-722, por Salmanasar V; 701, por Senaquerib; 671-667, por Asarhaddon; 663, por Asurbanipal) que supusieron un control más férreo. La región será nuevamente atacada y conquistada por los babilonios tras la descomposición del Imperio Asirio (ca. 590-570), y poco después sometida por los persas de Ciro el Grande (539) de forma pacífica.

## 6.2. El Imperio Neoasirio (934-605)

Tras el paréntesis del reinado de Tiglatpileser I, Asiria entró en una nueva fase de declive de la que comenzó a salir con el ascenso al trono de Ashur-dan II (934-912), quien emprendió una serie de campañas para recuperar los territorios que Asiria había perdido como consecuencia de la llegada y establecimiento de los arameos. Pero el iniciador de una política exterior agresiva fue Adad-nirari II (911-891), que venció y expulsó a los arameos del valle del Tigris y realizó también campañas contra Nairi, una entidad que en el futuro se convertiría en el reino de Urartu. Además de su actividad militar, este rey puso nuevamente en explotación los campos que habían sido abandonados y firmó un tratado con el por entonces rey de Babilonia, Nabu-shum-ukin, lo que aportó cierta estabilidad a las relaciones entre ambos mundos.

Fue en el reinado de Assurnasirpal II (883-859), sin embargo, cuando las victorias militares condujeron por fin a la verdadera recuperación del reino: Asiria sometió a tributo a los reinos arameos y neohititas del Éufrates medio, lo que le proporcionó el control de todos los accesos de Siria que conducían al Mediterráneo y una posición de fuerza respecto a Babilonia, conquistas que pusieron las bases del Imperio. Comenzó con la política asiria de deportaciones masivas, que buscaban desarraigar a las poblaciones vencidas para acabar con su resistencia. Fijó su corte en el palacio de Nimrud, cuyos relieves ilustran el poder y la riqueza de la Asiria del momento.

Fue sucedido por su hijo Salmanassar III (858-824), quien libró la batalla de Qarqar (853), de resultado incierto, contra una coalición encabezada por Damasco y que posiblemente pretendía defender las rutas comerciales que atravesaban Siria, Arabia, Egipto y Anatolia de una presión asiria que cada vez era mayor. Salmanassar III debió esperar a 841 para controlar la situación y, aunque no llegó a incorporar en su totalidad a Siria al Imperio asirio, sí impuso a los diferentes poderes la obligatoriedad de pagar cuantiosos tributos. La intervención en Siria provocó un choque de intereses con el reino de Urartu, por lo que Salmanassar III emprendió cinco campañas contra Urartu, llegando a alcanzar el mar de Nairi (el lago Van), donde procedió a lavar sus armas, aunque no destruyó el reino. En el sur, intervino en los asuntos internos de Babilonia, donde estalló una guerra civil, apoyando a su rey Marduk-zakir-shumi, con quien firmó un pacto por el

que le ayudó a combatir a los grupos caldeos y arameos que amenazaban continuamente la estabilidad de la región desde las regiones pantanosas próximas al golfo Pérsico. En este momento, los gobernadores de las provincias del imperio, que pertenecían a la nobleza asiria tradicional y actuaban como auténticos reyes en sus provincias, provocaron numerosos conflictos y revueltas contra el rey, que se vio obligado a intervenir militarmente en ocasiones. Una de estas revueltas, encabezada por uno de sus hijos, Ashur-dannin-apli, terminó con su reinado.

Su sucesor, Shamshi-Adad V (823-811), dedicó los primeros años de su reinado a acabar con los rescoldos de dicha rebelión, que alcanzó a las principales capitales del Imperio (Nínive y Assur). Estabilizada la situación, Shamshi-Adad V actuó contra Babilonia, realizó campañas contra el país de Nairi (Urtu) y derrotó a persas y medos, pero por el contrario perdió temporalmente el control sobre el mundo sirio, que dejó de pagar tributos. Con Adad-nirari III (810-783), quien accedió al trono siendo niño (por lo que durante un tiempo gobernó el Imperio su madre Sammuramat [Semíramis]), comienza un periodo de transición y estancamiento en la expansión asiria; aprovechará esta inactividad asiria el reino de Urtu y su rey, Sarduri I, para extender su influencia hacia el norte de Siria, convirtiéndose en el aglutinador de la resistencia contra Asiria en la región.

**Tiglath-pileser III** (744-727), que accedió al trono a causa de una conspiración palaciega, abre una nueva etapa de esplendor del Imperio asirio, que se extenderá por todo el Próximo Oriente, llegando incluso a conquistar Egipto, penetrar en Anatolia para someter al reino de Urtu y conquistar Susa en 646, una victoria con la que este imperio alcanza su máximo poder y expansión pero que, al mismo tiempo, señala el comienzo de su declive. En el 743, Tiglath-pileser realiza una primera campaña contra Urtu, derrotando a Sarduri en la batalla de Kishtan, aunque será en 735 cuando el ejército asirio llegue a asediar la capital de Urtu, Tushpa, en las cercanías del lago Van, que no llegó a ser conquistada; estas victorias liberan al mundo asirio de un frente siempre peligroso y costoso de mantener, permitiéndole así concentrar todos sus esfuerzos en Siria, que se plasmarán en la captura de Damasco en 732. En 729 Tiglath-pileser III se proclama rey de Babilonia, dando inicio a lo que se conoce como la «doble monarquía». El rey cambia el sistema de dominación de los territorios sometidos, y en lugar de conceder la autonomía a cambio de tributos, procede a integrarlos en su Imperio como provincias, instalando gobernadores asirios y guarniciones militares, al tiempo que aumenta la política de deportaciones de población; Tiro es una excepción a esta nueva política, pues siguió disfrutando de independencia a cambio del pago de un tributo creciente.

Salmanasar V (726-722) es conocido especialmente por el largo asedio que efectuó a Samaria, la capital del reino de Israel, aunque su conquista es atribuida en los *Anales* a su sucesor, **Sargón II** (721-705), cuya llegada al trono pudo producirse al encabezar una sublevación; es significativo que tomara el nombre de Sargón de Akkad, que significa «rey legítimo». De su reinado se destaca la campaña que emprendió para la conquista de Chipre y su victoria sobre los ejércitos egipcios en Rafia. Los problemas con Babilonia se agudizaron debido a la aspiración de los caldeos por recuperar la ciudad, consiguiendo su rey, Merodach-Baladan II (llamado Marduk-apla-iddina en la Biblia), con el apoyo de Elam, derrotar al ejército asirio en 720 en Der. Las revueltas en Siria y la atención que merecía también el reino de Urtu en Anatolia retrasaron la venganza de Sargón II hasta 707, cuando obtuvo la victoria y procedió a la deportación de arameos y caldeos a provincias como Samaria, volviendo a proclamarse rey de Babilonia y a instaurar la monarquía dual. Llevó a cabo una gran campaña en 714 contra el rey de Urtu, Rusa, y sus aliados, y fundó una nueva capital, Khorsabad, que construyó con mano de obra de todos los pueblos conquistados. Sargón muere en 705, en el transcurso de una campaña militar que dirigía en el Taurus contra un nuevo enemigo, los cimerios, que estaban haciendo su aparición en la península Anatólica.

Le sucede su hijo **Senaquerib** (704-681), quien parece querer distanciarse de su padre, que había usurpado el trono, por lo que abandona Khorsabad y regresa a Nínive. El expansionismo continúa, lo que irá provocando el agotamiento del imperio, pues sus principales recursos económicos se invierten en el mantenimiento de un poderoso ejército y en la realización de campañas militares cada vez más costosas y lejanas. En 699 nombró a su hijo y heredero, Asur-nadin-shumi, rey de Babilonia, que años después será entregado por los babilonios a los elamitas; en 694 realiza una

campaña naval contra el golfo para eliminar los focos de resistencia allí existentes para la que tuvo la ayuda técnica de fenicios y chipriotas, pero sus éxitos no tienen una continuidad debido a la reacción de los elamitas, que capturaron Babilonia, teniendo lugar un enfrentamiento directo en 691 en el que Senaquerib no obtiene una victoria decisiva. En 689, finalmente, conquista Babilonia y la destruye. Su campaña de 701 contra el reino de Judá es una de las mejor conocidas, en especial el asedio de la ciudad de Lachish que representaría en los relieves del palacio de Nínive. Fue asesinado en una conspiración palaciega que abrió una guerra civil, en la que finalmente venció Esarhaddon.

Esarhaddon (680-669) reconstruyó la ciudad de Babilonia y en Siria-Palestina conquistó Sidón y recuperó Chipre, pero es su acción militar más importante es sin duda la conquista de Egipto en 671; Egipto había sido el instigador de las constantes rebeliones que tenían lugar en la región, por lo que Asiria trataba de acabar con un peligroso enemigo. El rey murió en 669 cuando iniciaba una nueva campaña contra Egipto, por lo que su hijo Asurbánipal (668-631) heredó el trono y la responsabilidad de terminar la conquista: en 667 derrotó al faraón Taharqa y puso al frente del país a un conjunto de príncipes locales entre los que destacaba Neco de Sais; aun así, en 664 el rey asirio debió enviar un nuevo ejército a Egipto que esta vez procedió al saqueo de Tebas, pero los asirios fueron definitivamente expulsados por Psamético I ese mismo año, quien contó con la ayuda de mercenarios griegos (jonios y carios). Entre 652 y 648 se enfrentó a una revuelta en Babilonia, encabezada por su propio hermano, Shamash-shumu-ukin, que había sido nombrado por Esarhaddon como rey de Babilonia, y con el apoyo de Elam; tras sofocar la insurrección, se dirige a Elam y saquea la ciudad de Susa en 646, pero este triunfo ocasionó un vacío político en la región que llenarán los medos

Tras su muerte, sin embargo, los síntomas de agotamiento se acumularán: una revuelta dinástica entre sus dos hijos, Asur-etil-ilani y Sin-shar-ishkum, Babilonia se hace cada vez más independiente y se pierde el control de Siria-Palestina, llegando incluso a recibir el apoyo de un ejército egipcio en 616. Pero el peligro de Asiria procedía de la meseta irania, donde en 625 Cíaxares había logrado unir a medos y persas, siendo en 614 cuando una coalición de medos y babilónicos conquistaron Assur y, en 612, Nínive. El mundo asirio pervivirá algunos años, pero las nuevas potencias procederán a repartirse su imperio.

### 6.3. El Imperio Neo-babilónico (626-539)

**Los caldeos.** Tras la crisis que dominó la historia de Babilonia durante el siglo X, las fuentes nos muestran a un nuevo grupo étnico anteriormente desconocido, los caldeos, que llegan a la región probablemente junto a los arameos y se organizan en 3 grupos principales: Bit-Amukanni, asentados cerca de Uruk; Bit-Dakkuri, asentados en torno a Babilonia y Bit-Yakin, en Ur y en el País del Mar, gobernados cada uno de ellos por un rey. Estos caldeos, sin embargo, no alcanzarían el poder en Babilonia hasta mucho más tarde, pues antes se suceden II Dinastía de Isin (1155-1027), la breve II Dinastía del País del Mar (1026-1006), la llamada Dinastía Bazi (1005-986) y la llamada Dinastía E (976-647). La Dinastía Caldea (626-539) es la que identificamos con el Imperio Neo-babilónico

**Historia.** Babilonia permaneció durante estos siglos dominada por su poderoso vecino, el Imperio neoasirio, que absorbió incluso en ciertas fases el trono babilonio (doble monarquía), e intervino en el nombramiento de los reyes babilonios en otras. Con Asiria, Babilonia intercaló periodos de paz, colaboración y enfrentamiento; entre 900 y 681 contamos un total de 24 reyes, de los cuales sólo 6 son hijos del rey anterior, lo que refleja la inestabilidad política existente. Gran parte de la información se extrae de la Crónica babilónica, que abarca de 744 a 668.

Los reyes asirios Senaquerib, Asarhaddon y Asurbánipal reinaron sobre Babilonia (doble monarquía), y este último tuvo que aplastar una revuelta babilonia instigada por su hermano, Shamash-shumu-ukin, con el apoyo de caldeos, arameos y elamitas, entre 652 y 648. A partir de entonces, encontramos en las fuentes a un tal Kandalanu (647-627) como rey, que algunos han querido identificar con el propio Asurbánipal, y que mantuvo la vinculación con Asiria. A su muerte se inicia un periodo confuso en el que finalmente Nabopolasar (625-605), un caldeo, logró

hacerse con el control de Babilonia y, tras unos años de luchas constantes, iniciar una política agresiva hacia un mundo asirio que ahora contaba con Egipto como aliado. Nabopolasar aprovechó el declive asirio para atacar Assur en 615, sin éxito, por lo que buscó una alianza estratégica con una nueva potencia que había surgido en la región de Irán, el reino medo; con Ciaxares, su rey, fijó las fronteras entre ambos reinos y acordó repartirse los despojos del Imperio asirio. En una serie de campañas, los medos destruyeron Assur en 614, y en 612 la coalición destruyó Nínive, con lo que Babilonia se apoderó de los territorios del Imperio asirio y controló toda Mesopotamia.

A la muerte de Nabopolasar, heredó el trono su hijo **Nabucodonosor II** (604-562), que mediante décadas de incesantes conquistas y guerras levantó un imperio desde el golfo Pérsico hasta el Sinaí. En 605, Nabucodonosor derrotó a un ejército egipcio en Carquemish, con lo que logró el control de Siria-Palestina y de las regiones sudorientales de Anatolia; ello permitió un tráfico comercial que llevará hasta Babilonia ingentes recursos para la construcción de monumentos, como las célebres puertas de Istar o el palacio de Nabucodonosor, y la restauración de antiguas construcciones, como el zigurat (Etemenanki) o el templo de Marduk (Esagila). El rey guerreo incesantemente, espacialmente en la crítica región del Levante, y se conocen especialmente los asedios de Tiro (un asedio de 14 años, 585-572) y de Jerusalén (586), que fue destruida, sus tesoros saqueados y parte de su población deportada al interior de Mesopotamia.

Los dos reyes siguientes, Amel-Marduk y Neriglissar, fueron asesinados tras breves reinados, hasta que se hizo con el trono Nabónido (555-539), un rey de origen sirio y enfrentado con el clero de Marduk en Babilonia. En el transcurso de una campaña al Líbano en 552, Nabónido se estableció en el oasis de Taima, al sur de la actual Jordania, donde permanecería unos 10 años; los motivos de este alejamiento de Babilonia no están claros, tal vez un movimiento político para crear un frente antipersa uniendo a arameos, asirios y árabes, o tal vez un plan económico para controlar esta zona estratégica y minera. Su regreso se debió posiblemente a la presión persa; la Crónica babilónica cita una batalla en Opis, en el Tigris, en 539, en la que Ciro obtuvo la victoria; los persas ocuparon Babilonia y Ciro permitió vivir a Nabónido, pero lejos de la ciudad. Con este rey se extingue la dinastía caldea y Babilonia pierde la independencia definitivamente, convirtiéndose en una satrapía del Imperio persa, y más tarde del Imperio de Alejandro.

#### 6.4. El Imperio persa (550-330)

**Fuentes.** No se conservan fuentes narrativas de los persas, sino únicamente los documentos administrativos, cartas e inscripciones monumentales característicos de la tradición del Próximo Oriente. Especialmente importantes son las inscripciones reales que, en muchas ocasiones, son trilingües, al utilizarse el persa antiguo, el elamita y la lengua del lugar donde se redacta o a donde va dirigida la inscripción. Las fuentes narrativas son, para bien o para mal, de origen griego (especialmente Heródoto, Jenofonte y los historiadores de Alejandro), lo que, por un lado, ha permitido conocerlas con mucho detalle, y por otro, sigue siendo una imagen externa de los persas contada por uno de sus enemigos.

**Orígenes. El reino Medo (ca. 650-550).** Los persas formaban parte de un conjunto de pueblos más grande, los iranios, pertenecientes al grupo lingüístico indoeuropeo, que emigraron a través del Cáucaso hacia Irán durante un prolongado periodo de tiempo; aunque grupos iranios parecen entrar en Mesopotamia desde 1800 (se observa presencia irania en Mitanni), la mayor infiltración se produjo en la I Edad del Hierro, a partir del 1000 a.C. Los persas se asentaron en la región de Fars/Pars (sur de Irán), en torno a la ciudad de Anshan, aprovechando la debilidad del Estado elamita; los medos, otro pueblo iranio emparentado con los persas, se asentaron más hacia el norte, en torno a Ecbatana; las fuentes asirias de los siglos IX-VII mencionan ya a ambos pueblos como entidades tribales que habitan la periferia del Imperio asirio.

Fue posiblemente la propia expansión asiria con Tiglath-pileser III, que llevó a los asirios a penetrar en los montes Zagros y hacer retroceder al reino de Urartu, lo que puso en marcha el lento proceso de integración y unión entre las tribus medas. El jefe medo Kashtaritu aparece ca. 670 como “rey de los medos”, aunque probablemente se tratase de una unión temporal de las

tribus. Ciaxes (624-585), un personaje más histórico, convirtió esa unión en un poderoso reino que reclamaba todos los territorios desde Elam al sur hasta el Cáucaso al norte, y que comenzó a representar una amenaza cada vez mayor para los asirios. Ciaxes derrotó a los escitas, pero su mayor éxito se produjo al aprovechar la debilidad asiria para penetrar dentro del Imperio y destruir Assur en 614; esa victoria llevó a una alianza con Nabopolasar de Babilonia, en virtud de la cual ambas potencias atacaron y destruyeron Nínive en 612. A continuación conquistó Urartu y entró en conflicto con el reino de Lidia y su rey, Creso, con quien firmó un tratado de alianza. Su sucesor, Astiages (584-550), trató de mantener el delicado sistema de alianzas de Ciaxes, pero encontró gran oposición en diferentes regiones (incluida Persia), hasta que en 550, el rey de Persia Ciro II inició una revuelta que derribó a Astiages; Ciro conquistó Ecbatana, puso fin a la dinastía meda y comenzó una expansión militar sin precedentes en la historia.

**Los Persas.** El nuevo rey de los persas, **Ciro II**, llamado “el Grande” (557-530), era descendiente del linaje de reyes persas que habían gobernado bajo el dominio medo, y que se independizarían mediante una revuelta militar. Derribada la dinastía meda, Ciro fundó una nueva dinastía (denominada Aqueménida por el nombre de un antepasado) y se apoderó de los territorios y de la estructura de gobierno del reino medo, integrando a la élite meda en el nuevo reino persa, por lo que sus fronteras se extendieron de golpe hasta Anatolia; allí, estalló el conflicto con el reino lidio, pues Creso intentó aprovechar la situación para extender sus posesiones, un enfrentamiento que tuvo lugar en Capadocia y que parece haber quedado en tablas. Ciro regresó poco más tarde y derrotó a Creso, conquistando la capital (Sardes) en 546; hasta 540, Ciro se dedicó primero a someter a las ciudades griegas de la costa y a las islas próximas, con lo que completó la dominación de Anatolia, y a continuación a asegurar el control de regiones iraníes, como Bactria, en el otro extremo del imperio, llegando en sus campañas hasta el Indo.

En los años siguientes, Ciro procedió a conquistar las regiones que, hasta entonces, habían tenido el protagonismo histórico del Próximo Oriente. En 539 derrotó a Nabónido y conquistó Babilonia, siendo recibido allí como un verdadero liberador al restablecer los cultos y las fiestas religiosas, con las cuáles Ciro mostró gran tolerancia y respeto. La caída de Babilonia y de su imperio abrió a los persas el dominio de lo que había sido el Imperio neo-babilonio, y muchas regiones, como las ciudades y reinos del Levante, se rindieron sin combatir. En sus últimos años, realizó una serie de campañas en el «extremo Oriente», posiblemente para consolidar los límites del Imperio recién creado, pero murió en el transcurso de una de ellas, y fue enterrado en Pasargada, la capital por él creada y en cuya construcción participaron artesanos y trabajadores de todos los rincones del imperio. Ciro dejaba el legado de un vasto imperio creado a partir de un pequeño reino, por lo que en torno a su figura pronto comenzaron a forjarse leyendas sobre su origen y sus conquistas.

Heredó el trono Cambises (530-522), que extendió aún más sus límites al conquistar el único reino que permanecía independiente, Egipto, que había intentado aprovechar la caída de Lidia y del mundo babilónico para recuperar un protagonismo en el contexto internacional; la conquista sometió al reino al dominio persa, hasta el punto de que Cambises y sus sucesores se nombraron reyes de Egipto (XXVII Dinastía), y trataron de someter también, aunque sin éxito, Nubia. Sobre Cambises existen dos tradiciones: la egipcia, que nos lo presenta como un rey respetuoso con las tradiciones y las elites locales; y la griega, que lo presenta como un gobernante demente y soberbio. Sus últimos años de reinado son confusos. La prolongada estancia de Cambises en Egipto pudo favorecer las aspiraciones de su hermano, Bardiya, al trono, pero Cambises murió cuando regresaba de Egipto. En las luchas que siguieron se alzó con el poder un pretendiente que pertenecía a la nobleza persa pero no tenía derechos legítimos al trono.

A causa de los conflictos de su nombramiento, **Darío I** (521-486) pasó sus primeros años sofocando diferentes rebeliones en distintos puntos del Imperio, la más importante, una revuelta en Egipto en 522-521; poco después, Darío retornaría en Egipto a la política tolerante iniciada por Cambises; terminó el canal, que unía el Mediterráneo con el mar Rojo, iniciado por el rey saíta Neco II, y envió una expedición naval hasta la desembocadura del Indo en la que participó el griego Escilax de Carianda. La expansión continuó: Darío incorporó la Cirenaica en 513, Tracia y las islas del Egeo situadas frente a Asia Menor (en especial Samos) en 519; en el norte, fijó la frontera del Imperio en el Danubio, lo que no impidió que realizase una campaña, infructuosa,

contra los escitas del otro lado del río. Los acontecimientos mejor conocidos, sin embargo, son los relacionados con los griegos: entre 499 y 494, tuvo que combatir una revuelta general de las ciudades griegas de Asia Menor, la llamada “Revuelta Jonia”, que contó con apoyo de Atenas y llevó al saqueo de Sardes, capital de la satrapía local, por parte de los griegos. Los persas conquistaron las ciudades griegas una por una, y tras derrotar a la flota griega en la batalla de Lade (494), sometieron a Mileto, principal instigadora de la revuelta, a un castigo ejemplar. A continuación, Darío preparó una invasión de Grecia para castigar a los aliados de los rebeldes jonios (Atenas y Eretria), pero su expedición fue derrotada por los atenienses en la batalla de Maratón (490). Mientras preparaba una nueva expedición contra los griegos, Darío murió de enfermedad, en 486.

Su sucesor, Jerjes (486-465), empleó también sus primeros años de reinado en sofocar sublevaciones en Egipto y Babilonia y asentar su posición. En 482 comenzó la preparación de una nueva invasión de Grecia, mucho más poderosa que la anterior; tras la victoria inicial en las Termópilas, Jerjes fue derrotado en Salamina (480) y Platea (479), que coincidió con una nueva revuelta en Babilonia, por lo que Jerjes abandonó Grecia precipitadamente. Los persas no volverían a intentar una invasión de Grecia. Jerjes murió asesinado junto a su heredero, Darío, dando inicio una lucha por el poder entre sus hijos hasta la victoria final de Artajerjes I (465-424). En su reinado, Persia terminó las ofensivas y comenzó a pasar a la defensiva, sacudida por constantes sublevaciones en las satrapías más importantes del Imperio. Entre 460 y 454 debió combatir una rebelión en Egipto, dirigida por un noble local llamado Inaro, que contó con apoyo ateniense. La dinámica continuó durante los reinados siguientes: con Artajerjes II (405-359), se produjo una guerra dinástica cuando su hermano Ciro reclutó mercenarios griegos (entre ellos el escritor y militar ateniense Jenofonte) para apoderarse del trono en 400; en esos años, Egipto aprovechó la distracción persa para rebelarse, permaneciendo independiente durante más de medio siglo; se produjo también una gran revuelta de los sátrapas de Anatolia, con colaboración de sirios y fenicios. Artajerjes III (359-338), por su parte, recuperó Egipto en 343 y aplastó una sublevación generalizada en las ciudades fenicias.

Tras su muerte, y en medio de interminables luchas dinásticas, llegó al trono el último rey de la dinastía Aqueménida, Darío III (338-330), cuyo reinado quedó marcado por la inesperada invasión greco-macedonia del Imperio dirigida por el rey macedonio Alejandro III, comenzada en 334; tras la derrota de los ejércitos persas en Gránico (334) e Issos (333), Alejandro fue apoderándose de Anatolia, Siria, el Levante y Egipto, lo que le permitió invadir el corazón del Imperio; en 330 derrotó a Darío de forma decisiva en Gaugamela, y el Gran Rey, que huyó del campo de batalla, fue asesinado en su huida. Alejandro entró ese año en Babilonia, donde fue recibido como un libertador, poniendo fin a la dinastía Aqueménida e inaugurando el nuevo imperio macedonio, aunque tendría que dedicar todavía varios años más para poder capturar las diferentes capitales (Susa, Persépolis, Pasargada, Ecbatana) y controlar de forma efectiva todos los territorios del Imperio.

## EGIPTO

### 6.5. El III Periodo Intermedio (1069-664 a.C.)

En el año 19 de Ramsés XI (*ca.* 1080), Herihor, sumo sacerdote de Amón, adopta la titulación real, proclamando de esta forma el comienzo de una nueva era en la historia de Egipto. La autoridad de estos sumos sacerdotes emanaba directamente del dios Amón y ejercían su poder sobre Tebas, la capital del antiguo Imperio, pero convivieron pacíficamente con una nueva línea dinástica que tuvo en la ciudad de Tanis su centro, la XXI Dinastía iniciada por Smendes, a quienes llegaron incluso a reconocer como faraones. No hubo conflictos, luchas o intentos de imponer su voluntad hasta 820, cuando surgirán nuevos poderes estrechamente relacionados con las migraciones libias y *meshwesh* que habían ido penetrando en Egipto desde la XX Dinastía. Se pondrán así las bases de la XXII y XXIII Dinastías, mientras que la XXIV tuvo su centro en la ciudad de Sais y también era de origen libio.



Egipto ha perdido sus posesiones imperiales, tanto en el Levante como en Nubia, pero estas regiones, fuertemente influidas por la cultura egipcia, jugarán un papel en los conflictos posteriores. El rey, por tanto, pierde el control del Alto Egipto y de grandes regiones del delta, y ve reducido su poder al Egipto Medio, con centro en la ciudad de Tanis (la ciudad de Pi-Rameses se abandona al desecarse su puerto).

**La XXI Dinastía (1069-945).** Con centro en Tanis, la inaugura Esmendes (1069-1043), posiblemente un noble local emparentado con los ramésidas, y es heredera teórica de la dinastía anterior (y por tanto gobierna supuestamente sobre el conjunto de Egipto). La ausencia de listas reales impide reconstruir con detalle los acontecimientos de la dinastía. Se sabe que convivió en relativa paz con los reyes-sacerdotes de Tebas, y que los reyes trataron, sin demasiado éxito, de recuperar los contactos comerciales con el Levante. La continuidad dinástica, sin embargo, no está muy clara: Osorkón el Viejo (984-978) era un caudillo de origen *meshwesh* que se haría con el trono.

**Las XXII-XXIV Dinastías.** Sheshonk I (945-924), general del ejército y emparentado con la familia real, inicia la XXII Dinastía (845-715); procedente de una familia de grandes príncipes *meshwesh* que habían gobernado la ciudad de Heracleópolis, tratará de recuperar la actividad en el exterior, aprovechando por ejemplo los conflictos internos en el reino de Israel para atacar Jerusalén en 925. Su hijo, Osorkon I (924-889), asistirá al ascenso progresivo de Asiria como gran potencia y a su expansión por Siria y el Levante, por lo que la política exterior egipcia se centrará a partir de entonces en apoyar e instigar todas sublevaciones que se producían en Siria-Palestina en contra del poder asirio; los egipcios participarían así en la batalla de Qarqar (853) con mil soldados. Durante el reinado de Takelot II (850-825), sin embargo, estalló una guerra civil en Egipto que provocó la fragmentación del poder en diversos focos: la Dinastía XXII sigue gobernando desde Tanis y los sacerdotes de Amón en Tebas, pero aparecen nuevos reyes en diversos lugares del Bajo Egipto (entre ellos la XXIII Dinastía, 818-715 con sede en Leontópolis) así como una breve dinastía (XXIV, 727-715) con sede en Sais, que trataría de emprender la unificación del Bajo Egipto hasta Heracleópolis. Así pues, hacia 750 hay en Egipto dos reyes en el delta (dinastías XXII y XXIII), un “Príncipe Regente”, cuatro “Grandes Jefes” de los *meshwesh* y un “Príncipe de Occidente” con sede en Sais, todos ellos virtualmente independientes.

**La XXV Dinastía (745-656).** Esa dinámica de conflicto se vería interrumpida de forma abrupta por la irrupción de un nuevo poder procedente del sur. En Nubia, la centenaria presencia egipcia y los restos de la administración egipcia en la zona han provocado la aparición de una élite local con fuertemente egiptizada que articulará el embrión de un reino con centro en la ciudad de Napata, en torno a la 4ª catarata; sus reyes adoptarán la titulación faraónica y, considerándose herederos de las grandes dinastías del Reino Nuevo, emprenderán a mediados del siglo VIII una rápida expansión río abajo aprovechando la debilidad interna y el conflicto entre los diferentes poderes en Egipto. El rey Piy o **Piankhy** (747-716) invadirá el Alto Egipto y tomará Tebas, asumiendo la legitimidad de la antigua capital del Reino Nuevo y apoderándose de los templos, títulos y riquezas del clero de Amón. En su avance sobre el Bajo Egipto, sin embargo, Piankhy tuvo que enfrentarse a la oposición de los diferentes poderes del delta, que se aliaron temporalmente en torno a Tefnakh de Sais (727-720, fundador de la XXIV Dinastía) pero fueron derrotados en 728. Piankhy alcanzará Menfis, donde recibe la sumisión de todos los gobernantes del norte excepto la de Tefnakh, lo que le permitirá mostrarse como garante del orden y la unidad de Egipto. Aunque el país está prácticamente unificado, Pianky permite que distintos poderes gobiernen desde centros como Tanis, Heracleópolis o Hermópolis aunque sometidos a él.

Su sucesor, Shabaka (716-702), se establece en Menfis para poder intervenir de una forma más directa no solo en los asuntos internos de Egipto, sino también en los asuntos del exterior, dominados por la expansión asiria. Los asirios no intervienen directamente en la esfera de interés egipcia hasta unas décadas más tarde, pero finalmente se desencadena un enfrentamiento en el reinado de Taharqa (690-664): los egipcios vencen inicialmente en 674, pero son derrotados tres años más tarde (671) por Asarhaddón, que invade Egipto y llega con el ejército asirio hasta Menfis, donde capturó a varios miembros de la familia real que fueron deportados a Nínive; Taharqa huyó al interior de Nubia, aunque todavía controla en teoría el Alto Egipto. En el Bajo

Egipto, en cambio, se instala un dominio asirio, más nominal que real, que se apoyará en la práctica en el nombramiento de un monarca títere en el delta, Neco de Sais, que debe gobernar respetando los pactos con Asiria. En los años siguientes, Taharqa impulsó numerosas revueltas contra los asirios en el Alto Egipto, forzando a Asarhaddón a organizar una nueva campaña en 669, aunque muere de camino a Egipto, por lo que corresponderá a su sucesor Asurbánipal sofocar la rebelión en una expedición que llega hasta Tebas y fuerza a Taharqa a huir de nuevo a Nubia. Tras la retirada asiria, Sais queda de nuevo como el principal poder en Egipto, un contrapeso a la amenaza de la dinastía nubia.

El último rey, Tanutamani (664-656) intentará nuevamente recuperar el control de Egipto, para lo que emprende una exitosa campaña militar; al morir Neco I de Sais, los diferentes poderes del Delta deberán reconocer el poder de Tanutamani. Pero sus éxitos son efímeros: Asurbánipal invade Egipto en 663 y saquea Tebas, forzando al Tanutamani a huir a Napata y reafirmando al hijo de Neco, Psamético I (664-610), en el trono de Sais. Los reyes de Nubia no van a poder volver a reclamar el control de Egipto y quedarán recluidos en Nubia a partir de entonces; el vacío de poder en Egipto lo aprovechará Psamético para expandir los dominios de Sais y reunificar el país bajo una nueva dinastía.

#### 6.6. La época Baja o Saíta (664-525)

A la muerte de su padre Neco, **Psamético I** (664-610) había sido confirmado en el poder en Sais por los asirios, pero aprovechará el repliegue de los nubios y la lejanía de Asiria para emprender una política de expansión al margen de los asirios y fundar una nueva dinastía, la XXVI (664-525), que representa la última fase histórica de un Egipto unificado e independiente. La expansión sería progresiva, avanzando en 657 sobre Tebas con el apoyo de Herakleópolis y consolidando su control del Alto Egipto, y consiguiendo más tarde el apoyo de potencias extranjeras (como el rey Giges de Lidia) para expulsar paulatinamente a las guarniciones asirias, cosa que consigue en 653. En sus campañas militares, obtiene el apoyo de mercenarios carios y jonios que desde el siglo VIII aparecen en el Próximo Oriente como soldados de fortuna, combatiendo por ejemplo para los asirios. Psamético asentará a muchos de estos mercenarios en diversos campamentos del delta, que atraerán a nuevas poblaciones griegas, por lo que durante este periodo se consolidará una importante presencia griega que dará lugar a un complejo sincretismo cultural y religioso. Psamético tratará de recuperar peso internacional y por ello en 616 enviará ayuda militar al moribundo imperio asirio frente a los babilonios, pero no conseguirá salvarlo de la destrucción.

Su sucesor, Neco II (610-595), mantiene idéntico compromiso con Asiria, a pesar de la destrucción de las capitales imperiales en los años previos y el desmembramiento del imperio entre medos y babilonios, y por ello envía una expedición en 609 que llega a atravesar el Éufrates y en los años siguientes interviene en los asuntos internos de los diferentes reinos de Siria-Palestina, como en el reino de Judá, que llegará a pagar un tributo a Egipto. Esa intervención provocará la reacción babilonia, y en 605 Nabucodonosor, todavía heredero al trono babilonio, derrota a los egipcios en Karkemish, obligando a Neco a replegarse. Este revés, y la creciente amenaza babilonia, llevarán a Neco a fortalecer las relaciones con el mundo griego, fomentando la política de su padre de asentar a los griegos en el interior de Egipto. A su reinado se atribuye también la anécdota de Heródoto sobre el proyecto exitoso de circunnavegación de África, que ha motivado numerosas dudas entre los historiadores. Con Psamético II (595-589), los egipcios penetrarán en el interior de Nubia por primera vez desde el Reino Nuevo, y llegarán hasta la 3ª catarata derrotando a los nubios de Napata y empujándolos más hacia el interior de África.

Apries (589-570) fue expulsado por un usurpador, Amasis, e intentó recuperar el trono con ayuda babilonia; en la campaña, sin embargo, murió Apries (570), por lo que Amasis se convirtió en el nuevo rey de Egipto (570-526). Durante su reinado, los contactos con el Egeo se intensifican: cierra pactos de alianza con Creso, rey de Lidia, y con Polícrates, tirano de Samos, y potencia el asentamiento comercial griego de Naukratis, situado en el delta, como vía de entrada de los productos griegos en Egipto. Las alianzas griegas, sin embargo, no conseguirán salvar al país de

los persas, que desde 550 se han expandido por todo el Próximo Oriente e invadirán Egipto en 525, bajo el reinado del persa Cambises.

#### 6.7. La dominación persa (525-331)

Los persas ocuparon las principales capitales egipcias y se hicieron con el control de sus templos y grupos sacerdotales, estableciendo guarniciones en puntos clave y nombrando nuevos funcionarios y administradores; la prueba más importante de su voluntad de conservar Egipto, sin embargo, será el hecho de que, en lugar de nombrar faraones títere, como habían hecho los asirios, los reyes persas asumirán las coronas de Egipto y el título de faraón, por lo que en la historia egipcia pasaron a convertirse en la XXVII Dinastía (525-331).

El conquistador, Cambises (525-522), tiene una imagen de despotismo en la tradición griega, pero al parecer encontró abundante apoyo y aceptación entre la nobleza egipcia a cambio de su respeto por las tradiciones y poderes locales. Durante el reinado de Darío, los egipcios permanecieron sometidos, convertido el país en una satrapía persa en la que la nobleza egipcia ocupaba puestos de importancia, pero a su muerte en 486 Egipto será una de las provincias que aprovechará la crisis sucesoria persa para rebelarse; la sublevación, centrada en el Bajo Egipto, será reducida por Jerjes. En 457-453 estallará una nueva revuelta en el Bajo Egipto, dirigida por Inaro, un pretendiente al trono egipcio de origen libio y descendiente de Psamético III, que contará con el apoyo del príncipe Amirteo de Sais y solicitará ayuda a Atenas; los atenienses enviarían 200 barcos y combatirían durante tres años junto a los egipcios, hasta que fueron finalmente derrotados por los persas en Menfis y prácticamente aniquilados. Finalmente otro Amirteo emprenderá en 404 otra sublevación, aprovechando las luchas internas que se producen en el Imperio persa con posterioridad a la muerte de Darío II entre sus hijos Artajerjes y Ciro.

Amirteo gobernará apenas cinco años, hasta 399, y a pesar de no estabilizar una línea dinástica las fuentes consideran su reinado como la XXVIII Dinastía. Se inicia así un periodo de independencia pero constantes convulsiones políticas en Egipto. La XXIX Dinastía comienza con Neferites, que derrota a Amirteo y traslada la capital a Mendes, su ciudad natal, pero a su muerte (394) estalla una larga civil por el poder entre diversos centros de poder, complicada por dos intentos de invasión por parte de los persas (385-382 y 380); de la guerra saldrá triunfante el rey Nectanebo I, de la ciudad de Sebennitos, que establece la XXX Dinastía y derrota a los persas en un nuevo intento de invasión (373). Para evitar nuevas invasiones, Nectanebo y sus sucesores tratarán de crear una zona de seguridad en Palestina fomentando las revueltas que se producen en la región. En 344, sin embargo, Artajerjes III toma la ciudad de Sidón y lanza una nueva y definitiva invasión de Egipto, que volvería a ser ocupada por los persas. Trece años después (331), los egipcios descontentos con la ocupación persa recibirán a Alejandro Magno como un liberador y le abrirán las puertas de las ciudades y de todo el reino. Alejandro asume la corona de Egipto y termina así con la historia independiente y con las dinastías indígenas del país.